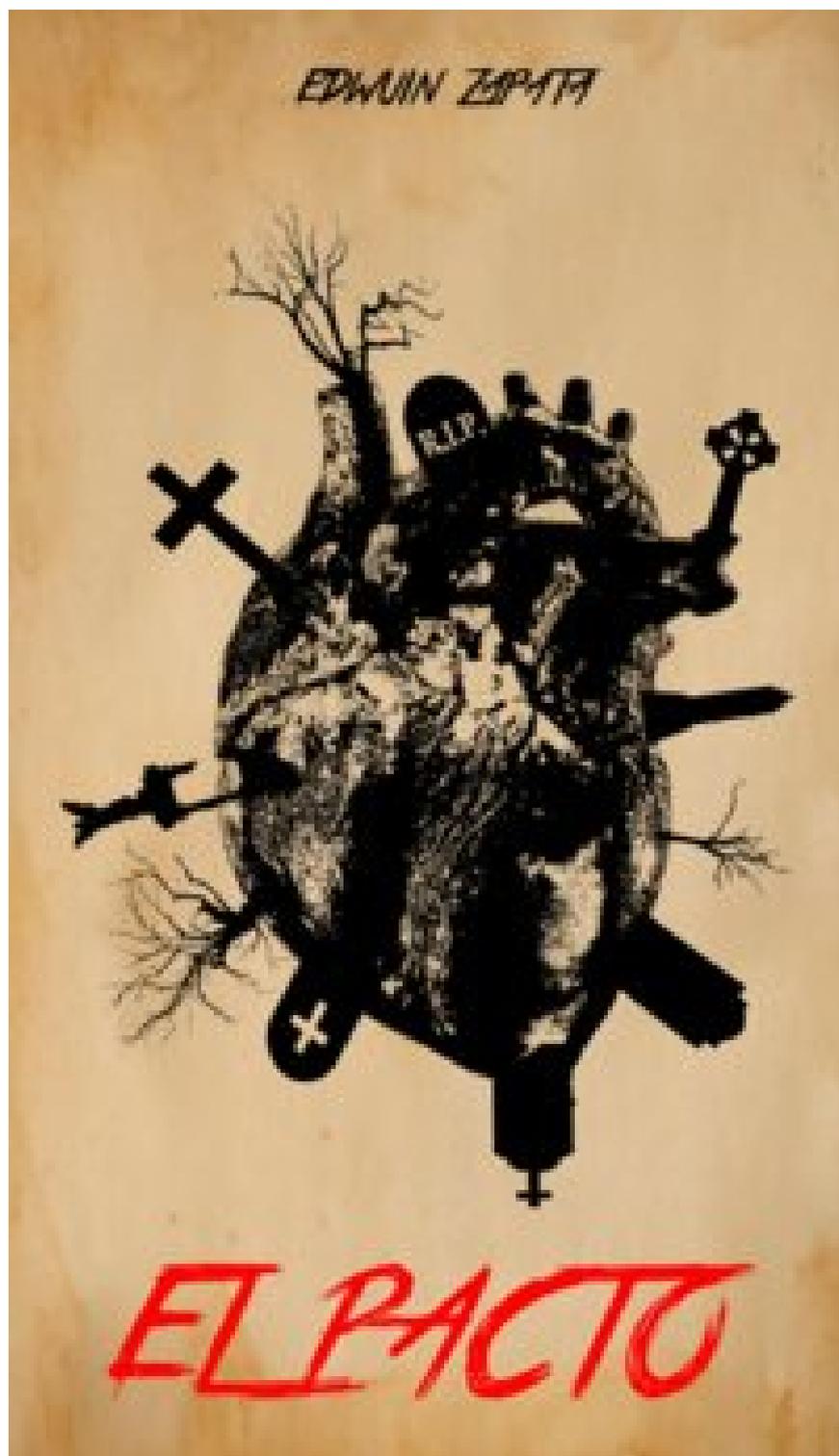


EL PACTO

Edwain Zapata



Capítulo 1

AGRAMON

Estaba en cuclillas en aquel rincón tratando de impedir que mi vómito saliera. Estaba asqueado, asustado y completamente despierto. Nunca me había sentido tan vivo como en ese momento; por desgracia no era una sensación placentera. Sabía que mi cuerpo estaba alerta para poder huir en cualquier momento. Mi visión mejoró considerablemente, mi oído se agudizó y mi olfato se había acostumbrado al fuerte olor ferroso. Mis músculos palpitaban con fuerza y mi corazón bombeaba con tanto ímpetu que claramente podía escuchar sus latidos en esa silenciosa habitación y sentir mi propia sangre queriendo salir de mi cuerpo.

Me puse de pie con dificultad dejando escapar un par de eructos amargos que anunciaban náuseas y mareos. Necesitaba vomitar, pero no lo haría, no en la escena del crimen. Había visto tantas series en las que el criminal era atrapado gracias al ADN que se encontraba en la sangre, semen, sudor y cabello... No estaba seguro si el vómito entraba en la lista, pero no correría el riesgo. No podía ser atrapado ahora que había asesinado al primero de muchos más.

No DEBÍA ser atrapado.

Miré a Randal Goodweather a los ojos. No podía creer que lo había hecho. Me había colado a su casa por una ventana, lo había esperado toda la noche en la oscuridad y le había acuchillado varias veces hasta que se dejó de arrastrar y sus débiles gritos lanzados al vacío dejaron de existir.

No DEBÍA ser atrapado.

Había dado el primer paso. El primer GRAN paso. Después de esperar afuera de su casa por varios días, dándome fuerzas para hacerlo, lo hice. Aproveché el momento.

DEBÍA matarlo y no era una opción.

Tengo que admitir que esa fue la parte sencilla. La cocaína había servido para permitirme estar despierto y el alcohol me ayudó con el valor, pero ambos me abandonaron debido a tanta adrenalina que mi cuerpo liberaba.

—¿Y ahora? — me dijo una voz en mi cabeza.

Me quité la mochila y busqué el cierre para abrirla. En ese instante pude notar mi enguantada mano temblando como nunca lo había hecho. Puse mis dedos sobre el cierre y lo jalé con dificultad.

¿Qué estaba haciendo?

La sierra esperaba pacientemente dentro de la mochila; la tomé y la extraje sin dejar de temblar. Tenía que desaparecer el cuerpo de Goodweather y sabía que tenía tres distintas maneras posibles de hacerlo: quemar el cuerpo, destazarlo o arrojarlo al mar, el cual estaba a cientos de kilómetros de distancia de mi ciudad, así que, a pesar de ser mi opción preferida, tuve que dejarla de lado.

Me tomé un momento para respirar y relajarme, cosa que resultó ser muy difícil con ese cadáver que de alguna manera me seguía con sus ojos en blanco.

—Lo siento —le susurré a Randal mientras me acercaba lentamente sosteniendo la sierra, con los ojos llenos de lágrimas y sintiendo el estómago en la garganta.

Si le prendía fuego, el olor podría llamar la atención de algún buen samaritano con sueño ligero que alertara a los demás, por lo que tampoco era una buena opción.

Destazar el cadáver me parecía algo extremadamente grotesco, pero era la opción viable porque podía transportar con más facilidad las partes en bolsas y arrojarlas en algún basurero o en alguna bodega abandonada, dárselas de comer a puercos e incluso sepultarlas.

En realidad no tenía idea de qué estaba haciendo y eso me aterrorizaba.

Comencé a serrar una de las piernas. Necesité de una voluntad sobrehumana para mover la sierra de arriba a abajo, pero lo logré, el problema fue el hueso. Nunca pensé que fuera tan duro de cortar. Pasaron fácilmente cinco minutos y no tuve ningún progreso con la sierra, cosa que me llevó a intentar con otra extremidad. Esta vez elegí el brazo izquierdo, el cual me resultó igual de imposible de separar del torso.

Mi mente comenzó a proyectar en mi cabeza escenarios en los que era incapaz de deshacerme del cuerpo y eso me volvía más torpe.

¿Qué haría con el cadáver? No podía simplemente dejarlo. ¿Y si la policía lo encontraba? ¿Y si había dejado huellas o sudor?

Sudor. Debía evitarlo, pero el pensar en todo eso me hacía sudar en grandes cantidades y no podía limpiarme, pues mis brazos estaban llenos de sangre. Sentí cómo una gota enorme de sudor corría por mi mejilla hasta mi barbilla mientras otra corría por el tabique hasta la punta de la nariz.

Pude ver mis gotas de sudor cayendo en la cara y ropas de Randal.

Estaba jodido.

Me puse de pie y fui al baño. Las ganas de vomitar se volvieron insoportables.

Los guantes estaban empapados de sangre y sentí la necesidad de quitármelos. Abrí la llave, me quité los guantes, los dejé en el lavabo, me mojé las manos y después el rostro. Nunca en mi vida había sudado tanto. Una vez calmado, regresé a mi mochila, saqué un par de guantes de látex más y me los puse, después saqué una bolsa de plástico y la llevé al baño. Dentro de ella guardé los guantes viejos, y, una vez guardados, cerré la llave.

Randal seguía esperando en la sala, viendo hacia el baño.

Estaba claro que no podría cortarlo en partes pequeñas para llevarlo en bolsas y el tiempo se me acababa. El reloj ya marcaba casi las cuatro de la mañana. Tenía que pensar en una solución rápida que me permitiera estar camino a mi casa antes de las cuatro de la mañana o la gente que madrugaba podría convertirse en testigo.

No DEBÍA ser atrapado.

Miré a mi derecha y vi la solución: una bañera.

Estaba seguro de que en algún lado había leído que las dos cosas que destruían evidencias por excelencia eran el fuego y el agua. ¿Qué pasa si metía a Goodweather en la bañera llena de agua? No tenía nada por perder y mucho por ganar.

Me apresuré a la sala, metí mis manos en las axilas del cadáver y lo arrastré hasta el baño. Una alfombra roja de sangre fue dejada por donde pasaba Randal, a quien metí a la bañera con mucha dificultad debido a su corpulencia.

Busqué el tapón de la bañera y lo coloqué en su lugar para abrir la llave del agua, la cual se tiñó de rojo en cuanto tuvo contacto con el cadáver.

Me cercioré de que ninguna parte del cuerpo de Goodweather quedara fuera del nivel del agua y para rematar vacié una botella de cuatro litros

de cloro en la bañera. No tenía idea de si serviría o no, pero tenía la esperanza de que podría ayudar en algo.

Miré el reloj. Marcaba las cuatro diez de la madrugada. Tenía que salir de ahí cuanto antes.

Me aseguré de guardar mis guantes en la bolsa de plástico antes de salir, me coloqué unos viejos guantes de tela y me encaminé a la puerta de entrada mientras guardaba la bolsa en mi mochila negra. Tenía que cambiarme de ropa antes de entrar en la camioneta para no dejar manchas de sangre en mi propiedad.

No podía creer lo que había hecho.

Quería llorar, gritar y pedir perdón a Dios, pero lo último no podría hacerlo nunca más.

Capítulo 2

BITIAS

El camino a casa en medio de la madrugada fue todo excepto tranquilizador. Había asesinado a alguien y había dejado un desastre detrás de mí.

Las amarillentas luces mercuriales iluminaban opacamente el triste y húmedo asfalto de las desoladas y nocturnas callejuelas en las que estaba seguro que no había cámaras de seguridad. Quería detenerme a llorar, pero no podía, pues en cualquier momento esa avenida comenzaría a ser transitada por miles de vehículos.

—Lo mataste, deberías estar feliz por eso —me dijo la voz de mi cabeza.

—Lo único que sabía de él era su nombre...

—¿Entonces no estás orgulloso de que pudiste hacerlo? —me preguntó con algo de decepción.

¿Por quién me tomaba? Le había quitado a ese hombre más que su vida, le había quitado todo lo que pudo haber hecho con ella. Se lo arrebaté a su familia... ¿Tenía novia, esposa, hijos? No sabía nada de él y le había clavado un cuchillo siete veces para matarlo, después lo había tratado de mutilar para deshacerme de sus restos en algún basurero. ¿Cómo podría estar orgulloso de algo así?

Yo no era ningún monstruo.

—Si de algo sirven mis comentarios para mejorar tu estado emocional, déjame decirte que lo has hecho muy bien. Esa manera en la que trataste de eliminar toda la evidencia posible ¡Magnífico!

—Sólo quiero llegar con mi hija. Déjame en paz... —le supliqué con los ojos llorosos después de recordar cómo se tiñó de rojo el agua de la bañera.

—Si eso es lo que quieres, eso es lo que tendrás: soledad para que sigas pensando en lo que acabas de hacer, Nicky.

“Nicky”. Sólo una persona me decía así y esa era mi madre, quien

trataba de no hacerlo más desde que la pubertad me había alcanzado.

—Antes de retirarme, es mi deber decirte que revises tu teléfono celular, me parece que vibró.

La voz me dejó en paz, pero intranquilo. Debía revisar mi celular, pero no podía sacarlo de mi bolsillo mientras conducía, por lo que esperé llegar hasta un semáforo en rojo.

“Louis Goodweather”.

El mensaje no decía nada más. Era sólo un nombre enviado por un número desconocido, pero era obvio que la persona en cuestión sería un familiar inmediato de Randal. Tal vez su hermana, y además sabía qué tenía que hacer, pero no estaba seguro si podría hacerlo, al menos no de nuevo.

El mensaje había sido enviado a las tres veintidós de la madrugada, hora exacta en la que le había arrebatado su vida a Randal Goodweather.

* * *

Llegué a casa casi a las cinco de la madrugada. La calle estaba sola, pero algunas casas ya dejaban escapar luces de algunas habitaciones. Esas personas me daban envidia, pues lograban levantarse temprano y lo habían convertido en un hábito que yo no podía tener. ¿Randal habrá tenido ese hábito? Sólo lo espiaba por las noches, por lo que nunca supe qué tan temprano se despertaba.

Ese sujeto no me dejaba estar en paz. Todo me hacía alusión a él y era lo que menos necesitaba.

Miré desde dentro de la camioneta el cielo oscuro que no tardaría en aclarar. Lo hice por un buen rato con esperanzas de que el sueño me invadiera si seguía así, pero me engañaba a mí mismo ya que sabía que eso no pasaría en los siguientes días como castigo por lo que acababa de hacer.

Bajé del auto y me encaminé a la puerta, metí mi llave y la puerta abrió en completo silencio. Mi casa estaba muy silenciosa y oscura, lo que rápidamente me trajo a la mente la casa de Randal y la forma en la que lo aceché en la oscuridad de su guarida, de su fuerte, de su santuario, de su zona segura.

Yo no era un monstruo.

Me encaminé a la habitación de Lindsey y abrí la puerta cuidadosamente. Ahí estaba la perfección personificada. Entré y me senté en la orilla de la cama para admirar su hermoso cabello oscuro esparcido sobre la almohada blanca y esponjosa. Su carita se asomaba por el extremo de las cobijas, pero la densa oscuridad me hizo notar algo.

No estaba respirando.

Corrí al apagador de la habitación, lo encendí y las luces brillaron, después puse mi mano en su pecho mientras acercaba mi oído izquierdo a su boca y nariz.

—¿Papá?... —me dijo mientras abría sus ojos con dificultad por la luz.

—Lindsey... —dije dejando escapar un suspiro al darme cuenta de que sólo había sido mi imaginación.

—Señor Morgan... —me interrumpió una segunda voz femenina.

—Soy yo, Cinthia —respondí mientras la miraba sostener la licuadora entre sus manos—. ¿Podrías bajar la licuadora? Alguien puede salir lastimado.

—Disculpe, pero pensé que...

—Descuida. Mejor vuelve a dormir. —Cambié mi mirada y la centré en Lindsey, mi hija de nueve años—. También será mejor que tú te duermas. Perdón por despertarte, sólo quería darte un beso antes de irme a dormir.

—Está bien, papá —Lindsey acercó sus labios a mi cara afeitada y me dio un gran beso lleno de un inocente amor incondicional.

Salí junto con Cinthia de la habitación de mi hija y nos dirigimos a las nuestras. Ella se metió a la habitación de huéspedes y yo a la mía después de despedirnos.

Me tiré boca arriba sobre mi cama consciente de que no podría dormir ese día, pero todo cambió. El haber visto a mi hija, el haber

sentido su cariñoso beso, el haber escuchado que me dijera "papá"..., el haber sentido su corazón latiendo y el aire exhalado por su nariz me había llenado de tranquilidad.

Lo que había hecho era algo terrible, inhumano, sanguinario y monstruoso. Eso lo sabía, pero el ver viva a mi hija me demostró que había valido la pena.

Capítulo 3

CHEMIANO

Mi alarma sonó con ese estúpido ruido estridente y tres piezas fueron expulsadas de su lugar tras un estallido. Ese fue el regalo de cumpleaños pasado por parte de mi hija, cuando ella sólo tenía ocho y yo treinta y cuatro años.

“Para que no se te vuelva a hacer tarde, papá”. Fue su justificación y ella tenía razón, yo tenía ese pésimo hábito de levantarme tarde y ¿qué puedo decir? ADORO dormir. Era mi parte favorita del día, después de estar con mi niña, claro.

Me arrastré fuera de la cama y me dejé caer al suelo para encontrar esas piezas ya que el despertador no dejaría de sonar de esa manera si las figuras no eran puestas en su lugar de la manera específica de nuevo.

Logré callar el despertador y me puse de pie para encaminarme a la cocina, en donde se podían escuchar las voces de Lindsey y de Cinthia. Ambas estaban teniendo una conversación en la que Lindsey preguntaba cómo era tener un novio.

—Es... bonito —dijo Cinthia dejando en claro que no sabía qué decir, puesto que, hasta donde yo sabía, ella nunca había tenido uno. Prefería tener otro tipo de prioridades en mente como la universidad. Es por eso que la había contratado como niñera. Era una chica responsable que venía de una familia humilde igual de responsable.

—Sí, pero ¿cómo se siente? —insistió Lindsey.

—Será mejor que no lo sepa, señorita Morgan. Usted es muy joven para eso —le dije con mi voz ronca de sueño.

Ambas se sorprendieron. No me habían visto llegar a la cocina.

—¡Señor Morgan! Es la segunda vez que me asusta en menos de dos horas —reclamó con humor.

—Lo siento, Cinthia.

—Buenos días, papá —me dijo mi hija con esa sonrisa que me ayudó a reemplazar la imagen mental que tenía de Randal en el suelo por

una más agradable.

—¿Lista para la escuela?

Lindsey asintió.

—Dejé el desayuno listo para usted, Lindsey está lista y su mochila preparada. Estaba por irme a casa, señor Morgan. ¿Hay algo más que pueda hacer antes de irme?

—Sí; siempre llevo a Lindsey a la escuela, pero no he dormido bien y no quiero conducir cansado. ¿Podrías dejarla de camino?

—Sí, no hay problema —me respondió de manera amable y mostrando una gran disposición. Esas eran las ventajas de tener como niñera a una chica sin pareja: no tiene planes, no tiene prisas y mientras tenga un lugar apacible de trabajo como mi casa, con internet, un escritorio y acceso al estéreo, siempre mostrará disposición para trabajar, pues sus necesidades básicas eran resueltas sin problemas. Obviamente también recibía un pago justo que yo descontaba de mi cuenta de ahorros, la cual me preocupaba cada vez más debido a que mis ingresos habían dejado de ser lo que eran. No sabía cuánto tiempo más podría pagar una niñera.

De nuevo en cama reflexioné lo preocupante que era poder dormir y recuperar energías a pesar de haber asesinado a un desconocido, de la depresión y el miedo que sentía, pero unos golpes a lo lejos interrumpieron mi apacible sueño y me impidieron seguir descansando.

Me incorporé fastidiado y odiando a la humanidad por ser tan desconsiderada con el sueño de las personas.

—Buenos días, Morgan —dijo mi ex-cuñado—. Lamento hacerlo de esta manera, pero estás bajo arresto.

Mi sistema nervioso colapsó.

Capítulo 4

CACODEMONIO

Las sinapsis neuronales en mi cerebro y el flujo de sangre en mis venas y arterias se habían detenido como tráfico en atasco de medio día. No podía pensar en nada y no podía moverme. Mis extremidades se sentían hinchadas, pesadas y heladas, pero era incapaz de hacer algo al respecto.

—No había otra manera, Morgan —me dijo Ben sin despegar su mirada del camino. Lo único que pude hacer fue observarlo por el retrovisor central.

Estaba en problemas, era más que obvio. Desde que Sharon nos había abandonado a Lindsey y a mí por aquel sujeto que conoció en un bar, yo había roto vínculos con la familia Fletcher por apoyar a esa perra mimada a pesar de que su decisión afectaría a Lindsey, una niña inocente de apenas seis años.

Tenía tres años sin saber del teniente Benedict Fletcher, hermano sobreprotector de Sharon que le ayudó a cubrir su rastro mientras Lindsey y yo quedábamos en el olvido y solos, entonces, de pronto, aparecía en mi puerta y sin más me arrestaba.

¿Cómo mierda lo había descubierto tan rápido?

La evidencia seguía en mi casa y eso me jodía la vida en muchos niveles.

Mis piernas temblaban como gelatina y mi corazón comenzó a bombear tan rápido que podría jurar que vi mi pecho palpar.

—Tal vez es hora de que vayas pensando si prefieres la silla eléctrica o la inyección letal, Nicky.

Benedict detuvo el auto cerca de un parque vacío y se giró hacia mí.

—Sé que es una mierda, Nick...

—¿Por qué...

—¿Estás arrestado? —completó la oración y yo asentí temeroso.

—Porque me harté. No haz respondido ninguno de mis mensajes ni devuelto ninguna puta llamada.

Sentí cómo regresaba la vida a mí. El calor llegó a mis extremidades y pude sentir la corriente eléctrica fluir en cada una de mis neuronas.

—Esta es una mierda ilegal, Benedict. Déjame ir —exigí con seguridad.

—No es ilegal si tienes todas esas multas empolvadas que no haz pagado.

Cerré los ojos e hice cálculos de cuánto dinero debía por las multas. No estaba muy convencido de que Ben tuviera la facultad de arrestarme por eso, pero me había alejado de mi hogar por varios kilómetros y no tenía mi billetera conmigo. Debía quedarme con él para escuchar lo que tenía que decir.

—Entiendo... ¿Podrías quitarme esto? —levanté mis muñecas y él, después de usar su mirada escrutadora conmigo y estar seguro de que no pretendía escaparme, accedió.

—Sé lo de Lindsey, Morgan y lo único que he querido hacer es ayudarlos —extendió su brazo a la guantera del auto y extrajo un cheque endosado a mi nombre.

—¿Qué mierda es esto, Ben? —le dije al ver el cheque con una cantidad considerable de dinero escrita sobre él.

—Te vez más joven, Nick —respondió con una sonrisa—, pero sigues siendo un cabrón orgulloso.

Por mi mente pasó la imagen de una olla a presión silbando por el calor. La válvula se movía con intensidad.

—Sé que cometí un error en el pasado, Nicholas, pero estoy tratando de arreglarlo. Mi sobrina necesita toda la ayuda posible. Lamento lo que les hizo Sharon, pero era mi hermana y tenía que darle todo mi apoyo. No fue nada personal.

La olla explotó y lanzó el contenido hirviente.

—¡Lindsey también es tu familia, Benedict! —El miedo que

mermaba en mi interior desapareció por completo.

—Lo sé —respondió con la mirada clavada en el tablero del auto.

—Es una niña que necesita a su madre. ¿Tienes ideas de cuántas noches lloró por pensar que esa mujer la odiaba? ¿Tienes idea de cuántas veces pensó que había hecho algo malo para alejarla? Ella ve a su madre como una buena persona, pero no sabe lo codiciosa que era ni lo dispuesta que estaba a dejar a su familia sólo por vivir con un adinerado.

—Lo sé —Ben sabía que merecía todo lo que tuviera que decirle.

—¡Ella prácticamente vendió a su hija, Ben! —Golpeé el asiento que se interponía entre Ben y yo—. Y tú le ayudaste a hacerlo...
—Terminé en voz muy baja.

—Me arrepiento de lo que hice, Morgan. De verdad que lo hago, y cuando supe lo que le diagnosticaron a Lindsey, quería ir a buscar a Sharon y arrastrarla de regreso hasta acá.

—¿Buscar?

—Sharon no sólo los quería fuera de su vida a ti y a Lindsey. Nos sacó de su vida a todos. Ella quería empezar de nuevo y lo hizo.

Esa perra había resultado ser más grande de lo que imaginaba. Siempre sustituyendo cosas antes de dedicarles tiempo y esfuerzo para repararlas.

—¿Qué es esto? ¿Quieres purificar tu alma ofreciéndome dinero para Lindsey?

—Sé que actualmente estás desempleado, Nick, también sé que los ingresos que percibías por las regalías de tus libros han disminuido en los últimos meses.

Estaba en lo correcto en ambas cosas. Yo era un escritor que se dedicaba a redactar historias para niños y adolescentes. Historias de fantasía que iban desde fábulas con moraleja hasta batallas épicas entre trolés y magos, pero mi imaginación se había estropeado desde que Sharon se largó, y eso nos dejó a mí y a Lindsey a la deriva con el pago de regalías que disminuían con el tiempo, pues la piratería digital, así como el hecho de que era estúpido comprar un libro cuando ya lo tenías, eran factores del decremento en mis ingresos.

—Sí, así es, pero no necesito caridad, puedo hacerme cargo de mi hija sin problemas, Ben, así que acepto tus disculpas, pero puedes

meterte ese cheque por el culo.

—Te pido que lo reconsideres, Nicholas, por favor.

—Yo...

Una llamada entró al celular de Ben sin darme tiempo de responder.

—¿Dónde? —preguntó a la persona que hablaba con él desde el otro lado de la línea—. Voy en camino.

Y como si yo no estuviera presente, encendió el motor y tomó una dirección incierta.

* * *

Quería vomitar.

Miré a Ben salir de la patrulla y encaminarse a la entrada de la lujosa casa contemporánea. Al instante reconocí la fachada.

Era la casa de Randal Goodweather, saturada de policías, forenses, curiosos y reporteros. No podía estar en el peor lugar, en el peor momento. Me habían arrestado incluso antes de haberse enterado del asesinato de ese sujeto.

—De todo corazón espero que hayas hecho las cosas bien.

Usé mi playera y con delicadeza limpié las superficies del auto de Ben tocadas por mí.

—De nada te servirá esto. Tu casa está saturada de evidencia.

Ben regresó a paso rápido y me abrió la puerta. Me sentí como un perro olvidado dentro de un vehículo.

—Puedes esperarme o irte a casa —y acto seguido me golpeó con el cheque en el pecho—. No me hagas rogarte y toma esta mierda.

Ni siquiera pude decirle que no. Mi mente estaba inmersa en la recreación del escenario, repasando los posibles errores.

Ben entró a la casa de nuevo y yo caminé entre las personas para acercarme lo más posible al lugar de los hechos, cuyo perímetro era asegurado por una simple cinta amarilla.

NO PASAR.

—¿Un accidente? —le pregunté a un curioso que sostenía su celular en ángulos extraños para tomar fotografías.

—Al parecer hubo un asesinato —dijo intrigado, hizo una pausa, guardó su celular y continuó—. Creo que ser un gigoló no es tan bueno, después de todo.

—¿Aquí vive un...

—Oh, no, no, no... El cabrón organizaba orgías. Uno nunca sabe con qué tipo de personas se revolcaba.

Mi organismo pedía a gritos alcohol y cocaína para seguir de pie en ese lugar.

—¿Fue un disparo? —Necesitaba saber quién y cómo se había encontrado con el cadáver de Goodweather.

—No, la sirvienta..., a quien también se cogía, lo encontró en el baño o algo así.

No me sentía seguro. Decidí que era mejor buscar la forma de regresar a casa a deshacerme de toda la evidencia en caso de que algo pudiera salir mal.

—¡Morgan! —Escuché detrás de mí, me di media vuelta y ahí estaba Ben, acompañado de un sujeto mayor de cincuenta años, trajeado, con cabello cano en su totalidad y una expresión amable y honesta.

—Él es el Capitán Abraham Magnus —extendí mi mano para saludar al caballero, pero seguía expresando confusión y dudas—. Es mi superior —aclaró en caso de que yo no comprendiera los rangos dentro del cuerpo de policía.

—Mucho gusto, Morgan —me dijo el capitán Magnus—. Vamos, te llevaré a casa.

Miré a Benedict confundido y el que respondió fue Magnus.

—Creo que Ben tendrá mucho trabajo por el momento, así que es

mejor que aproveches mi oferta. Tu casa me queda de paso a la jefatura.

Eso era una mentira. No había ruta alguna que conectara mi casa con la jefatura, pero acepté.

El auto de Magnus era un Chevrolet '55 color negro con capota blanca, en perfectas condiciones exteriores e interiores. Al parecer era un orgullo para él, pues gran parte del camino se la pasó hablando sobre su motor V-8 y las restauraciones que había hecho a lo largo de los años, algo que a mí no me interesaba en lo más mínimo, pero que por educación tuve que soportar.

Al llegar a mi casa, aparcó y apagó el motor.

—Sé que tú y Benedict han tenido sus complicaciones en el pasado, Morgan, y, con todo respeto, creo que deberías aceptar la ayuda que te ofrece. No por ti, por tu hija.

Magnus tenía un cierto encanto en sus palabras que hacía imposible querer mandarlo a la mierda. Se estaba metiendo en un asunto en el que no tenía cabida para nada y, en lugar de hacerme enojar, me hizo reflexionar.

—Gracias por el aventón, capitán.

Magnus asintió cordialmente, encendió el ruidoso motor del que se enorgullecía y tomó camino hacia la jefatura.

* * *

Las noticias viajaban con una velocidad sorprendente y los medios de comunicación estaban hambrientos de información. La policía había cometido el error de conservar en secreto el caso Blackburn, años atrás y ahora todo resultaba en esto. Una filtración detallada de los casos más sobresalientes.

Randal había llegado a su casa tarde, como siempre, atravesó la sala para llegar al dormitorio y el asesino lo sorprendió por la espalda, acuchillándolo hasta darle muerte. El cuchillo había sido tomado de la cocina de la víctima, la cual fue arrastrada hasta la bañera y dejada ahí, nadando en agua saturada de cloro.

Los detalles eran jodidamente acertados. Tanto el equipo de Ben como los reporteros eran excelentes en sus trabajos y eso era lo que me

mantenía tenso.

—Por el momento hacemos las pesquisas necesarias para encontrar al culpable —respondió Ben a los reporteros.

—¿Es posible que nos estemos enfrentando a un nuevo Blackburn? —preguntó una de las reporteras. Estaba ansiosa por ganarse su propio noticiero.

—Es... Pronto para saberlo...

—¿A qué puede deberse la castración? —preguntó otra reportera y sentí un enorme nudo en la garganta.

—¿Castración?

Yo no había castrado a Randal Goodweather.

Capítulo 5

LILITH

No podía dejar de pensar en el cadáver castrado y en lo que eso significaba. Había alguien que sabía del asesinato, alguien que de alguna manera sabía de mi pecado imperdonable, y, lo que era peor, yo no tenía la certeza de si era sólo un loco pervertido o un maniaco peligroso.

Dejar a ese sujeto suelto y vivo podría tener repercusiones en mi vida, pues sentía que, en cualquier momento, ese desconocido podría llamarme para extorsionarme, o seguirme constantemente para acosarme hasta darme muerte y evitar que salvara a mi hija.

—Acosar significa seguirte, Nicky.

A partir de que esa idea surgió no pude dejar de ver constantemente por el retrovisor del auto. Tenía miedo, pero no precisamente a perder mi vida, sino a que por ello mi hija muriera.

Estacioné la camioneta afuera de la casa de mi madre y me quedé un momento dentro de ella con los seguros abajo. Miré con desesperación por los retrovisores esperando ver algo sospechoso, pero no logré observar nada.

Después de varios minutos de tratar de tranquilizarme, bajé del vehículo y me dirigí a la casa habitada por una mujer que rondaba los sesenta y cinco años de edad, pero que aparentaba tener cincuenta y un ímpetu de una mujer de treinta. Era relativamente joven para tener un hijo de mi edad. Amaba incondicionalmente a su única nieta y recientemente había enviudado por lo que necesitaba compañía de manera desesperada para mantener su mente ocupada y no pensar en la pérdida de su amado esposo. Era una mujer tan despedazada como su propio hijo por la enfermedad de Lindsey, pero no tan dispuesta a hacer algo como lo que yo estaba haciendo: asesinar; y yo lo entendía, pues ella era una fiel creyente del Dios Todopoderoso que tomaba decisiones sobre nuestras vidas sin importar lo mucho que nos esforzáramos por cambiarlas.

Amaba a esa mujer y a su manera inocente de ver al mundo después de tanta mierda que este le había arrojado directo a la cara.

—¡Nick! —exclamó muy emocionada al abrir la puerta antes de que pudiera tocar el timbre—. ¡Ya era hora de que llegaras! La cena se

está enfriando... —Terminó dándole un tono molesto a su voz.

Fui arrastrado por el brazo derecho hasta la cocina, donde estaba Lindsey comiendo hojuelas de cereal dulce con la mano. Le encantaba comerlo así y lo prefería en lugar de otro tipo de botana.

—¡Papá! —Nunca me cansaría de escuchar esa palabra emanando de la voz de mi hija.

—¡Lindsey! —le respondí mientras extendía los brazos para invitarla a abrazarme, cosa que hizo rápidamente.

Si bien la imagen de Lindsey había ayudado a sacar a Randal de mi mente, no lo había logrado con el desconocido que lo había castrado, de hecho hizo que el nerviosismo aumentara. Randal estaba muerto y no podía amenazar a mi familia de ninguna manera, pero el Castrador estaba vivo y en las sombras.

Estábamos a su merced.

—Mamá... —dije después de soltar a Lindsey y acercarme a la ventana de la cocina que permitía ver a la calle—, ¿has notado algo extraño?

—¿Extraño? —repitió dándome a entender que no comprendía lo que quería decirle.

—Yo... Olvídalo —le respondí. Mi madre era una mujer nerviosa por naturaleza e involucrarla de alguna manera en el giro que le había dado a mi vida era como empujarla directo a la demencia.

—¿Qué pasa, Nick? —preguntó.

Me arrepentí de haber sido tan estúpido. Con esa pregunta había activado el sexto sentido maternal y ahora ella no me dejaría en paz hasta saber que todo estaba bien.

—Nada, es sólo que... —Las mentiras jamás fueron lo mío. Siempre había sido incapaz de improvisar una historia creíble y, a la vez, controlar los espasmos ocasionados por los nervios: mover mucho los ojos, tamborilear la mesa con los dedos, mover las rodillas con rapidez, morderme las uñas, sudar... Yo no había nacido para mentir.

—¿Es sólo qué, Nick? —ella exigía saber lo que pasaba y su postura de brazos cruzados me hizo saber que no mordería ningún anzuelo con facilidad.

Esa mujer me conocía muy bien.

Pensé en que no era necesario mentir del todo. Sólo tenía que reformar las verdades y hacerlas asimilables.

—Hablé con Ben —le dije en voz baja. Había nacido la primer coartada de muchas.

Ella abrió los ojos para expresar sorpresa y no dijo nada más. Sabía que era un tema sensible para Lindsey y que lo mejor sería dejarlo pendiente para hablarlo a solas.

—¿Todo bien? —preguntó. Necesitaba estar en paz y ella detestaba el suspenso, cosa que me había heredado.

—Todo bien —respondí, pero no dejé de mirar por la ventana.

Una camioneta negra se detuvo un momento a media calle; dentro había un sujeto calvo con ojos curiosos que no dejaban de mirar alternadamente mi camioneta y la casa de mi madre, miró a través de la ventana de la cocina y me hice a un lado.

—¡Al fin tienes al hijo de perra! —La voz parecía satisfecha y alegre, pero dentro de mí crecía un nuevo sentimiento que jamás había experimentado. Podía escuchar un rugido a lo lejos y entendía lo que me pedía hacer. Era mi instinto animal que me pedía asesinar para poner a mi hija a salvo.

Puse atención a las placas del vehículo, tomé nota de ellas en mi celular y me di la vuelta para acercarme a mi madre y besarla en la frente mientras le preguntaba qué había para comer.

Filetes y puré de papa. La boca se me hizo agua al instante y mi estómago me pidió alimento.

—Iré a lavarme las manos —respondí mientras miraba dónde estaban los cuchillos.

Capítulo 6

SITAEI

Ben caminaba con una seguridad y una confianza envidiable. Dichos atributos captaron la atención de la mayoría de los comensales cuando puso un pie dentro de la pequeña cafetería.

—Lamento la tardanza —se disculpó antes de tomar asiento—. Por culpa de ese cabrón —apuntó al televisor en el que transmitían el noticiero mientras dejaba su celular sobre la mesa— no he tenido mucho tiempo libre.

—Escucha, Ben. La última vez que nos vimos... Fui un completo idiota —mentí.

—No, Morgan. Estabas en tu derecho. Perjudiqué a Lindsey cuando apoyé a mi hermana. Yo fui el completo idiota. Supongo que nunca vi el panorama completo.

—Una vez decidido el lugar del idiota más grande entre nosotros dos, Ben. Muchas gracias por el apoyo —tenía que dar por terminado ese tema. Si había invitado a Ben a desayunar, era para tratar de obtener cualquier detalle sobre sus investigaciones con respecto al asesinato de Randal.

—Cualquier cosa por mi sobrina.

Imbécil.

Me quedé mirando un momento el televisor. Mientras hablaban sobre Goodweather. Su rostro en miniatura...

—Lo están convirtiendo en un mártir. Los medios buscan poner en una situación incómoda a la policía...

—Esos hijos de perra —dijo Ben al girar su cuello para ver en qué me distraía tanto—. Buscan presionarnos para que hagamos nuestro trabajo, pero realmente dan pautas al pánico.

Cada uno de los comensales en el lugar había dejado de masticar, otros tantos sostenían una cuchara o un tenedor con comida a la altura de la boca como si estuvieran en pausa y las meseras estaban de pie,

sosteniendo las charolas.

—¿Ha habido avances? —me aventuré—. Con... —apunté a la pantalla con la cabeza.

Me miró un momento, dudoso, levantó la mano y esperó a la mesera para ordenar, haciéndome sentir estúpido por preguntar.

—Un desayuno completo, por favor —ordenó.

—Yo quiero una hamburguesa con papas fritas —dije después de él, la mesera sonrió y nos pidió esperar un momento.

—Magnus se está apoderando del caso. Tiene ideas “creativas” que ofrecer antes de jubilarse.

—Dio resultado... Está hablando —celebró mi voz interna.

—¿De qué hablas? —pregunté mientras daba un sorbo a mi taza de café servida mientras esperaba a Benedict.

—El sujeto era amante de varias mujeres, Nicholas —los susurros eran casi inaudibles—. Los indicios muestran que fue atacado por un inexperto impulsivo. Se trata de algún sujeto que descubrió que su mujer jodía con Randal y se quiso vengar de éste.

—¿Y Magnus fue el que descubrió eso? —el flujo de mi sangre vibraba.

—No, el idiota insiste en que se trata de un nuevo Blackburn.

—¿Otro asesino serial? ¿Tiene algún argumento o sólo ha visto demasiadas series policiacas?

—Es la necesidad de compensar su gran fallo como teniente con el caso de Blackburn.

—Bueno, a veces debes ir contra la corriente, Ben. Y siempre fuiste bueno luchando contra la corriente, ¿no?

—En este momento me preocupa más sustituirlo como capitán cuando se retire, así que debo ser el maldito lamebotas y si él dice que salte, lo haré sin pensarlo mucho.

—¿Qué lo hizo pensar diferente a ti? —disparé. Necesitaba saber si había algo que, de alguna manera, se relacionara conmigo.

—Dice que Randal fue asesinado por la espalda. Si hubiera sido un crimen pasional, el asesino lo hubiera hecho de frente. También dice que el acto, a pesar de haber sido un completo desastre, fue premeditado y los crímenes pasionales suelen ser completamente improvisados... —miró su reloj y se puso de pie con algo de impaciencia—. A este paso terminaremos cenando en lugar de desayunar. Ahora vuelvo —y sin más se encaminó al baño.

—Tómalo, Nick. Tómalo ahora —me incitó la voz interna al darse cuenta de que Ben se había dejado el celular sobre la mesa.

La adrenalina se liberó en todo mi sistema. Me sentía poderoso, pero aun así temblaba como flan de vainilla. Sentía que todos me miraban o que Ben saldría al instante del baño.

Lo hice.

La contraseña fue fácil de adivinar. En la pantalla estaba marcado el patrón. Alguien debería considerar decirle al teniente que era recomendable usar un código de acceso en lugar de un patrón o, por lo menos, limpiar la pantalla después de dibujar el patrón.

Entré a mensajes y supe que era mi día de suerte.

“Louis Goodweather, Oak St. #5107.”

Fue suficiente. No quise arriesgar esa información al exponerme de más. Cerré las aplicaciones para no dejar evidencia y bloqueé el teléfono. Por último pase una servilleta por la pantalla.

Dos minutos después llegó la comida, y un minuto después de eso, Ben salió del baño. Yo ya había empezado a dar mordiscos a mi hamburguesa.

—No sabía si ibas a durar mucho tiempo ahí —dije con algo de comida en la boca.

—Descuida —respondió mientras se disponía a comer—. Ojalá la espera haya valido la pena.

—¿Qué harás con esa información, Nicholas? —preguntó curiosa mi voz.

No podía ir durante el día sin ninguna razón o podría levantar sospechas. No podía ir de noche porque me daba miedo ser descubierto por algún

oficial que, por algún motivo, estuviera asignado para vigilar cualquier actividad sospechosa.

—Afortunadamente tenemos una herramienta subestimada por millones de personas, ¿verdad?

Efectivamente la teníamos. La guía telefónica era mi plan. Si Louis no estaba registrada ahí, tendría que exponerme más de lo que deseaba.

—Definitivamente valió la pena la espera, Morgan. Estos hot-cakes son los mejores que he probado en mucho tiempo —después de eso, Benedict y yo nos ignoramos casi por completo para dedicarnos exclusivamente a devorar nuestros alimentos sin distracciones de ningún tipo. La hamburguesa resultó difícil de comer con los nervios haciendo ebullición, pero aun así me esforcé por terminarla junto con las papas fritas.

* * *

Los teléfonos celulares vendidos en tiendas de autoservicio presentaban tres ventajas principales a mi parecer. La primera era el precio tan accesible, la segunda es que podían ser usados como teléfonos desechables y la tercera es que no tenían ningún atributo de “inteligentes”, lo que los hacía difíciles de rastrear mientras la línea estuviera cerrada.

Al salir de la tiendas encendí el teléfono e introduje el número de Louis Goodweather que, por fortuna, encontré en la guía telefónica. El aparato me dio línea y los beeps continuaron sonando.

—Tal vez no conteste al ver que el número de entrada es desconocido.

Sí, era una posibilidad, pero tenía que quemarla antes de aventurarme a tomar decisiones más audaces.

—¿Diga? —respondió una voz cansada y débil.

—Señora Goodweather, hablo de la jefatura de policía —respondí tratando de sonar seguro.

—Por favor... Ya no más preguntas —soltó junto con un llanto doloroso—. Por favor...

—Sé que es difícil, señora Goodweather, pero es necesario que las responda para dar con el asesino de su hijo.

—Sólo quiero ver a mi hijo, señor —pidió humildemente la pobre mujer que empezaba a quebrarse más y más.

—Lo entiendo, señora, pero... —algo dentro de mi estómago se retorció de una manera que se volvía cada vez más común.

—Es el miedo, Nicky.

Efectivamente, era el miedo. Uno generado por saber que Louis Goodweather no era la hermana de Randal, sino la madre. Una mujer que, por obvias razones, pertenecía al grupo de la tercera edad. Tenía miedo de asesinar a un alma débil, desprotegida y frágil y, después de eso, convertirme en ese monstruo al que me había resistido tanto.

—No habrá vuelta atrás después de esto, Nicholas. Sabes que asesinarla será un acto tan vil y despiadado que decirte "No soy un monstruo" ya no servirá de nada, porque lo serás.

—Escuche, señor, no sé cómo ayudarlos. Ya le dije, mi hijo y yo nos distanciamos hace tiempo. No sé de él más de lo que ustedes posiblemente ya han investigado —su voz suplicaban piedad. El hablar de su hijo parecía ser un tema sensible para ella y era más que obvio. Se lo habían arrebatado.

—TÚ le arrebataste a su hijo, querrás decir.

—Sabemos que Randal tenía muchas amantes... ¿Es posible que haya sido asesinado por la pareja de una de ellas? —tenía que ver qué tan sólida era la teoría del crimen pasional.

Louis se quedó en silencio. Un silencio extraño que me hizo sentir como si hubiera descubierto un enorme secreto sobre Randal. Sentí que la palabra "amantes" ocasionó un pánico interno en ella. Lo sé porque yo siempre fui muy perceptivo y empático. Me resultaba muy sencillo leer a las personas a través de sus gestos, de sus movimientos, en los cambios en los tonos de voz, las palabras que utilizaban, pero lo que yo consideraba mucho más importante, podía leerlas a través de las palabras que no utilizaban y Louis guardaba silencio del otro lado de la línea, había dejado de sollozar e incluso de respirar.

—¿Saben algo más de mi Randy? —preguntó la mujer con una urgencia interna de encontrar calma.

—Nosotros..., no tenemos mucho, señora Goodweather. Lo siento —terminé. Me sentía decepcionado porque realmente era todo lo que

sabía al respecto.

La mujer cobró su compostura de inmediato y pidió ver el cadáver de su hijo y lo único que le pude decir fue que la llamaríamos pronto, después colgué.

Por lo visto Louis ya había hablado con Ben y no sabía si él lo había notado, pero, al menos para mí, el hecho de que esa mujer estaba encubriendo por alguna razón el asesinato de su hijo era claro, la pregunta que yo me hacía era ¿por qué?

—Es su madre, Nicholas. Ellas protegen a sus hijos a pesar de lo que hagan.

Fuera como fuera, Louis no parecía tener ni la más mínima idea sobre lo que estaba por venir.

—Será una presa fácil. Serás un monstruo después de eso, pero será sencillo —insistió mi voz interna con el objetivo de hacerme sentir inseguridad, miedo y tal vez arrepentimiento.

Si tenía que convertirme en un monstruo para salvar a mi hija, lo haría sin pensarlo.

Esa era mi convicción.

Capítulo 7

BELIAL

Randal había sido sepultado una semana atrás. Podía apostar lo que fuera a que sólo Louis había asistido. Ni siquiera dijeron nada en los medios al respecto. Desde que se había filtrado información de los excesos sexuales de Goodweather, ya no era visto como un mártir, sino como un asqueroso depravado sexual que se había ganado lo que le pasó.

Aun así, Louis decidió darle santa sepultura. Yo sabía que él no podía ser salvado. Había cometido grandes pecados imperdonables... al igual que yo.

Esa semana fue desgastante para mí tanto física como mentalmente. Espiar a la mujer durante toda la noche y estar en casa al día siguiente para preparar la comida, ir por mi hija a la escuela y luego llevarla con mi madre con el pretexto de que estaba conociendo a una mujer para ir a espiar nuevamente a Louis era una rutina en la que dormir era un lujo que no podía darme, pero sólo duró tres días.

Una vez que conocí la rutina nocturna de Louis, en especial a la hora en que se iba a dormir, tuve una tarea todavía más exigente. Necesitaba volverme menos descuidado en su asesinato. No podía cometer el mismo error al tratar de cortarla en partes, así como no podía volver a dejar un mar de sangre por toda la casa, pues eso atraería las sospechas de Magnus y Fletcher comenzaría a creer en su palabra.

Pasé toda una mañana buscando herramientas en el garaje que me pudieran ayudar en mi futura tarea, pero sólo había basura y chatarra, excepto por una soga vieja y gruesa.

La idea vino a mí de golpe.

* * *

Esperé en la camioneta hasta las once de la noche, hora en la que la mujer apagaba todas las luces para irse a dormir. Estaba a dos cuadras de distancia pero podía ver perfectamente su casa gracias a unos

binoculares que llevaba conmigo.

Una vez las luces apagadas, todo el jardín delantero quedaba a oscuras por la escasa cantidad de luces mercuriales a lo largo de la calle, la cual podía resultar ser peligrosa en la madrugada por las pandillas que caminaban ocasionalmente en busca de víctimas para asaltar.

Debía pasar desapercibido y pensaba que era difícil hacerlo, pero estaba equivocado. Bajé del vehículo y tomé mi mochila con mis manos enguantadas en cuero negro, color que combinaba con el resto de mi vestuario: pantalones militares negros, camisa de manga larga negra y botas de trabajo del mismo color.

En mis bolsillos no había nada salvo una navaja afilada y un juego de viejas ganzúas, pero en mi mochila había bastantes artículos: cinta adhesiva gris, una soga, un cuchillo, bolsas negras para basura, una lámpara, guantes de látex, un pequeño kit de primeros auxilios en caso de que algo saliera en mi contra y algo de cocaína.

Me sentía preparado, en especial porque esta vez tendría una historia que convertiría mi asesinato en un suicidio.

—Parece que tienes todo listo, Nicky, pero... ¿Podrás quitarle la vida a una pobre anciana?

—Si apareció en la lista significa que hizo algo malo —respondí tratando de justificar su muerte.

—Es muy tierno que te engañes de esa manera. Sabes muy bien que no te sientes listo para hacerlo. Ella no deja de ser un humano indefenso.

—Tal vez, pero ella ya vivió una larga vida. Una vieja por una niña. Es un intercambio bastante justo a mi parecer.

—¿Ahora hablas de justicia?

—Vete a la mierda.

La voz se quedó en silencio al instante.

Noté que era sencillo caminar por una calle pobremente iluminada y estar alerta ya que la oscuridad me proporcionaba anonimato e invisibilidad mientras que la luz proveniente dentro de las casas ponía al descubierto a sus habitantes, los cuales, en su mayoría, gastaban sus últimos minutos antes de ir a la cama viendo sus celulares.

Desde las sombras los veía reír sin despegar sus ojos de la nueva caja idiota. No les importaba lo que sucediera en el exterior, ellos vivían en el interior de un aparato lleno de componentes.

Entré al jardín de Louis y rápidamente me escabullí al patio trasero para llegar a una puerta. Exhalé mientras tomaba el juego de ganzúas y me preparaba mentalmente para forzar la cerradura, pero fue innecesario ya que esta, afortunadamente, cedió con un rechinido al girar la perilla.

Estaba dentro de la casa.

Experimenté de nuevo la sensación de alerta que viví en el asesinato de Randal, pero había algo que no sentí en esta ocasión: miedo.

Atravesé en silencio la cocina de la anciana mientras sacaba mi lámpara de la mochila para poder ver por dónde iba.

La sensación en mis pies cambió de manera abrupta y al instante supe que estaba pisando una alfombra, lo que significaba que, muy seguramente, había llegado a la sala. Encendí la lámpara y, efectivamente, estaba en ella. El haz de luz apuntó a unas piernas varicosas y sentí que mi cuerpo se helaba por dentro. Sentada en el sofá estaba Louis apuntándome con una pistola de bolsillo.

—Apuesto a que no contabas con esto —me dijo la voz en mi cabeza con tono preocupante.

—No... contaba con esto —dije en voz alta.

Capítulo 8

LEKHABEL

—Toma asiento —me pidió la anciana sin dejar de apuntarme con su arma. No estaba en posición de negarle nada. Ella dominaba la situación.

Tomé asiento sin apartar mis ojos de su arma. El miedo que pensé había dejado atrás vino a mí de golpe y me abrazó fuertemente para no abandonarme. Me traía recuerdos de Lindsey y malos pensamientos de cómo moriría por mi estúpido descuido con esa maldita anciana astuta.

—Sabía que vendrías por mí después de esa llamada tan sospechosa —bajó el arma y la apoyó sobre el sofá.

Aproveché el momento y me puse de pie con la intención de embestirla, desarmarla y ejecutar mi plan, pero la subestimé. Sus reflejos eran superiores a los de cualquier anciano, así como su tenacidad y suspicacia.

—¡Siéntate! —me ordenó y yo obedecí agradecido de que no me disparó.

Me sentía superado, ultrajado y humillado.

—Menos mal que si sales de esto nadie sabrá que una anciana fue capaz de patearte el trasero, Nicky.

Humor en medio de la desesperación. Ese era mi mecanismo de defensa para suavizar los malos momentos. Si recurría a él es porque sabía que algo andaba mal.

—¿Qué quieres de mí? —me preguntó la anciana.

—Creo que usted lo sabe perfectamente —respondí de manera seca y cortante.

—Sé que quieres matarme, pero lo que quiero saber es la razón —la calma en su voz era envidiable.

—No quiero matarla..., quiero su alma, señora.

Era extraño decirlo en voz alta. Me sentía como un demente, pero era la verdad y si iba a morir, al menos quería hacerlo sin cargar esa pena yo solo.

—Lo sé, pero quiero saber por qué —insistió.

—Para no dejar que mi hija muera.

Ella bajó el arma de nuevo al escuchar la respuesta.

—¿Y acudiste a Mefisto?

Ese nombre, ese estúpido nombre me ocasionaba arrepentimiento, tristeza e ira.

—En realidad él acudió a mí... —le dije mientras hacía un enorme esfuerzo por retener mis lágrimas.

Louis se puso de pie y se encaminó a una vieja y enorme biblia, la cual puso sobre la mesita frente a mí; encendió una vela y me pidió que abriera el libro santo. Corrí las páginas y encontré algo entre ellas. Era un viejo pedazo de pergamino, lo extraje, lo puse sobre la mesita y cerré la biblia.

—Sé que también tienes uno de esos... —aseguró Louis con un susurro como si estuviera intentando no ser escuchada por alguien dentro de su casa.

Yo asentí.

—¿Fuiste el que ejecutó a mi hijo?

Asentí de nuevo.

—Debes saber algo. No fue tu culpa. La verdadera asesina fui yo.

—No comprendo —y en verdad no lo hacía. Esa mujer me tenía confundido. Me apuntó con un arma pero no me disparó cuando tuvo la oportunidad y ahora me recordaba la muerte de Randal y me exoneraba de toda culpa.

—No cumplí con el contrato que hicimos los tres y condené a mi hijo
—confesó reventando en llanto.

La mujer estaba destrozada y había perdido contacto visual conmigo. Era ahora o nunca.

Salté sobre ella y la derribé sobre la alfombra. Ella lloraba en silencio mientras me susurraba una sola cosa: "mátame, quiero ver a mi hijo".

No podía hacerlo..., no así.

Hice un esfuerzo por detener la brutalidad con la que había reaccionado y me quité de encima de la anciana, pero no sin antes tomar el arma del suelo, con la cual le apunté para obligarla a ponerse de pie y a tomar asiento sobre el sofá de nuevo.

—¿Qué hicieron? ¿Por qué tengo que matarlos? —Muy en el fondo necesitaba saber la razón por la que saltaba cuando me ordenaban hacerlo. Tenía la esperanza de que los pecados que Randal y la anciana habían cometido fueran superiores a los que yo estaba realizando. Suponía que de ser así la culpa que sentía se aminoraría, dándome libertad para asesinar sin remordimientos.

—Velo por ti mismo —me pidió la mujer sollozando.

Tomé mi lámpara del suelo y apunté la luz al pergamino de la mesita sin apartar el cañón del arma del objetivo. Una especie de tinta negra apareció ante mis ojos.

Comprendí todo. Randal tenía sida y tarde o temprano moriría a causa del virus, pero había pactado con Mefisto junto con su madre para que este le ayudara. El trato había sido contagiar a una persona por mes y alejarse de Dios. De esta forma Randal viviría siendo inmune a cualquier enfermedad venérea.

El resto del contrato mencionaba las únicas circunstancias por las cuales este podría ser anulado, condición que le permitiría a Mefisto, en la forma que le conviniera, reclamar el alma de Randal. Louis tenía razón, yo tenía un contrato escrito con la misma tinta, en el mismo papel, con la misma letra y firmado con sangre. Con mi sangre.

—¿A cuántas personas contagió Randal? —pregunté con desprecio.

—A más de cincuenta —confesó entre sollozos de arrepentimiento.

—¿Qué pasó después? ¿Por qué tuve que matarlo?

—Mi Randy, mi pobre Randy... Se corrompió. Empezó a disfrutar la vida que había ganado gracias a Mefisto. Su casa se convirtió en un lugar de orgías y de sexo. Por mes contagiaba decenas. Ya no lo hacía para sobrevivir, lo hacía por placer.

—Usted vio a su hijo convertido en un monstruo y se arrepintió, ¿no es así?

—Sí. Me acerqué a la iglesia a buscar una solución y, días después, mi Randy fue asesinado por ti —noté que en la mano derecha de la mujer

colgaba un rosario. Un amuleto que tal vez la podría proteger de Mefisto en persona, pero no la protegería de un humano desesperado como yo.

La historia que me había contado me hizo sentir mucho mejor con respecto a lo que le había hecho a Randal, pero esa mujer no lo merecía. Ella estaba arrepentida y sólo había servido de apoyo a su hijo.

¿Qué madre no haría eso por sus hijos?

Incluso mi madre me apoyaría si le contaba en lo que me estaba convirtiendo. Estaba en su naturaleza protectora y era extraño, pues la necesidad de proteger a las crías superaba por mucho el instinto propio de supervivencia. Y Louis arriesgó su vida y alma por salvar a Randy.

—Sé que has venido a matarme y lo comprendo, pero si tan sólo le dieras una oportunidad a Dios de entrar en tu vida de nuevo...

—Él ya tuvo su oportunidad y decidió ensañarse con mi hija.

—Hablas como mi Randy.

—No soy para nada como él. Sé que aparento ser débil y eso es porque lo soy, pero tengo la motivación necesaria para dejar de serlo, y es mi hija Lindsey. Ella es mi luz en la oscuridad. Ella me mantiene en el camino correcto. ¿Su hijo Randal tenía algo así?

—N-no...

Le dediqué una pequeña sonrisa y saqué una pequeña bolsita de plástico de la mochila, la abrí, la acerqué a mi nariz e inhalé profundamente. Había olvidado el alcohol y no pensaba en beber de las botellas de Louis, eso significaría dejar ADN y huellas labiales.

—Entiendo la encrucijada en la que se vio envuelta y realmente siento pena por usted —le dije mientras le daba la vuelta a la sala—, ya que por lo que me dijo, mostró ser un humano lleno de arrepentimiento y con el valor necesario para tratar de cambiar lo que había hecho —me puse justo detrás de ella y le acaricé el suave cabello gris que tenía—, pero también me corroboró lo que Mefisto puede hacer si no hago lo que le prometí, y créame, no estoy dispuesto a perder a Lindsey, así que le pido que me perdone...

—Yo...

Puse el cañón de la pistola contra su sien y jalé el gatillo. Un fuerte estallido salió del arma y se extendió por la sala para después viajar por la oscura calle en la que los perros empezaron a ladrar asustados.

Capítulo 9

GUL

El reloj marcó la media noche y yo seguía viendo el cadáver de Louis sobre el sofá. La luz de la luna me permitía ver con claridad el orificio que había dejado la bala en la sien de la anciana. También podía ver la manera en que la sangre fluía desde el sillón cubierto de hule hasta el suelo en un goteo constante que provocó un enorme charco de tonalidad oscura.

Habían pasado veinte minutos desde el asesinato y era la segunda vez que la misma patrulla pasaba por la calle con las torretas encendidas y con la sirena apagada.

Era claro que el disparo había sido escuchado en toda la cuadra y que muchas personas lo reportaron, pero también era claro que nadie tenía la certeza de haber escuchado precisamente un disparo y mucho menos de saber de dónde provino ese sonido, por lo que la policía no podía hacer nada más que rondar la cuadra en busca de algo sospechoso.

Me acerqué al cuerpo de Louis y puse el arma en su mano derecha después de haberla limpiado exhaustivamente. Me encargué de que sus dedos hicieran presión por toda la superficie del artefacto y dejé el brazo tal y como había quedado cuando cayó; luego fui a la mesita, tomé la veladora y la metí en una bolsa de plástico para guardarla en mi mochila junto con el pedazo de pergamino del que habían desaparecido las letras negras, dejando únicamente las firmas de sangre de Randal y Louis.

Suspiré de alivio.

—Mejoraste considerablemente, Nicky. A diferencia de lo que hiciste con Randal, esta escena del crimen te ha quedado casi perfecta.

Fue gratificante escuchar eso.

Subí al segundo piso de la casa y entré a una habitación que tuviera ventana hacia la calle para poder ejecutar la segunda parte de mi plan, el cual también había sido premeditado con mucho cuidado.

Para las dos de la mañana la calle estaba en completo silencio y a oscuras. Las casas ya no despedían luz salvo por una o dos habitaciones inundadas por una emisión blanca y brillante proveniente de ordenadores encendidos por jóvenes y adultos con gran necesidad de estar

actualizados en información irrelevante para crecer como persona.

Una hora después la patrulla dejó de pasar por la calle, pero un nuevo vehículo la sustituyó. Mi plan marchaba a la perfección.

Era el Castrador.

Mi corazón comenzó a latir con fuerza y sentí mis glándulas suprarrenales liberar adrenalina en mi torrente sanguíneo al ver al Castrador bajar de su camioneta estacionada cruzando la calle.

Imaginé que él me seguiría y fantaseé con lo que le diría y cómo lo asesinaría, pero al ver que realmente estaba pasando, fui consciente de que ni siquiera era capaz de controlar el temblor en mis manos ni la sangre que se acumulaba en mis músculos para escapar.

Corrí escaleras abajo y me recargué sobre la pared que separaba la sala de la cocina. La puerta delantera estaba cerrada con llave y lo más lógico era que el Castrador entraría por la puerta del patio.

Estaba repitiendo la misma fórmula que había aplicado con Randal: acechar en la oscuridad, anticipar los movimientos de la víctima y emboscarlo. La única diferencia sería que no lo iba a asesinar. Por lo menos no aún.

Había muchas preguntas que tenía la necesidad de hacerle y no perdería una valiosa oportunidad como esa.

La puerta del patio se abrió con el mismo rechinado que liberó cuando yo la abrí y después dejó escapar un leve sonido hueco con el que supe que el Castrador ya estaba dentro de la casa.

El sujeto tenía los pies ligeros y escuchar sus pasos para tratar de deducir la distancia que lo separaba de mí me resultó una tarea de lo más compleja.

—Ataca —me susurró la voz en mi cabeza en cuanto pude ver la silueta negra del hombre entrando a la sala.

—No —respondí en mi mente.

Una curiosidad por saber la forma en la que actuaba este sujeto se apoderó de mí. Había castrado a Randal para llevarse el pene y los testículos. ¿Estaba buscando hacerle algo a Louis?

El Castrador se acercó demasiado al cadáver, extrajo de un elegante estuche de cuero negro una especie de navaja que reflejaba la

luz de la luna que se colaba por las ventanas y se puso de rodillas.

Arruinaría todo.

Salí de mi escondite a toda velocidad con un pedazo de soga extendida entre mis manos, el Castrador giró para verme con unos ojos inundados en pánico y dejó caer su instrumento y el estuche.

—Esper... —No le di oportunidad de terminar su frase suplicante. Había otro lado que había preparado exclusivamente para este sujeto en el que le permitiría hablar.

Puse la soga estirada alrededor de su cuello y tiré fuertemente de ella obligándolo a caer sobre su espalda. Tenía que alejarlo de Louis para no dejar evidencias de nada y así Magnus se pudiera tragar la idea del suicidio y me dejara en paz.

En un descuido, mientras caminaba de espaldas arrastrando al calvo y enclenque sujeto hacia la puerta trasera, vi una jeringa salir de su bolsillo, solté la cuerda y liberé las vías respiratorias del Castrador, pero fui muy lento.

Sentí un pinchazo en mi muslo izquierdo y las luces se apagaron poco a poco.

Capítulo 10

EL HOMBRE ROJO

Sentí un viento frío golpeando mi rostro como si me clavaran cientos de agujas, abrí los ojos para saber que me encontraba en algún lugar alejado de la ciudad y traté de levantarme, pero no pude hacerlo.

Mis brazos y piernas habían sido inmovilizados con cinta adhesiva.

Inhalé profundamente y pude notar un fuerte olor a humedad y tierra, después traté de escuchar cualquier cosa para darme una idea del lugar en el que estaba, pero los únicos que hacía ruido eran los grillos. Lo que mis ojos podían captar era un cielo cubierto por espesas nubes relampagueantes, cerros a mi izquierda, una enorme roca a mi derecha y, a mis pies, más cerros.

Estaba sumido en un silencio aterrador.

El no saber en dónde estaba ni qué había pasado después de recibir la inyección del Castrador me ocasionaba un sentimiento de impotencia, desesperación y, sobretodo, de odio hacia este sujeto que, para castigarme, me había dejado en la nada para morir lentamente.

—Lindsey... —susurró la voz.

Mi hija..., mi niña. Sólo le había podido asegurar dos años más de vida a mi pobre hija.

Me sentía estúpido. Había actuado de manera precipitada. No conocía a este sujeto y lo había subestimado por su aspecto de enclenque.

Me había confiado, había sido impulsivo y ahora moriría y nadie lo sabría excepto la persona para la que no significaba nada: mi acosador.

Le había fallado a mi hija y me alegraba que no estuviera ahí para verme vencido.

Intenté llevar una de mis manos al bolsillo trasero de mi pantalón para sacar una foto de Lindsey de mi billetera, pero desistí. Había dejado la cartera en la camioneta para no dejar nada personal de manera

accidental en la escena.

—Al menos diste lo mejor, ¿no es así, Nicky?

No. Se equivocaba.

Pude haberme ido de la escena. Pude haber investigado la placa de este sujeto. Pude haberme acercado a él y conocerlo tal y como lo había hecho con Louis. Pude haber evitado estar atado con cinta adhesiva en algún lugar terroso desconocido torturándome mentalmente.

—¿Dijiste terroso?

Una idea vino de golpe a mi cabeza.

Rodé con mucho esfuerzo y quedé boca abajo para ver que la camioneta negra del Castrador estaba estacionada detrás de la roca y con las puertas de la parte trasera abiertas.

—Algo me dice que ya habías estado aquí —por primera vez la voz trataba de ayudarme y no de reclamarme o de burlarse de mí—. Sea lo que sea que ese cabrón te haya inyectado le afectó a tu cabeza, Nicky.

En efecto lo había hecho. No podía pensar con claridad y tampoco podía recordar nada por más que lo intentaba. El último recuerdo en mi memoria era el pinchazo y la manera en la que las luces se atenuaron.

—iiiMIERDA!!! —grité con la intención de exteriorizar toda la furia que se había concentrado en mí y me eché a llorar.

—No vayas a rezar, Nick —me recomendó una voz chillona que provenía desde atrás de la enorme roca—. Si lo haces, tu contrato se anulará y Mefisto irá por tu hija.

El Castrador salió desde atrás de la roca subiéndose la bragueta. Era más bajo de lo que recordaba, pero su rostro expresaba una seguridad que nunca pensé ver en alguien tan achacoso como él.

—Vaya que escogiste el lugar perfecto para deshacerte de mi cuerpo —no sabía si este sujeto estaba burlándose de mí, o si verdaderamente me estaba haciendo un cumplido—. Me disculpo si esto no salió como lo habías planeado, pero la cosa es... No estoy dispuesto a morir.

La tranquilidad con la que hablaba era sorprendente y no había dejado de rencor en su voz, esto provocaba que yo quisiera matarlo.

—Comienzas a pensar en la muerte como una solución, Nicky. Ten cuidado de los caminos que tomas, hay algunos en los que el retorno no existe.

—¿Por qué... —pregunté con mucha dificultad. Todavía me sentía torpe por la inyección.

—Déjame te ayudo un poco con eso...

El Castrador se acercó a mí, me ayudó a sentarme y sacó una jeringa de su bolsillo, le quitó el tapón y me la clavó en el cuello.

Sentí que mi sangre se convirtió en lava y que mi corazón empezó a latir con la fuerza de un temblor. La imagen que percibía del oscuro entorno se aclaró. En ese instante pude ver entre la penumbra el enorme soporte de cables de alta tensión con el número 138 que había usado como referencia para llegar a ese lugar en el que nos encontrábamos. Necesitaba correr... y gritar... y no parar de hacerlo... Era invencible, pero estaba atado.

—Lo que te acabo de inyectar es una pequeña dosis de adrenalina. Eso debe bastar para despertarte por completo —explicó tranquilamente mientras le ponía la capucha a la jeringa.

—¿Gracias? —el sarcasmo se notó, y era obvio. ¿Debía agradecerle esa dosis de adrenalina que me hizo sentir mejor después de que él me hubiera inyectado algo para dejarme inconsciente?

El sujeto dejó salir una risita y negó con la cabeza.

—Es mejor que la cocaína que traías en tu mochila, Nick.

—¿Qué... quieres de mí?

—Te necesitaba, Nick. De hecho te necesito todavía.

Le creía. Por algo no me había asesinado, pero no estaba seguro si sus razones me gustarían tanto como me gustaba seguir teniendo una oportunidad de vivir.

—¿Qué quieres de mí? —pregunté frustrado por su suspenso.

—Que sigas matando...

—¿Qué? —¿Por qué un extraño querría que siguiera matando gente? No tenía mucho sentido.

—¿Y crees que si le contaras a alguno de tus conocidos lo que estás haciendo tendría sentido?

Era un buen punto.

—¿P-por qué querrías algo así?

—Porque, como tú, tengo un contrato...

—¿Pero qué tengo que ver con él?

—Lo que quieres es que te cuente mi historia, ¿no es así?

Yo asentí. Necesitaba comprender lo que pasaba y en qué me estaba involucrando. "El conocimiento es poder" era una frase que estaba en todo lo correcto.

—Entonces toma... —se puso de rodillas y dejó una navaja a mi lado junto con una pequeña tarjeta; posteriormente se puso de pie y subió a su camioneta para salir del arenoso lugar.

—Por cierto —dijo antes de irse—, no te preocupes por la escena. Todos pensarán que fue un suicidio.

Rápidamente luché por tomar la navaja y corté con mucho esfuerzo la cinta adhesiva gris que yo había preparado en mi mochila para inmovilizar al Castrador.

Al quedar libre tomé la tarjeta y me puse de pie.

Estaba junto al hoyo que había escarbado para depositar el cadáver del Castrador a las afueras de la ciudad. Él utilizó todo en mi contra. Realmente era un sujeto de cuidado.

Capítulo 11

El camino de regreso a la ciudad fue una tortura. No había dormido, no había descansado, no había comido nada, mis piernas dolían y sentía que en cualquier momento me traicionarían.

Mis extremidades estaban entumecidas por el frío y quería detenerme a dormir.

—No lo hagas —me decía la voz cada vez que los párpados se cerraban—. Si te duermes puede que no despiertes de nuevo, Nicky. Se llama hipotermia.

La ciudad quedaba a un par de kilómetros de donde estaba y no tenía la certeza si la voz en mi cabeza podría mantenerme despierto por más tiempo.

El sol comenzó a salir y el cielo a aclarar, evento que me permitió saber aproximadamente la hora, de la cual había perdido la noción cuando fui inyectado por ese loco.

Me detuve en seco y saqué la pequeña tarjeta que el Castrador me dejó. La luz me permitiría saber lo que decía y, para ser honestos, tenía mucha curiosidad de saberlo.

—Una dirección...

—Sí, una dirección y una cordial invitación para ir allí en la noche.

Ese tipo realmente era raro y algo me decía que debía temerle a su inteligencia y astucia. Conocía perfectamente sus debilidades y las compensaba con estrategias fulminantes. De alguna manera sentía que debía aprender mucho de él.

—¿Irás? —me preguntó interesada mi voz interna.

—Lo único que sé es que quiero ver a mi hija...

Me sentí aliviado cuando mis pies estuvieron sobre el asfalto de la carretera. Estaba a menos tiempo de llegar con Lindsey y con mi madre, quien estaría muy asustada por no haberme reportado durante toda la

noche.

La carretera estaba completamente sola. Posiblemente era el único ser humano a kilómetros a la redonda y esa era la razón por la que no podía ceder al cansancio.

A lo lejos escuché el motor de un auto y levanté mi brazo con mucho esfuerzo, pues parecía que pesaba toneladas al igual que mi pulgar.

El auto negro se detuvo frente a mí y la puerta del copiloto se abrió.

—¿Vas a la ciudad? —preguntó la joven desde el interior del auto y se sorprendió al ver mi suciedad mezclada con sangre.

—Sí... —fue lo único que pude decir.

—Sube —me invitó.

* * *

—Despierta, amigo... —decía la joven mientras me sacudía ligeramente.

Abrí los ojos y desconocí por un momento el lugar en el que se había estacionado. Ella pareció comprender mis muecas de confusión y se sintió con el deber de darme una explicación.

—Te traje hasta el hospital. No sabía si necesitabas ayuda médica o...

—Está bien. Te lo agradezco —interrumpí mientras bajaba del auto casi a rastras.

—¿Seguro que estás bien? —Era extraño que una persona desconocida pudiera preocuparse tanto por otro desconocido.

—Sí..., seguro...

Bajé del auto evitando tener contacto visual con la joven y me perdí entre la multitud. El tiempo se volvía en mi contra. Necesitaba ir por mi camioneta antes de que la policía se enterara sobre el supuesto suicidio de Louis, necesitaba ir con mi mamá, necesitaba una mentira

creíble que justificara mi desaparición por un día y necesitaba abrazar fuertemente a Lindsey.

Lindsey.

No podía creer que después de lo que había pasado siguiera vivo. El contrato con Mefisto me obligaba a renunciar a Dios, pero ¿Dios había renunciado a mí? ¿Él era quien me protegía o sólo corría con mucha suerte?

Tomé un taxi que me llevara cerca de donde había dejado la camioneta, bajé de él y le pedí al chofer que esperara. Todas mis pertenencias las había dejado en la camioneta y era necesario que no hiciera enojar al taxista. Tenía que evitar cualquier roce con la policía hasta que llegara a mi casa y me diera un baño. Mi prioridad a corto plazo era salir de esa calle.

Metí mi mano en la salpicadera delantera derecha de la camioneta y saqué una cajita metálica en la que estaba un juego de llaves de emergencia. Sharon las había puesto ahí y, después de que se fue, seguían ahí.

Abrí la puerta del lado del piloto y tomé mi billetera junto con mi celular, el cual tenía la luz de notificaciones parpadeando; pagué al taxista y subí a mi camioneta para revisar mi teléfono.

Había once llamadas perdidas y un mensaje, ambos provenientes del número de mi madre. Había dos mensajes más de números desconocidos diferentes.

“Michael Watson, Silver Lake Street”.

Era una nueva víctima. Pensar en todo lo que tendría que hacer para conocerla y cazarla me agotó.

“Puedes traer a tu hija esta noche si gustas”.

El segundo mensaje no podía ser de otra persona que no fuera el

Castrador.

¿Estaba jugando conmigo? ¿Era un duelo en el que se estaba encargando de hacerme notar el poder y control que tenía sobre mí? ¿Pretendía intimidarme?

—Lo está logrando, ¿cierto?

Sí. Desgraciadamente ese sujeto me intimidaba de alguna manera. Sabía todo sobre mí: dónde encontrarme, a dónde llamarme, marca y modelo de auto, incluso me había robado mi juego de llaves. Tenía acceso a mis fortalezas privadas, pero lo que más me aterraba era que tenía acceso a mi hija. ¿Cómo enfrentar a un tipo así?

—No puedes. Lo más conveniente es que...

—Haga todo lo que me diga —completé.

Encendí la camioneta y me puse en marcha. Tenía que llegar con mi madre, pedirle mi juego de llaves extra para entrar a mi propia casa, cambiar cerraduras y darme una ducha.

Capítulo 12

No quiero crecer, pero la maestra nos dijo que crecer es algo que no podemos evitar y que es por eso que debemos de disfrutar cada segundo de nuestra niñez pues, en el futuro, cuando seamos grandes, la extrañaremos mucho.

Creo que ella sabe de lo que habla porque cuando nos dijo todo eso comenzó a llorar muy quedito y antes de salir al baño para limpiarse sus lágrimas nos pidió escribir todo lo que extrañaremos cuando seamos grandes.

Pensé en lo que de verdad voy a extrañar por mucho tiempo y me di cuenta de que sólo es una cosa: ser la pequeña de mi papá Nick.

No quiero separarme de él, pero sé que cuando sea grande tendré que ir a la universidad y luego conseguir un empleo y luego un esposo. Mi papá me dice que debe ser en ese orden, pero no me quiere dar explicaciones. Da igual. Yo le creo.

Tengo miedo de no tener a nadie que me haga reír para que deje de llorar cuando una caída me duela mucho, también tengo miedo de no tener a nadie por las noches a una habitación de distancia que me proteja de las cosas feas que se esconden de vez en cuando debajo de mi cama.

Extrañaré caminar junto a él por la calle en busca de algún puesto de helados o de hot dogs y comerlos juntos, sentados en una banca de algún parque cercano.

Extrañaré lo único que es mi papi ya que mientras los de mis amigos son muy regañones por cosas como jugar en el lodo o rasgar su ropa por accidente cuando trepan a un árbol, el mío me dice "no te apures, tiene solución" y me invita a seguir jugando con él.

Voy a extrañar su súper poder de ver el futuro con el que me advierte lo que puede pasar si no hago lo que me recomienda, y también voy a extrañar la manera en la que me deja escoger lo que quiero hacer, cosa que hago sin miedo ya que sé que él estará ahí para ayudarme a solucionar mis problemas mientras me dice "Cometiste un error, pero

tiene solución. Encontrémoslo”.

Pero lo que más extrañaré de él serán los abrazos que me da cuando me siento mal o cuando estoy feliz o cuando simplemente me los da por ninguna razón. Me hacen sentir protegida y fuerte. Son como las cápsulas de recuperación que vemos en sus películas de ciencia ficción.

Sólo espero que me diga su secreto de cómo ser siempre feliz y alegre aun cuando todo le sale mal. He visto muchos adultos que siempre reaccionan feo y yo no quiero ser de esos, yo quiero ser como mi papi: feliz, alegre, buena persona e incapaz de hacer algo malo por más enojado o desesperado que esté...

Capítulo 13

AURIEL

Eran las diez de la mañana y apenas estaba llegando a casa de mi madre, quien estaba sumida en la ansiedad, en el enojo y en la felicidad. Tres sentimientos opuestos que ella y muchas mujeres podían controlar sin volverse locas ni explotar.

—¿Dónde estabas, Nicholas Morgan? —“Nicholas Morgan”, eso significaba que estaba MUY enojada.

No sabía qué inventar. Tenía tanto sueño que no se me había ocurrido qué decirle en todo el trayecto.

—Utiliza la culpa, Nicky...

—Mamá, tuve una noche pésima... ¿Podrías darme la copia de las llaves de mi casa? Prometo que hablaremos de esto en otra ocasión.

—¿Cuándo, Nicholas? —me preguntó mientras me exploraba la mugre del rostro y mi ropaje negro y sospechoso.

—Hoy en la noche... ¿Podrías ir por Lindsey a la escuela?

—¿Irás a ver a esa mujer de nuevo?

—Sí, ahora ella convertirá a tu hija en la víctima de tus actos.
¡Corre!

—Mamá...

—Llegaste aquí y no preguntaste por tu hija. ¿Qué está pasando contigo, Nicholas? ¿Ya no la quieres?

El escucharla decir eso hizo que mi sangre hirviera. Había asesinado a dos personas por Lindsey y casi perdía la vida a manos de un maniático castrador. Ella no estaba en posición de decirme eso sobre el ser que más amaba en la faz de la tierra.

—Contrólate. Ella no sabe el nivel de amor que tienes por tu hija, Nicky. Vayámonos de aquí. Contacta a Cinthia.

Sí, debía controlarme, pero no podía irme así sin más. Necesitaba decirle a mi madre el error en el que estaba. Explotaba por hacerlo y, a

diferencia de ella, yo no podía controlar tres sentimientos opuestos.

—Esta es la última vez que dices algo así, mamá —le dije mientras le apuntaba con el dedo—. No tienes idea de cuánto amo a Lindsey y de lo que estoy dispuesto a hacer por ella...

Me di la vuelta y caminé a la puerta principal. Algo andaba mal en mí... ¿Por qué había actuado así con mi madre? Es decir, me había molestado lo que dijo, pero yo crucé la línea con la manera tan intimidante en la que me acerqué a ella.

—¿Qué fue eso, Nicky? —la voz en mi cabeza estaba igual de sorprendida y confundida que yo.

El sueño. Eso tenía que ser. Había pernoctado y estaba muriendo de sueño, lo que seguramente me ponía tan irritable.

Subí a la camioneta, tomé el celular y llamé a Cinthia. Era lunes y cabía la posibilidad de que no pudiera cuidar a Lindsey por la noche. Mi hija se estaba convirtiendo en su propio obstáculo para su salvación, pero lo solucionaría por ella y para ella.

* * *

Dormí alrededor de tres horas después de llegar a casa y ducharme. Escuchar la voz de Lindsey fue un estimulante muy grato que me llevó a espabilarme para pasar un momento con ella.

Me había dado cuenta de lo vulnerable que era en esta vida que había aceptado y que en cualquier momento, en cualquier descuido, podría perderla, lo que me llevaría a torturarme mientras pensaba en cómo pude abrazar, besar, platicar o jugar con mi hija por última vez. Había aprendido eso por las malas y hasta cierto punto lo agradecía, pues fue un aprendizaje tan significativo que debía convertirlo rápidamente en hábito, en especial porque esa noche mi vida peligraría de nuevo.

Tenía una cita con el Castrador.

—Cinthia, toma las llaves de mi camioneta. Iremos a comer. —Era alentador ver en el rostro de Cinthia esa sonrisa de gratitud. Mis esfuerzos por hacer que se sintiera parte de la familia no eran en vano. Quería a esa muchacha y la veía como un miembro de mi reducida familia.

—¿A comer? ¿A dónde? —Lindsey se alegró al escuchar la noticia y quería saber todos los detalles.

—Tú dime. —Esas palabras hicieron que una sonrisa grande se hiciera enorme.

—¡Uh! ¡Vamos al buffet de pizzas del señor Jones!

Definitivamente esperaba esa respuesta de Lindsey.

Mientras muchos niños se deshacían por ir a jugar en las maquinitas y en los juegos dentro de algunos establecimientos de comida rápida, Lindsey prefería comer, pero eso no significaba que no le gustara jugar, de hecho le encantaba, por lo que regularmente me pedía...

—¿Al terminar podemos llegar a rentar un juego de video?

—Sí, está bien. —Di gracias porque pasaría un par de horas sentado con Lindsey jugando algún videojuego de guerra o de zombis... Una tarde perfecta que mi hija recordaría para toda su vida en caso de que me asesinaran.

Capítulo 14

JELIEL

La tarde que pasé con Lindsey había sido de las mejores en mucho tiempo a pesar de que eran actividades recurrentes: ir a la pizzería Jones y luego a comprar o rentar un juego de video para pasar el resto de la tarde en el sofá matando zombis en equipo, salvando algún mundo de algún malvado ejército, enfrascados en una bestial carrera de autos modificados o librando luchas sorprendentes en las que usábamos a nuestros personajes favoritos, cosa que hacíamos hasta que la luna bañaba con su luz las solitarias calles y el reloj marcaba las diez de la noche, pero no esta vez.

Uno de mis grandes secretos es que soy un excelente jugador. Me encantan los videojuegos y aprendo rápido, pero cuando se trataba de competir contra Lindsey, me convertía en el peor jugador del mundo. Disfrutaba la forma en la que se burlaba de mí y luego me abrazaba mientras decía "Juguemos de nuevo, tal vez ahora sí me ganes", pero, la verdad, nunca podría atravesar la meta antes que ella o derrotar a su equipo de personajes.

La única meta que estaba dispuesto a cruzar antes que ella era la de la vida. Yo moriría primero y ella aún tendría camino por recorrer.

Yo limpiaría su camino de zombis para que ella pasara.

Yo limpiaría su camino de flotas y ejércitos enemigos.

Yo lo haría sin pensar y el Castrador estaba por comprobarlo.

La invitación era a las ocho de la noche, pero tenía que explorar la zona. Debía mantenerme vivo y eso requería mantenerse cerca de una salida, en especial porque se trataba del territorio enemigo.

La dirección especificada en el trozo de papel era la de una bonita casa de dos pisos con pintura y paredes de madera comidas por el sol; el jardín era enorme y con grandes posibilidades de ser hermoso, pero estaba en una situación deplorable en la que el césped estaba por dejar de existir sobre su superficie y el gran árbol se caía en pedazos por la escases de agua; en la cochera se podía apreciar la camioneta negra y adentro de la casa se veía con facilidad una silueta yendo y viniendo de una habitación a otra.

La ubicación era tal como la había imaginado. Estaba apartada de todo. No había vecinos ni gente que pasara por ahí de forma ocasional.

Randal vivía en completa soledad.

La puerta de la casa en la que estaba el Castrador se abrió y giré mi cabeza de manera instintiva para ver qué ocurría. Él me estaba haciendo señas con sus brazos, pero no respondí pensando que era invisible.

El Castrador atravesó su jardín, abrió la cerca, cruzó la calle y se dirigió hasta mi camioneta.

—¿Quieres pasar de una vez? —preguntó con su voz chillona.

El maldito sabía que lo estaba vigilando, pero ¿desde cuándo? Me sentí estúpido por pensar en que yo era el que acechaba cuando era todo lo contrario.

Bajé de la camioneta con mucho cuidado y caminé detrás del Castrador, quien hablaba como si estuviéramos en una reunión común de amigos.

—Sabía que ibas a llegar temprano así que preparé la cena hace unas cuantas horas. Espero que no te moleste que la tengamos que recalentar.

—Yo...

Al entrar a la casa pude notar lo descuidada que estaba: pocos muebles y todos en mal estado, polvo reposando sobre la superficie del suelo de madera picado, aparatos electrónicos discontinuados, cortinas sucias y un penetrante olor a rancio.

—¿Dónde habrá escondido los cuerpos de los dueños?

La voz y yo estábamos en sintonía esa noche. Pensábamos de la misma manera y sospechábamos de las mismas cosas.

—Antes de sentarte... —me hizo una seña con la mano y me indicó que me diera la vuelta para después registrarme—. No necesitarás estas cosas, Nick —dijo mientras me quitaba la navaja que me había dejado en el desierto y un cuchillo.

El maldito era un desconfiado de primera y pensaba como yo, eso lo mantenía a salvo de morir, y posiblemente de ser atrapado. Me estaba hartando de que él estuviera sobre mí. Era muy listo, sí, pero era un hombre frágil. Me tenía que aferrar a esa debilidad para poder someterlo.

—Adelante, siéntate.

Una campanilla sonó en la cocina y el Castrador se disculpó para retirarse un momento.

Mis ojos comenzaron a escudriñar las paredes de la casa y la superficie de los muebles. No me sentía cómodo pensando que alguien podría estar atado y drogado en alguna habitación, e imaginar que eran cadáveres era peor.

Me puse de pie y me encaminé hasta las escaleras. Arriba estaban todas las luces apagadas y no escuchaba nada.

—Sólo somos nosotros dos, Nick —aclaró el Castrador mientras ponía una charola con dos platos sobre la mesa del pequeño comedor acoplado a un lado de la sala.

—Seamos claros, Castrador. Hablemos ya de lo que está sucediendo o las cosas se pondrán feas entre tú y yo —siempre había sido temeroso y retraído, pero algo me había empujado a ser directo e impasible. Me sentí en control.

—Yo... ¿P-podrías no llamarme "Castrador", por favor? —su voz se rompió. Aquel hombrecillo seguro de sí mismo que lo expresaba a través de su voz, sus palabras y su figura completamente erguida cambió por completo. Ahora su voz temblaba, sus palabras sonaban a súplica y su figura se había encogido.

—No sé de qué otra forma quieres que te llame. Castraste a una persona y sólo Mefisto sabe lo que hiciste con los genitales.

—No me gusta cómo suena...

—No me importa. —Era increíble tener esa sensación de adrenalina corriendo por mi sangre liberada por el control que le había arrebatado a ese imbécil.

—¿P-podríamos comer? —Sus ojos ya no podían ver a los míos y ahora se habían posado sobre el platillo de filetes acompañado de puré de papa y dos latas de cerveza.

—No pienso comer nada de lo que me des. —Era extraño pero satisfactorio exteriorizar lo que pensaba. Regularmente la mayoría de mis pensamientos se quedaban en mi mente por miedo de herir los sentimientos de alguien o para evitar ser grosero, pero en ese instante dejó de importarme.

Debo admitir que el ver el platillo me puso nervioso. ¿Cómo sabía que era mi comida favorita? ¿Cuánto tiempo llevaba observándome? ¿Qué tan cerca había estado de mí sin que yo lo supiera? Y lo que consideraba más importante: ¿Por qué?

Me causaba escalofríos, pero no le daría el gusto al Castrador de verme temblando y perdiendo el control.

—No le he hecho nada a la comida...

—¿Y quieres que confíe en tu palabra así nada más?

—Pues... ¿Sí? —Ya no sólo estaba nervioso, ahora estaba confundido.

—No sé nada de ti, pero tú lo sabes todo de mí. No creo poder confiar.

—Nadie confiaría en un acosador.

—Nadie confiaría en un acosador...

—Si me dejaras expli...

—¿Qué sabes de mí? —Necesitaba saber lo peligroso que este tipo podría resultar para mis intereses.

Me observó, temeroso, y me regocijé por dentro al estar consciente de ello. Quería hacerle notar que tendría que lidiar con el lobo furioso al que había herido gravemente.

—T-todo... —Su voz chillona me causaba lástima.

—Me has acosado y puesto en peligro al entrar a mis escenas, me drogaste, me noqueaste y me dejaste en medio del desierto completamente solo, sin mencionar que me robaste aquella noche.

—Invitó a la muerte a cenar... —Me agradaba lo que la voz decía.

—Invitaste a la muerte a cenar... —y repetía lo que decía de manera instintiva—. Sabes mi nombre —me acerqué a él dando un pequeño paso—, sabes mi dirección —di otro paso—, la dirección de mi madre así como su nombre —di dos pasos— y peor aun —quedé a cinco centímetros de distancia y acerqué mi rostro al suyo teniendo cuidado de cualquier jeringa que pudiese sacar—, sabes el nombre de mi hija. No veo CÓMO confiar en ti.

—E-es p-por eso que-que te invité esta noche —dijo rompiendo en llanto al verme tan cerca y amenazador.

Él era mío.

Capítulo 15

EURINOME

—Habla...

—M-mi nombre es Pa-Patrick Reilly y te invité a mi casa para que me conocieras...

Ahora yo era quien comprendía su manera de pensar. Él sabía todo sobre mí y, por alguna extraña razón, necesitaba que yo siguiera asesinando personas, así que para que yo sintiera que estábamos a la par, me dejaría entrar a su vida.

Le pedí que tomara asiento y que prosiguiera con lo que tenía que decir, pero él negó con la cabeza y, de manera tímida, me pidió de favor que le pasara una vieja biblia roja sumida entre varios libros de un viejo y polvoriento librero.

Sin quitarle los ojos de encima hice lo que me pedía.

Al recibir la biblia la abrió y extrajo un pedazo de pergamino viejo de entre las páginas.

—Sabes qué es esto —apuntó al pergamino mientras me lo ofrecía—, ¿cierto?

En efecto, yo sabía lo que era. Era nuestra perdición como humanos.

—¿Qué pretendes, Patrick? —Decir su nombre me hacía sentir confundido ya que eso lo convertía en un humano y estaba acostumbrado a pensar en él como si fuera un monstruo.

—Quería que supieras quién soy yo y..., a-ahí está lo que soy...

—No. No quiero leer quién eres. Quiero saber quién eres, Patrick. —No parecía entender lo que pretendía decirle, así que tuve que ser más claro—. Cuéntame quién eres y por qué estás relacionado conmigo.

Patrick tragó saliva y mostró desidia al hacer lo que le pedía.

—Al parecer no le gusta recordar el pasado, Nicky. Dale un poco más de tiempo para que aclare sus ideas y encuentre el valor necesario

para mirar hacia atrás.

Guardé silencio y me senté sobre el sofá que quedaba frente a Patrick, tomé uno de los platos y, con los cubiertos dispuestos en la charola, comencé a partir la carne en pequeños pedazos para comerlos.

—Yo... tenía una buena vida —comenzó—. Esta casa es prueba de ello. La hubieras visto en sus buenos momentos: hermosa, con sus áreas verdes, cálida en invierno, fresca en verano, equipada con todas las comodidades que pudieras imaginarte. Mi sueldo de médico cirujano me permitía casi todo lo que yo deseara... Así como una hermosa casa, tuve una hermosa familia compuesta por mi esposa Meredith y mis dos hijos, Juliane, de cinco años, y Aaron de diecisiete, quienes me abandonaron y se llevaron todo lo que pudieron en la primera oportunidad que tuvieron después de que me diagnosticaron Epidermólisis Bullosa Adquirida...
—Patrick rompió en un llanto inconsolable que le impidió seguir hablando.

—¿Qué es eso? —pregunté en cuanto tuve oportunidad de hablar más alto que sus sollozos de lamento.

Patrick me observó y se puso de pie haciéndome sentir atacado, pero sólo se quedó parado mientras se desabotonaba la camisa negra de manga larga para mostrarme su torso y brazos envueltos cuidadosamente con vendas manchadas de rojo.

—También se le conoce como "Síndrome de la piel de mariposa" y, generalmente, es genética, pero no en mi caso. —Al quitarse el vendaje pude ver unas asquerosas laceraciones a lo largo de su espalda, pecho, abdomen y brazos. Eran unas heridas repugnantes de las que brotaban sangre y pus.

—¡Mierda! ¿No le duelen? Parece que eso duele como el infierno.

No iba a preguntar eso. Necesitaba mantenerme al margen de crear vínculos basados en la empatía. Sólo quería saber cómo se relacionaba todo eso conmigo y dejar de lado todo tipo de interés sobre lo que le pasaba.

—Supongo que fue eso lo que arruinó toda la vida que habías construido.

—A-así es... Y después hice lo mismo que tú —afirmó como si me conociera al mismo tiempo en que se envolvía en las sucias vendas de nuevo.

—¿Qué fue lo que hice yo? —pregunté de manera desafiante.

—A-acudir con él...

“Él”, ni siquiera podía decir el nombre del Ser que lo había metido en esta situación. Este sujeto era un hombre lleno de miedos y limitaciones, pero que, al igual que yo, estaba dispuesto a hacer lo que fuera. Mi pregunta era ¿lo hacía para recuperar a su familia?

—Antes de que continúes, quiero dejar en claro una cosa, Patrick. Yo NO acudí a Mefisto —el sólo escuchar el nombre le ocasionó escalofríos—. Él acudió a mí.

Había dominado a Patrick usando una personalidad imponente y demandante. Él era mío, pero cuando dije que Mefisto había acudido a mí, noté que el miedo en él incrementó todavía más. Ahora ni siquiera podía verme. Sus ojos y cabeza apuntaban al suelo.

—Yo...

—¿Qué pasó después de acudir con él? —le ayudé a retomar el hilo de sus recuerdos.

—Me ofreció pactar con él... —Tenía miedo de ser juzgado por mí, un hombre que, al igual que él, se había ganado un pase directo al infierno por pactar con el mismo Ser—. Tienes que entender que estaba desesperado, Nick. Había perdido todo por la maldita enfermedad: mi familia, mi trabajo, mi buena vida... mis esperanzas, mi fe en Dios y su misericordia. Yo...

—Ya no tenías nada por perder... —terminé.

—A-así es, pero tenía todo por ganar. Él me había ofrecido curarme de mi enfermedad y dejarme como nuevo. Era la oportunidad que necesitaba para recuperar la vida que me pertenecía no por derecho, sino por esfuerzo.

—¿A cambio de qué? —sabía que esa pregunta me llevaría a la respuesta que quería escuchar.

Patrick tomó su contrato y pude ver una tinta negra emergiendo del papel tomando forma de letras, las cuales se unieron para formar palabras aisladas, dando paso a oraciones y, finalmente, a párrafos completos.

—El contrato lo dice claramente: a cambio de comerme el origen de la corrupción de cada persona.

—No comprendo... —La oración no resultaba ser muy explícita

para mí.

—Si-significa que debo comerme la parte carnal que represente el porqué la persona fue corrompida...

Ahora lo entendía. Había castrado a Randal porque sus genitales eran el origen de su corrupción. Randal tenía SIDA y pactó con Mefisto para ser curado de este virus, después se volvió un maniático adicto al sexo y contagiaba a decenas de personas como parte del contrato.

—¿Y comiste carne infectada por el virus del SIDA? ¿Cambiaste una enfermedad por otra?

—No... Preferí no hacerlo. Decidí seguirte de nuevo. Eres mi única oportunidad.

—¿Cómo diantres llegaste a mí? —pregunté con miedo. Las personas involucradas con Mefisto eran más de las que yo imaginaba y arrastraban un historial de muertes, sangre, desdichas y dolor. No estaba seguro de querer saber más detalles.

—P-por un mensaje con tu nombre y dirección...

El imbécil de Mefisto había jugado conmigo y me había expuesto a su red de asesinos.

—El contrato no te garantizaba seguridad para Lindsey... Mefisto usó ese hueco a su favor.

La vida de Lindsey estaba en peligro.

—¡Mátalo antes que te mate! —gritó mi voz interna con la intención de mantenernos a salvo.

Miré a Patrick, me puse de pie y salté sobre la mesita de centro. Los platos y vasos cayeron al suelo y se hicieron pedazos. Patrick terminó tendido en el suelo sobre su espalda y yo sobre él asfixiándolo con una mano y con la otra presionando su cráneo contra la superficie fría.

—¡NO! ¡POR FAVOR! —rogó mientras se movía para tratar de escapar—. ¡ENCONTRÉ UN HUECO EN EL CONTRATO...

—¡No! ¡Mátalo, Nicky!

—...A nuestro fav...

Apreté con más fuerza el frágil cuello de Patrick y sentí su piel

abriéndose y lacerándose por la presión y roce de mis manos.

—P... Por... fav...

“Un hueco en el contrato”. No podía terminar con él. Tenía información importante que podría ayudarme y él no me mató cuando pudo... Debía aprovechar todos los recursos que se me presentaran para ayudar a Lindsey, y aunque no me gustara, le debía una.

—Habla —Le dije mientras liberaba su cuello. Le estaba regresando la oportunidad que él me había dado cuando me dejó vivir.

—M-mi contrato estipula que debo comerme el origen de la corrupción. Ese es el hueco... —Patrick estaba atemorizado y eso le impedía recuperar el aliento que casi le arrebató por completo.

—¡Explícate, maldita sea! —Detestaba sentirme como un niño de primaria siendo llevado a descubrir su propia conclusión.

—Cuando di contigo, si-simplemente no pu-pude asesinarte, Nick, y menos cuando te vi con tu hija... Continué siguiéndote esperando encontrar el valor para matarte, pero me llevaste a tu salvación. —Dejé de presionar su cabeza contra el suelo y me quité de encima—. Vi la forma en la que acechaste a Randal y supe que lo asesinarías...

—Su contrato dice que debe comer, pero...

—No dice que debes matar a nadie... —terminé en voz alta la idea que había iniciado la voz.

—E-exacto... —suspiró Patrick recuperando el aliento.

Pensé un momento en lo que dijo, pero mi contrato se interponía a cualquier pensamiento. Necesitaba llegar a casa y leerlo. Era posible que también tuviera un hueco a mi favor y definitivamente lo usaría.

—Piensas demasiado en ti, Nicky... Ponle atención a él y a su historia. Hay algo que no encaja. Dile que te repita la forma en la que sabe a por quién ir...

Dejé la imagen de mi contrato a un lado y regresé a la sala de Patrick, quien tenía el cuello con asquerosas llagas por todas partes.

—¿Cómo sabes qué parte del cuerpo es la que debes comer? —Mi voz interna estalló en júbilo por lo acertada de mi pregunta.

—Mefisto me envía un mensaje con el nombre y la parte a

comer...

También había un hueco en su historia y estaba justo delante de mí. ¿Cómo sabía que debía comerse los genitales de Randal si fue mi nombre el que recibió? Si Mefisto actuaba igual con él a como lo hacía conmigo, Patrick sólo podía recibir otro nombre cuando la víctima previa era exterminada.

—Él dijo que te siguió. Así dio con Randal, pero...

—Supo qué parte de él estaba corrompida sin que Mefisto se lo haya dicho, por lo tanto...

—Te está mintiendo o hay algo que no quiere que sepas, Nicky.

—Randal —dije con una voz carente de emociones—. ¿Cómo supiste qué parte de él comerte?

Patrick me miró y supe que no estaba asustado. Tenía argumentos.

—Un colega había tratado a Randal. Le dio un par de meses de vida con tratamiento, pero Randal no regresó con él. Cuando vi su rostro lo reconocí. Se veía tan recuperado que no me costó mucho deducir que él había aceptado corromperse para salvarse de la muerte a la que lo llevaba el SIDA, enfermedad que rápidamente se asocia con los genitales. —Tenía sentido. Mucho sentido—. Como puedes ver, el contrato tiene enormes huecos, Nick. No necesito matar a nadie, simplemente necesito comerme lo que originó la corrupción para sanar poco a poco. Mefisto sólo da los nombres, pero el contrato no nos obliga a ir según su lista. Esa lista es sólo un servicio de caridad que nos ofrece. Por eso te necesito.

—¿Quieres que asesine para ti? —No veía la forma en la que Lindsey y yo pudiéramos salir beneficiados. No era un hueco a "nuestro" favor, pues él era el único beneficiado.

—Quiero que me dejes cumplir con mi parte del contrato. No tengo el corazón para hacer lo que tú haces...

—¿A cambio de qué? —Debía haber algo que él pudiera hacer por mí.

—Complicidad y mi total disposición. Considera que tengo a mi alcance drogas, medicinas y conocimiento médico, además tendrás toda mi ayuda para limpiar tus desastres...

—El maldito vale algo, pero no creo que valga la pena. ¡No lo

hagas!

Lo pensé por un momento y estiré mi mano para estrechar la de Patrick Reilly.

—Ya hemos pactado con el Diablo —le aclaré a mi voz interna—. Es imposible que hagamos un trato con alguien peor.

—No estoy seguro, pero si eso es lo que quieres... Bien —respondió mi voz mientras se desvanecía en ecos. Parecía que me daba la espalda para abandonarme y, de cierta forma, la comprendía, pues casi siempre la ignoraba.

Capítulo 16

NEREIDAS

Patrick había cuidado de mis cosas y, después de haber estrechado nuestras manos, me las entregó. Mi mochila viajaba en el asiento trasero y la podía ver meciéndose de un lado a otro con suavidad por los giros y baches del camino. Dentro de ella estaba todo lo que preparé cuando fui por Louis, incluyendo mi cinta adhesiva, con la cual Patrick me ató.

En el asiento del copiloto estaba el juego de llaves de mi camioneta y de mi casa en la misma argolla. Sentí que había recuperado una parte de mí, así como la seguridad de Lindsey.

Pero no era todo.

Mi mochila compartía asiento con una pequeña maleta negra que contenía el arma secreta de Patrick para mantenerse a salvo: varias jeringas cargadas con rohypnol, un frasco que contenía la misma droga y otro con adrenalina. Ahora era conocedor de su secreto para sedar víctimas y la técnica para revitalizarlas.

Por mi mente corría un sentimiento de miedo porque estaba ansioso por probar esta droga en Michael Watson, con dirección en Silver Lake Street, calle en la que había estacionado para conocer el terreno.

Era una calle larga en la que se erigían enormes casas lujosas bien iluminadas por dentro y por fuera. Todas tenían garaje y una enorme fachada. Había por lo menos veinte casas a ambos lados de Silver Lake Street.

La siguiente tarea era investigar cuál de esas casas era donde vivía Michael, pero no lo haría esa noche. Quería regresar a casa a darle un beso de buenas noches a Lindsey e irme a dormir.

* * *

Cinthia estaba esperándome despierta cruzada de brazos. Su rostro expresaba una especie de inconformidad y sabía qué pasaba. Había llegado después de la una de la mañana y jamás le pedí que pasara la

noche con nosotros.

—Señor Morgan, creí que ya habíamos hablado de esto... —Me reclamó gentilmente.

—Cinthia, de verdad lo lamento. No pensé que la cita se fuera a alargar tanto. —Y en parte era cierto, después de todo aprender sobre Patrick y cómo diluir el rohypnol y la adrenalina para usar la cantidad indicada sin matar por sobredosis no se aprendía en diez minutos.

—No es pretexto, señor Morgan. Mañana tengo un examen y planeaba dormir temprano para estar en mis cinco sentidos.

Eso me hizo sentir culpable. No era justo que Cinthia, con toda su entrega y dedicación, incumpliera con sus responsabilidades por mis problemas.

»Ella es sólo un medio para tu objetivo, el cual es salvar a tu hija, Nicholas. —Habló Patrick en mi cabeza.

—Espero que te vaya bien en tu examen, Cinthia. —Le deseé mientras buscaba en mi billetera su paga—. Y lamento lo que pasó hoy, pero era muy importante y no podía dejarlo inconcluso. Entenderé si no quieres seguir siendo la niñera de Lindsey.

¿Por qué estaba diciendo eso?

—No es eso lo que quiero decir, señor Morgan, yo... —Me quedé esperando su respuesta—. Sólo le pido que la próxima vez me avise con anticipación el tiempo que me va a requerir.

—De acuerdo. —Respondí de una manera muy obligada.

—Adoro a Lindsey y no podría dejar de verla así nada más —me sonrió.

—Entonces nos veremos otro día, Cinthia.

—Sí...

Fue una despedida muy incómoda, sobre todo por la actitud que Cinthia adoptó. Expresaba tristeza y arrepentimiento. Tal vez porque pensó que fue muy dura conmigo.

»Que no te importe eso, Nicholas. Ella sigue de tu lado y tú podrás seguir haciendo el trabajo y salvar a tu hija de la muerte...

En cuanto Cinthia puso un pie afuera de la casa no pude evitar cerrar la puerta con fuerza.

—¿Papá? —Escuché desde las sombras del pasillo—. ¿Qué pasó, papá?

Me había dejado llevar por el calor del momento y no pensé en que mi hija estaba dormida en su habitación, descansando para otro día más en la escuela con sus amigos.

—Nada, Lindsey. Vuelve a dormir, por favor —le pedí amablemente.

—Pero... Te escuché hablar con Cinthia y...

—¡Por favor ve a dormir, Lindsey! —Le ordené con un tono de voz muy elevado.

Mi hija se impresionó y escuché claramente sus sollozos mientras se daba la vuelta para correr de regreso a su habitación.

Tenía mucho tiempo que no veía a mi hija así. El desvelarme me estaba afectando demasiado y me ponía bastante irritable.

»Sabes que no es el sueño lo que te tiene así, Nicholas. —No quería escuchar la voz de Patrick diciéndome lo equivocado que estaba. Ocasionaba que me sintiera inestable y, además, hacía que me desconociera por completo.

Capítulo 17

DAMBALLA

Después de dos días desde el supuesto suicidio de Louis, la policía y los medios se habían movilizado gracias a una llamada que reportaba el cadáver dentro de su casa.

Mis nervios eran una montaña en erosión a causa de la ansiedad. Lo único que sabía al respecto era que Patrick había decidido no comerse nada de la anciana para que la pantalla de suicidio se mantuviera vigente a los ojos de cualquier curioso, pero no confiaba en él.

—Hasta el momento la policía no ha querido dar reportes de lo que ha sucedido, pero hay grandes rumores de que ha sido un suicidio con arma de fuego —dijo la reportera sin dudar ni un poco.

Cerré los ojos y evoqué la escena. A estas alturas el olor a putrefacción debería calar en las fosas nasales. Louis estaba sentada sobre el sofá, con su cabeza inclinada y llena de sangre coagulada, así mismo podía ver en mi mente las livideces cadavéricas en glúteos y muslos.

—Creo que asegurar que fue un suicidio es algo apresurado —respondió Magnus—. El equipo de forenses y los detectives en el caso seguirán investigando hasta dejar claro este asunto.

Maldito Abraham Magnus.

¿Qué le pudo haber hecho pensar que no era un suicidio? Estaba seguro de no haber dejado rastros de ningún tipo.

Todo tendría que encajar a la perfección. Louis acababa de perder a su hijo, eso le había causado depresión y la había obligado a pegarse un tiro porque no podía vivir sin su Randy, a pesar de lo que este había hecho. A menos que...

»No, Nicholas... Me encargué de cubrir nuestra riña.

—Seguiremos informando —mencionó la reportera y apagó la televisión.

No comprendía la razón por la cual me sentía tan enfermo. Todo

había salido bien.

Se suponía.

Necesitaba adentrarme más en lo que fuera que estuvieran desentrañando dentro de la casa de Louis, de lo contrario no podría ni orinar en paz durante el resto de mis días. Tomé el celular y comencé el juego.

“¿Libre esta noche?”

Minutos después recibí una respuesta un tanto cortante por parte de Ben.

“Mucho trabajo. Será para otra ocasión.”

Esperaba esa respuesta, por lo que dejé caer mi arma secreta.

“Una pena. Lindsey quería que cenaras con nosotros.”

Casi de forma instantánea, obtuve una respuesta.

“A la mierda el trabajo.”

* * *

—¡Tío Ben! —Gritó Lindsey muy feliz al abrir la puerta y mirar al teniente Benedict Fletcher de pie, con un pastel en las manos.

—¡Pero miren nada más! —Benedict mostraba una felicidad auténtica—. Ya no eres un flanecito... Ahora eres todo un flan —postres lácteos como

apodos de familia. Era extraño.

—Gracias por la invitación, Morgan —y después de agradecer me entregó el pastel.

—Fue idea de Lindsey, ¿no es así? —Le pregunté y ella sonrió con timidez—. Pasa, por favor.

Los tres caminamos hacia el comedor y Ben se estableció en una de las sillas mientras yo me desvié a la cocina por la cena. Lindsey me ayudó específicamente con los platos para su tío.

Una parte de mí quería a Benedict fuera de la casa y muerto por participar en el escape de Sharon. Era una pútrida alimaña traicionera que merecía lo peor, pero, por desgracia, ese infeliz era de mucha utilidad.

Me obligué a no tocar el tema de Louis durante unas cuantas horas. Lindsey era la que disfrutaba de la visita de su tío, quien entró en un humor más sombrío en cuanto “la pequeña flan” se quedó dormida sobre el sofá.

—Haz hecho un buen trabajo criando a Lindsey, Morgan.

—Gracias —respondí ante el gratificante y sorprendente halago.

—Ha crecido tanto... Por culpa de Sharon me perdí tres años de su vida —dijo sin despegar su mirada de la bella durmiente.

—Siempre puedes recuperar el tiempo perdido —dije tratando de sonar lo más honesto posible.

—De verdad necesitaba despejarme de tanta mierda. Gracias por esto, Morgan.

—¿Así de mal están las cosas, eh? —Era mi oportunidad.

—Estarían mejor si no fuera por el hijo de perra que tengo como jefe.

—Escuché en las noticias que es posible que lo de la anciana haya sido un asesinato y no un suicidio. Me pareció una locura aventurarse a decir eso teniendo toda esa evidencia.

Ben me miró con sus ojos escrutadores y sonrió con un poco de morbo.

—Alguien ha estado haciendo su tarea...

»¿Acaso no prefieres sonar más desesperado? —Me dijo el Patrick de mi

cabeza con una sobredosis de ironía.

—Veo las noticias todo el día. Creo que es mejor que ver la programación basura de la actualidad.

—De alguna manera Magnus se ha dejado influir por una teoría ideada por él —captó toda mi atención—. Al parecer Louis era zurda y el arma con la que se disparó fue encontrada en su mano derecha. Lo demás tiene que ver con la pólvora en dicha mano.

Comprendí el error. Un arma de fuego, después de ser disparada deja un rastro de pólvora quemada sobre la piel del que abre fuego y yo era el que había disparado el arma, no la anciana. Por esa razón no encontrarían rastros de pólvora en su piel.

—¿Entonces... fue asesinada? —Hacer esa pregunta me lastimo de alguna manera a un nivel físico.

—Fue un suicidio, Morgan. Esa es la respuesta. No hay ninguna conspiración secreta. No hay ningún asesino serial que vaya por la familia, como Magnus sugiere. La anciana estaba en su sala, mirando una foto de su hijo, deprimida por haberlo perdido y arrepentida por no haberlo podido ayudar. Sacó la vieja pistola de su fallecido esposo y se dio un tiro.

Una foto. Una jodida foto delante de Louis. Yo no había visto ni dejado ninguna foto delante de ella...

»De nada —me dijo en un susurro orgulloso la voz de Patrick.

La plática me reconfortó un poco. Ben odiaba a Magnus y pensaba que Louis se había suicidado. Eso no me perjudicaba. Por otro lado, Magnus pensaba que el mismo asesino que mató a Randal había hecho lo mismo con Louis, pero también pensaba que era un tipo de asesino que tenía algo en contra de los Goodweather. Mi siguiente víctima era Michael Watson y nada tenía que ver con ninguna de las dos teorías de estos caballeros.

Me sentí liberado.

* * *

—Buenos días, señora. Traigo un paquete para Michael Watson

—le dije con una enorme sonrisa a la joven mujer cuando abrió la puerta.

—¿Disculpe? —me preguntó con curiosidad.

—Un paquete para Michael Watson... ¿Silver Lake Street número 1004? —respondí usando su dirección como referencia.

—Me parece que está equivocado, señor... —hizo un esfuerzo por mirar mi identificación falsa colgando de mi cuello—...Reilly. —No me estaba dando la información que necesitaba.

»Debes presionar un poco más, Nicholas...

—Pero... La etiqueta trae esta dirección, ¿ve? —le mostré la pequeña etiqueta obtenida en las imágenes de Google que había impreso en papel adhesivo y pegado sobre un paquete que contenía una caja de galletas comprada en un súper mercado junto con la despensa de mi casa que esperaba en la cajuela de la camioneta estacionada a dos calles de distancia.

—No; Michael vive en el número 1013, en la acera de enfrente, en una de las últimas casas de aquel lado —Me dijo apuntando a mi izquierda.

—Lamento mucho la confusión, señora... —Fingir vergüenza comenzaba a ser una tarea sencilla. Sólo tenía que usar el tono adecuado, el gesto adecuado y liberar una energía que transmitiera simpatía por mí y mis "inocentes errores".

—Descuide, señor Reilly. Espero haberle ayudado.

»Me pregunto qué pensaría la perra si supiera que por ella un hombre morirá. —No me gustaba que Patrick se expresara de esa manera. Me hacía extrañar a mi vieja, inquieta y temerosa voz.

Seguí caminando en la dirección que la mujer me había señalado y en cuanto llegué a la esquina doblé a la derecha para regresar a mi camioneta por otra calle sin levantar las sospechas de la mujer que, posiblemente, podría estar de curiosa en su ventana.

El vecindario cambiaba considerablemente durante el día. Las casas se veían muy elegantes, pero de noche, con todas las luces encendidas, se convertían en verdaderas y espectaculares obras arquitectónicas resplandecientes.

Aceleré a no más de diez kilómetros por hora para poder admirar la casa de Michael, la cual era una de las casas más viejas del vecindario,

pero que había recibido un buen mantenimiento y reconstrucción.

El auto de Watson no estaba en la cochera y no se veía movimiento alguno dentro de la casa, pero no pude ver más. Era de día y sería demasiado sospechoso. Necesitaba de la oscuridad para ocultarme y protegerme de los seres diurnos.

Capítulo 18

REHAEL

La biblia, el único objeto religioso que tenía en casa, estaba abierta sobre mi cama, mostrando las hojas al techo. Habían adoptado un color amarillento y se pudrían rápidamente mientras la tinta negra con la que las palabras habían sido plasmadas se desvanecía.

»También mi biblia estaba en ese estado —comentó Patrick.

En efecto, su biblia estaba muriendo como la mía, así como la de Louis. Los recuerdos eran nítidos.

Fue una de las recomendaciones que Mefisto me dio antes de desaparecer aquella noche en la que firmé el contrato, pero sólo pensé que se estaba mofando de mi antigua religión.

“Una última cosa, Nicholas —recordaba con exactitud sus palabras—, te recomiendo guardar el contrato dentro de tu biblia..., de lo contrario se secará y morirá”.

No hablaba en sentido figurado. El viejo pedazo de pergamino que estuvo dentro de la biblia, por razones que desconozco, había obtenido color y flexibilidad, mientras que las orillas del mismo, que habían quedado fuera, se secaban y caían a pedazos pequeños al tocarlas.

El maldito pedazo de pergamino estaba poseído y, al igual que un parásito, se había adherido al huésped para alimentarse de su vitalidad letra por letra.

Lindsey entró a mi habitación sin avisar y me asustó. No quería que sospechara de nada raro. Le temía a su inteligencia de niña sobresaliente, la que a la vez me hacía sentir muy orgulloso.

—Papá... —empezó y se detuvo un momento a contemplar la biblia y el pedazo de papel en mis manos para organizar sus ideas.

Doblé el papel y tomé la biblia para regresarlo a su lugar, pero Patrick me detuvo.

»No seas imbécil, Nicholas. Ella ya vio el pergamino. Si actúas raro sospechará y le dará curiosidad por saber lo que escondes.

Era cierto, pero no quería exponer a mi hija directamente a un papel poseído.

—..., quería disculparme por cómo me porté anoche.

Quise explotar en llanto y abrazarla. Escucharla decir eso después de varias horas de ley del hielo me hizo sentir, simplemente, bien. Renovado.

—Lindsey..., yo me quería disculpar contigo. No he podido dejar de pensar en que te hice sentir mal...

—No, papá, yo no obedecí cuando me pediste que me fuera a mi habitación.

—Pero yo exageré, cariño y por eso...

—Ven conmigo.

Mi hija me tomó de la mano y me llevó hasta la cocina en donde me esperaba una pequeña sorpresa que significó demasiado para mí.

—Traté de hacer aquel postre que me hiciste una vez, ¿recuerdas? —Preguntó con un poco de decepción en su mirada.

—¿El de galletas y leche condensada? —Había hecho muchos postres para Lindsey, pero aquel se convirtió en su favorito desde esa mañana gélida y lluviosa en la que improvisamos un maratón de Harry Potter mientras nos cubríamos hasta la cabeza con mantas.

—Sí... —De un brazo me llevó a la cocina y vi el intento fallido de Lindsey—. No me quedó tan bien como a ti, pero hice lo mejor que pude...

—¿Bromeas? ¡Ni yo pude haberlo hecho mejor, Cariño! —Tal vez el mío había tenido una bonita presentación, pero el de Lindsey lo superaba por una sola razón: lo había hecho para mí de todo corazón.

»¿Por qué la ves así? No lo entiendo... —cuestionó Patrick.

—Es el único ser humano que me ama sin ningún motivo en especial. Es un amor honesto, desinteresado y puro... No puedo creer que Sharon haya sido madre de alguien como Lindsey.

»Pues yo no puedo creer que alguien como tú sea su padre.

Eso me hirió y Lindsey lo notó a su manera.

—¿Qué tienes, papá?

—Nada, pequeña... —Se acercó a mí, tomó un banco y lo puso entre nosotros dos para poder quedar a mi altura y limpiarme una lágrima que yo no había sentido.

—No te apures, papi, lo que sea que te pase tiene solución. Encontrémosla.

El escucharla decirme lo que yo solía decirle para hacerla sentir mejor terminó por hacer añicos la máscara que estaba resquebrajada y que protegía un rostro fuerte e impasible.

Por segunda vez, desde que Sharon nos había abandonado, rompí en llanto mientras abrazaba a mi hija.

Capítulo 19

THELIEL

—¿En qué le puedo ayudar? —Preguntó el molesto sujeto de la tienda departamental. Acababan de abrir y tenían toda la actitud de servicio que yo detestaba—. Tenemos excelentes ofertas, como la nueva podadora, o el taladro que incluye la pistola de clavos.

—Gracias, estoy bien —le dije de mala manera para que me dejara en paz. Quería tomarme mi tiempo en la tienda buscando pacíficamente lo que necesitaba y no podría hacerlo con ese sujeto jodiendo a mi alrededor, además me ponía los nervios de punta el que alguien más viera los paquetes de bolsas negras y los rollos de cinta adhesiva gris dentro de mi carrito.

Me escapé del vendedor y fui por un par de botas de hule, después me moví a donde estaban los overoles y tomé uno que se aproximara a mi talla. Únicamente tenían de color naranja. La última parada fue en los aparatos eléctricos, en donde vi una motosierra eléctrica, lo que evocó en mí la imagen del cadáver de Randal siendo desmembrado con ella.

Me hubiera facilitado mucho el trabajo.

»Pero hubiera hecho un ruido infernal.

Desvié la mirada y a mi derecha vi el pasillo de carpintería. Tenían en exhibición unos bonitos delantales de cuero negro con correas cafés y algo me hizo caminar hacia ellos.

—También los tenemos en oferta. —El hijo de perra me asustó. Podría jurar que esos malditos tenían un pacto con Mefisto para materializarse de la nada.

—Me llevaré uno...

El sujeto que, según su placa de identificación, se llamaba Harold, fue por un mandil y regresó para depositarlo en el carrito.

—¿Reparaciones?

—Trabajos sucios —respondí imaginando lo que le haría a Michael,

para quien ya tenía un plan.

—¿Qué pasó?

Maldita sea, había establecido una conversación con él y ahora tenía que continuarla...

—Mi..., cañería. El sótano es un asco. Excremento por todas partes. —Esa mentira era una coartada perfecta, pues explicaba las botas y el overol.

»Pero no explica el mandil.

—Me imagino. Supongo que va a necesitar una buena pintada después del arreglo, ¿no?

—Sí..., me imagino —suspiré internamente lleno de paz al ver que Harold me estaba ayudando a construir una mentira sin darse cuenta.

—Entonces tal vez necesite pintura de buena marca. Tenemos esta a un gran precio y...

—¿La tienes en verde limón? —pregunté de manera cortante.

—Claro que sí...

—Dame una cubeta. —Me urgía salir de ahí.

Harold se encaminó a las cubetas y yo me encaminé a las cajas. Quedarme con él significaba hablar más y estaba muy nervioso y fastidiado para hacerlo.

Al llegar a las cajas vi un par de lentes redondos para soldador y algo me incitó a tomarlos.

—Aquí está su pintura, señor...

—Reilly —le ayudé.

—Fue un placer haberle ayudado, señor Reilly —dijo amablemente.

—Gracias, Harold. —Me di la vuelta y puse todo sobre la caja para que me cobraran, excepto los lentes.

Traté de relajarme pensando en lo que haría con una cubeta de

pintura verde limón que no necesitaba.

* * *

“Deben de mover la ganzúa y sentir los ‘clics’ de los pernos internos” —explicaba el sujeto de YouTube a la vez que trataba de abrir un enorme candado gris—. “No muevan la ganzúa a todas partes, háganlo despacio, de arriba a abajo para buscar los pernos y no olviden mover constantemente el tensor”.

Lo hacía parecer tan sencillo. Su ganzúa entraba y salía fácilmente por la ranura del candado, pero la mía se negaba a entrar y cuando logré introducirla no pude moverla como el sujeto del tutorial.

Dejé a un lado las ganzúas y el candado. Me habían colmado la paciencia el maldito cerrojo que se negaba a ceder y el sonriente sujeto del video cuyo pseudónimo era imposible de pronunciar.

El video se detuvo y me recosté sobre la cama para ver el techo. Había algo en él que me causaba paz y, en esos momentos, la necesitaba. Faltaban nueve horas para tratar de colarme a la casa de Michael y buscar el contrato.

»¿Para qué mortificarte por ese pedazo de papel? Pensé que sólo iríamos por Watson. Entrar, asesinar, limpiar y salir.

Sí, ese era el plan inicial, pero cuando guardé todas las cosas y el contrato de los Goodweather cayó de la mochila negra, sentí una necesidad de guardar la hoja en una carpeta de argollas, una hoja que había dejado de estar poseída y que no necesitaba alimentarse de biblias. Ahora era sólo un manifiesto con dos firmas de sangre que se convertiría en un comprobante para usar en caso de que Mefisto tratara de jugar conmigo.

—Necesito saber qué hizo Michael —pensé para responderle a Patrick.

»No necesitas saberlo. Sólo debemos matarlo. El contrato no estipula nada sobre saber qué hicieron, el contrato dice que sólo...

—¡Sé lo que dice el contrato! —hablar en mi mente dejó de ser suficiente. No podía expresar el coraje ocasionado por el sentimiento de incomprensión que me generaba la voz de Patrick—. Y tampoco dice nada

sobre que no puedo ver los contratos de los demás.

»Entonces ¿para qué mierda lo quieres?

—Para nada... —estaba harto de no poder estar en paz por los comentarios de la voz.

La puerta de la casa fue abierta y rápidamente pude distinguir que era Lindsey llegando de la escuela.

—¡Llegamos, señor Morgan! —gritó Cinthia.

Salí de mi habitación, cerré la puerta para que nadie fuera a ver el nuevo baúl bajo mi cama y que, a partir de ese momento, contendría todos mis secretos.

—Muchas gracias por venir, Cinthia —Recordar mi comportamiento de la otra noche me hacía sentir muy avergonzado.

—De nada, señor Morgan. Gracias a usted por no despedirme.
—Expresó vergüenza y sumisión en su agradecimiento, lo que me parecía muy injusto.

—No agradezcas nada. Yo debería hacerlo por no abandonarme. Después de todo fue mi culpa.

—Descuide, esas cosas pasan.

Había aprendido de mi error. Ahora ella estaba preparada para pasar la noche con Lindsey y estaba feliz, lo que se debía a que había pasado su examen con sobresaliente. Era Lindsey la que no parecía muy contenta.

—¿Qué pasa? —Me encaminé hacia ella. Estaba sentada en el sofá de la sala con los brazos cruzados.

—Quiero conocer a tu nueva novia, papá —exigió seriamente.

—¿Qué? —No comprendí.

—Sí, la mujer con la que sales tanto. Quiero conocerla.

Reaccioné después de unos segundos. Lindsey se refería a la mujer ficticia que había inventado como coartada para escaparme durante las noches a hacer mis tareas de asesino.

—Le comentaré y la invitaré un día de estos a comer. ¿Qué dices?

—No me sentía para nada bien mintiéndole a mi propia hija.

Lindsey no dejó de hacer su rabieta silenciosa, pero terminó asintiendo.

Cinthia nos veía desde la cocina con una expresión llena de ternura, a la cual le respondí con una sonrisa inocente para ocultarle el lado oscuro que no estaba dispuesto a dejar salir en presencia de ellas nuevamente.

»No creo que podamos mantener oculta esa faceta detrás de sonrisas por mucho tiempo, Nicholas —aseguró la voz.

Capítulo 20

AMÓN

Al ver el auto en la cochera y las luces de la sala encendidas era fácil deducir que Michael estaba en casa.

Había estudiado y aprendido su rutina en unos cuantos días: salía de casa a las nueve de la mañana para ir a su trabajo en la firma de abogados y regresaba a las tres de la tarde con comida para dos personas a pesar de vivir solo, después salía a caminar a las seis de la tarde y regresaba a las siete para no volver a salir. Apagaba las luces a las diez. Lo único que no sabía era a qué hora despertaba, pues yo me ocupaba todas las mañanas de seis a ocho para darle de desayunar a Lindsey y llevarla a la escuela.

Aceleré y alejé mi camioneta a un espacio prudente de donde llevaría a cabo el asesinato, apagué el motor y luego las luces. Necesitaba tomar un respiro y revisar mi lista de materiales mentalmente por novena vez.

Overol, bolsas negras, pasamontañas, botas de hule, martillo, guantes de látex, cubrebocas, gorro, inyección de rohypnol, inyección de adrenalina, cinta adhesiva gris, papel adhesivo, cuchillo y cocaína.

Estaba listo.

Un viejo celular sonó en mi bolsillo y rápidamente contesté. Era Patrick Reilly.

—¿Es hora?

—Sólo faltas tú —le respondí.

—Yo ya estoy aquí. —A lo lejos vi unas luces parpadear. Eran los faros de la camioneta de Patrick.

—Bien, ya sabes el plan. Espérame allá.

—De acuerdo. —Patrick colgó al terminar.

Bajé de la camioneta, cerré la puerta y caminé hasta la cajuela para tomar mi enorme mochila negra que había utilizado en mi juventud para acampar. El peso era considerable y yo se lo atribuía a las botas de goma. Puse la mochila en el suelo y tomé unas placas vehiculares falsas

que había comprado en una venta de garaje para sobreponerlas en las placas reales, una vez hecho esto, continué con mi camino.

Eran las diez quince de la noche y las luces fueron apagadas. Todo marchaba bien.

Rodeé la casa y me encontré con una cerca que bordeaba el patio, pero no fue ningún reto saltarla. Al estar oficialmente en propiedad de Michael, mis nervios brotaron. Me sentía desprotegido, pero tenía que seguir adelante y, al ponerme el pasamontañas, me sentí un poco más seguro, aunque sabía que era sólo una ilusión, puesto que si era atrapado nada impediría que mi rostro e identidad quedaran expuestos.

Revisé la perilla de la puerta esperando tener suerte como en casa de Louis, pero no cedió, por lo que recurrí al plan B. Saqué un pedazo de papel adhesivo y lo pegué sobre el cristal, lo cual resultó ser una tarea algo difícil de realizar con los guantes de cuero negro a los que aún no me acostumbraba. Tomé el pequeño martillo que llevaba en una bolsa delantera de la mochila, golpeé el cristal a través del papel y el vidrio se resquebrajó. Retiré el papel adhesivo y junto con él retiré los pedazos de cristal, dejando un hueco por el cual podía meter mi mano sin problemas.

La casa estaba en completa oscuridad, pero mis ojos se comenzaron a acostumbrar a ella y pude percibir algunas superficies y objetos.

Encontré las escaleras alfombradas y subí lentamente mientras le quitaba el capuchón a la jeringa con los dientes. Mi corazón latía con fuerza y podía sentir la adrenalina corriendo por mi torrente sanguíneo. Comenzaba a disfrutar de esa sensación y no comprendía la razón por la cual eso me asustaba.

Abrí cinco de las seis habitaciones del segundo piso sin suerte. Michael no estaba en ninguna. Pero faltaba una sexta puerta, atrás de la cual me esperaba una gran sorpresa.

La sexta habitación era la de un bebé. Pintada con colores pasteles, suelo tapizado de grandes piezas de hule espuma suave, llena de peluches que reposaban por todas partes, una lámpara sobre una mesita que proyectaba una luz muy tenue en las cuatro paredes sin ventanas y una canción que provenía de una bonita caja musical de cuerda.

Al lado de la cuna estaba una biblia abierta y rápidamente fui por ella. No había contrato por ningún lado, pero algo me llamó la atención

todavía más: había sangre seca en las cobijas de la cuna.

»Alerta, Nicholas...

Salí de la habitación con mucho cuidado y regresé a la planta baja. Había pasado algo por alto y debía reiniciar mi búsqueda.

¿Dónde podría estar metido Michael?

La respuesta apareció frente a mis ojos. Una puerta estaba abierta frente a mí y daba al sótano, el cual liberaba luz por debajo de la ranura de la puerta en el fondo del estrecho pasillo. Michael debía estar abajo haciendo sólo Mefisto sabe qué. Esa era una de las razones por las que quería encontrar el contrato, conocer más a fondo a quien estaba cazando para sentirme inocente y capaz de quitarle la vida.

»Bajemos por él. ¡Acabemos con esto ya! —me pidió la voz de manera exigente.

—No. Tenemos que evitar confrontaciones...

De pronto un grito rompió el silencio de la enorme casa. Venía del sótano y era el de una mujer.

—¡A la mierda!—grité en mi mente.

»No quieras hacerte el jodido héroe, Nicholas...

Bajé corriendo las escaleras y abrí de golpe la puerta del sótano. Lo que vi me repudió a tal grado que despertó en mí un nivel de ira que se sobrepuso al asco que provocaba dicha escena.

Michael me vio y rápidamente corrió hacia mí con una daga en su mano derecha, reaccioné ágilmente, esquivé el golpe, clavé la aguja de la jeringa en el cuello del maldito enfermo y éste cayó de golpe.

Al fondo del sótano había una mujer joven metida en una camisa de fuerza y encadenada a la pared. Su cuerpo inmóvil y desnudo de la cintura para abajo estaba sobre el sucio suelo bañado de un líquido viscoso que emanaba de su vagina junto con un cordón umbilical, al final del cual había un bebé con un cuchillo de una hoja de dieciocho centímetros clavado por la espalda.

La mujer también estaba sin vida y no estaba seguro si Michael la había matado o si había muerto debido al parto en un sótano a manos de un sujeto que no era médico ni enfermero.

En el suelo estaba el contrato.

* * *

Michael abrió los ojos agresivamente en cuanto bajé el émbolo de la jeringa para administrarle la adrenalina, después trató de gritar a través de la mordaza que le había puesto en la boca. El pánico lo poseyó. Sabía que no podría gritar ni escapar de la camisa de fuerza. Él ya la había visto en acción con sus víctimas; además sus piernas estaban atadas con cinta adhesiva..., mucha cinta adhesiva gris.

De fondo había una bonita melodía que provenía de una cajita musical de cuerda.

—Quiero preguntarte una cosa, Michael... ¿A cuántos bebés has asesinado hasta ahora? —encendí la lámpara que tomé del cuarto del bebé y sombras de animalitos caricaturizados se proyectaron en las paredes.

Michael Watson reconoció rápidamente su baño y rompió en llanto al verse sentado sobre una de sus sillas forrada en bolsas negras de basura y a mí vistiendo un overol naranja, mandil, botas de goma, guantes de látex con largas mangas que me llegaban hasta el codo, un gorro de enfermero, un cubrebocas y jugando con el mismo cuchillo con el que él había asesinado al bebé.

—¿Fue uno? —No dijo nada—. Tu contrato dice que debías matar nueve bebés y descuartizarlos para que dejaras de ser estéril... ¿Cuántos asesinaste? —Le restregué el contrato en la cara para hacerle notar que yo estaba corrompido como él y que no era ningún policía.

Michael dejó de llorar y me miró fijamente. Se estaba mostrando reticente a mi pregunta.

»Matar bebés... ¿Tú harías eso por Lindsey? —Escuchar esa pregunta de Patrick me hizo pensar un momento. Me estaba juzgando.

La respuesta era no. Lindsey era inocente en todos los sentidos y era mi hija, pero yo sería incapaz de secuestrar bebés con todo y madres para asesinarlos. Al menos era eso lo que podía decirme para sentirme bien conmigo mismo.

—¿Fue uno? —volví a preguntar.

El sujeto luchaba por seguir respirando y contener el llanto, lo que provocaba que temblara por la respiración arrítmica.

»¡Maldito bastardo! ¡Hagámoslo sufrir!

Clavé el cuchillo en su pierna derecha y lo giré. Su grito fue contenido por la mordaza retenida con cinta gris.

Michael negó mientras dejaba escapar un terrible grito ahogado.

—¿Fueron dos? —giré de nuevo el cuchillo dentro de su pierna.

Michael negó. Era difícil diferenciar el sudor de las lágrimas sobre su rostro rojo.

—¿Fueron tres? —pregunté asqueado y haciendo más presión sobre el mango.

Michael asintió llorando de dolor y yo saqué el cuchillo de golpe.

La sangre comenzó a manar de la herida, se escurrió por la pierna y llegó al resumidero de la regadera.

—Debo... debo agradecerte una cosa, Michael. Me has llevado a tal nivel de repudio que asesinarte me está resultando sencillo —y estaba siendo honesto. Ni siquiera sentía la necesidad de inhalar la cocaína que esperaba en mi bolsillo.

Me retiré el cubrebocas y dejé que viera mi rostro. Quería que viera la cara de su asesino y no tengo idea de por qué ansiaba eso.

—Me das lástima, Michael. De verdad que sí... —él escuchó y dejó de lagrimear—, pero lo que me hace sentir peor es que tres familias perdieron a un ser querido por nada...

»Mátalo —me dijo la voz de Patrick riendo de emoción psicótica—. ¡Mátalo, mátalo, mátalo!

—¿Sabes? Al menos me queda el consuelo de que le daré paz a seis familias más, maldito.

Con un golpe rápido y certero el cuchillo atravesó el pecho de Michael y llegó al corazón, órgano que sentí latir a través del mango del arma.

Los latidos se desvanecieron mientras toda la sangre se escurría por el resumidero y se iba al drenaje.

Me sentí en paz y sin remordimiento.

Capítulo 21

—¿El corazón? —le pregunté a Patrick mientras este abría el pecho de Michael en la fosa que yo había preparado tiempo atrás para él, cuando lo llamaba “El Castrador”.

—Sí, él quería un bebé, el corazón debe ser el origen de su corrupción.

—¿No sería más acertado comerte sus genitales?

—No; él no lo hizo por sexo, lo hizo por un deseo paternal
—aseveró Reilly.

Lo comprendí. Michael Watson ansiaba dejar de ser estéril. Estaba obsesionado con esa idea; incluso había preparado ya una habitación para cuando su contrato terminara. Una habitación a la que, podía apostar, iba al finalizar cada infanticidio para llorar de alegría sobre la cuna, en la que dejó un rastro de sangre de sus pequeñas e indefensas víctimas anteriores que lo acercaban a su meta poco a poco.

—Pero cuéntame... —solicitó Patrick cortando las costillas con unas tijeras largas para podar y así poder retirar la placa del pecho para ir a por el corazón—. ¿Cómo te fue con él?

—No quiero hablar sobre eso. —Empezaba a amanecer. Los rayos solares anaranjados eran hermosos y prefería mantener mi mente ocupada con ellos en lugar de la asquerosa tarea que realizaba Patrick.

—¿Sobre nada? —insistió.

—Mañana llamaré a la policía. En el sótano de Michael quedaron dos cuerpos que merecen un entierro decente.

“No seas idiota” —me respondieron ambos Patricks, el real y el de mi mente.

—¿Perdón?

Reilly salió del agujero sosteniendo el corazón de Michael en su mano derecha y se acercó a mí.

—Si haces eso, las medidas que tomaste para desaparecer el cadáver de este imbécil serán inútiles y comenzarás una cacería en contra de nosotros.

—Pensé que estabas gustoso de ser mi compañero y que estabas dispuesto a correr riesgos —le recordé.

—Sí; siempre y cuando sea por un error que alguno de nosotros cometa, no por ninguna estupidez no premeditada.

—No puedo dejar esos cadáveres pudriéndose en ese sucio y oscuro sótano...

Supongo que estaba confundiendo los conceptos ya que sí “podía” hacerlo, pero algo dentro de mí no “quería” dejarlos ahí mientras los familiares morían de ansiedad por ignorar el destino de la pobre joven.

—Los encontrarán tarde o temprano. Por el momento es mejor mantenernos al margen de esta situación, Morgan.

Me pregunté en qué momento de la vida yo tendría la razón al momento de debatir algo.

Ambos comenzamos a sepultar el cadáver de Michael Watson en esa parte abandonada e inhóspita a las afueras de la ciudad. En la fosa también estaba la ropa que vestía, su celular sin batería, la cual, yo mismo, había retirado en su propia casa en caso de que la policía rastreara el último lugar en el que estuvo el aparato encendido (o yo qué sabía), y el cuchillo con el que le quité la vida.

—Regresemos —le pedí a Patrick mientras guardaba mi pala en su cajuela, él me pidió un momento y se dio la vuelta para empezar a comerse el corazón de Watson.

Las laceraciones que yo le había provocado durante aquella riña en casa de Louis comenzaron a sanar lentamente conforme Patrick mordía ese órgano bañado en sangre. Desvié mi mirada, subí a la furgoneta y centré mi atención en el enorme soporte para cables de alta tensión.

—Lo lamento —dijo al subir a la furgoneta—, tenía que hacerme cargo de él antes de que se pudriera o Mefisto sabe qué hubiera pasado.

Yo asentí. Resultó ser más repugnante de lo que imaginaba. Patrick devoraba la carne cruda y a él parecía no importarle, incluso se limpiaba la sangre que bajaba por sus mejillas con delicadeza como si fuera una actividad sofisticada y grata.

* * *

Anexé el contrato a mi carpeta. Ahora tenía tres hojas amarillentas firmadas con sangre. Revisé lo demás y separé las cosas en dos montones: de lo que debía deshacerme y de lo que no, dejando en el primer montón guantes de látex, gorro y cubrebocas, lo demás lo podía guardar en mi baúl a la espera de volverlo a usar.

Había mucha sangre sobre el overol y el mandil. Eso me dio una bofetada y me hizo poner los pies sobre la tierra. Pensaba que por haber controlado la situación y usar un espacio específico para matar no dejaría rastros, pero la sangre era una maldita soplona.

Tomé el celular desechable y llamé a Patrick Reilly.

—Dime —respondió.

—Necesito veneno...

—¿Veneno? —asentí olvidando que él no me veía—. Sí..., tengo algo que puede ayudar. Pasa por mi casa en la noche.

Colgué y miré mi otro celular que marcaba las diez cuarenta y dos de la mañana. Tenía un mensaje sin leer.

“Samantha Hope, Sunshine Hills.”

Capítulo 22

HÉCATE

No necesitaba hacer una investigación previa sobre Samantha Hope. Todo hombre la conocía y toda mujer la envidiaba. Era una hermosa modelo que se había convertido en un sinónimo de sensualidad, hermosura y sexualidad.

Tomé la laptop del escritorio y accedí a ella a través de mi contraseña "JODETESHARON"; abrí el navegador y tecleé "Samantha Hope". Era tan hermosa que ver su rostro era caer directo en las garras de la adicción.

Un golpe del pasado me hizo recordar aquellos momentos en los que me encerraba en mi habitación para masturbarme con Sam inundando mis oídos con gemidos y mi vista con sus hermosos atributos. Ella solía despertar en mí un deseo sexual, un deseo que había muerto... Ella era mi nueva víctima y tenía que morir. Eso era todo.

»Sólo acabemos con ella ya.

Era una buena idea, pero no mi estilo. Primero necesitaba estudiar a la modelo, luego tener el contrato para saber qué había hecho y, finalmente, quitarle la vida para que mi hija pudiera vivir con seguridad y, por el momento, hasta los trece años.

Di clic a un enlace y un video de ella se abrió en reproducción automática. Su rostro se mantenía igual de bello que hace quince años y su cuerpo mantenía la misma firmeza.

"Subido hace 4 días."

Pausé el video y seguí buscando en otra pestaña. Un video viejo apareció.

"Subido hace 9 años."

No era mi imaginación. Samantha no había cambiado en nada.

»¿Quieres apostar sobre a cambio de qué pactó con Mefisto, Nicholas?

¿Juventud eterna? ¿Inmunidad a enfermedades venéreas? ¿Fama? ¿Se volvería a repetir la historia de Randal? Sí, sentía curiosidad sobre su historia. Por primera vez en mi vida deseaba algo de Sam y no era coger con ella.

—Señor Morg... —Cinthia se quedó paralizada al entrar de golpe a mi habitación y ver los senos desnudos de Samantha rebotando en pantalla completa.

—Lo siento, Cinthia —me disculpé cerrando la computadora de golpe mientras giraba el pequeño disco de volumen frontal.

—De-descuide... —respondió al mismo tiempo que se ocupaba de un dilema interno: sentir pena por mí o reírse de la situación—. Yo... quería decirle que me he enterado de una conferencia a la cual deseo ir.

Lo que significaba que ella no podría cuidar a Lindsey en la noche y yo no podría ir con Patrick por el veneno prometido.

—Lo entiendo. No hay problema —sonreí—. Buscaré a alguien más, Cinthia. Gracias por avisarme con anticipación.

Ella sonrió y salió de la habitación sonrojada por atraparme viendo a una joven actriz porno que en realidad era mayor que yo.

»Es momento de hablar con tu madre, Nicholas.

Mi madre... Estaba demasiado ocupado en mi nueva vida, que había olvidado a mi madre y la manera en la que había explotado con ella. Recordar eso me hizo sentir como una vil mierda.

* * *

—¡Nicky! —me recibió mi madre con una gran sonrisa.

—Ma... —respondí con un abrazo. Me sentía muy avergonzado de la manera en la que la había tratado y más aun por olvidarla y regresar

con ella ahora que la necesitaba.

—Hola, abuelita —dijo Lindsey saliendo detrás de mí.

Mi mamá me soltó y se agachó para abrazar a mi hija. Duraron bastante tiempo juntas antes de entrar, lo que demostraba el enorme cariño que se tenían, cariño que se había fortalecido desde que Sharon se había largado.

—Pasen, pasen...

Lindsey corrió a la sala, en donde mi mamá le había puesto un cesto con juguetes exclusivamente para ella, yo aproveché esto para tomar a mi mamá de la mano y llevarla a la cocina.

—¿Qué pasa, Nick?

—Quería disculparme por lo de la otra noche...

Ella me miró e inhaló aire de manera ruidosa y pesada.

—La que debería disculparse soy yo... No debí haber dicho que no querías a Lindsey. Crucé la línea.

Y en realidad lo hizo.

—Descuida..., todo está bien, mamá.

—Entonces no te molestará que la quiera llevar al cine, ¿cierto?

No podía creer la suerte que tenía. Sentí que podía ganar la lotería si compraba un billete, pero no necesitaba el dinero, eso no resolvería mi problema.

—¿Cuándo? —pregunté animoso.

—Hoy en la noche si no tienes inconveniente. Se estrenará la nueva película de súper héroes y Lindsey estaba muy ansiosa por verla.

Lo había olvidado. Le había regalado esa trilogía de libros a mi hija con la esperanza de que le gustara ese personaje con máscara negra y gorra tanto como a mí, y mi misión se cumplió a tal nivel que cuando la película fue anunciada Lindsey pegó un tremendo grito de emoción con el que me hizo prometerle llevarla al estreno, promesa que se había traspapelado en el olvido gracias a Mefisto.

—Sí, estoy seguro que le encantaría, pero... ¿Tienes boletos?

—Era un estreno esperado y, muy posiblemente, las entradas se habían

terminado.

—De hecho sí, los tengo desde hace un par de semanas...

Su voz me permitió saber que ella estaba dispuesta a dejar pasar el estreno por la vergüenza que le provocaba el llamarme.

—Está bien... ¿A qué hora quieres que pase por ella de nuevo?
—Debía aprovechar la oportunidad para ir con Patrick.

—¿Por qué no la dejas pasar aquí la noche?

—¡Lindsey!—le llamé.

Escuchamos sus pasos rápidos provenientes de la sala y su rostro se asomó por la puerta de la cocina.

—Mande, papá.

—¿Recuerdas la película que querías ver? —ella asintió—. Pues adivina quién te llevará.

—¿Mi abuelita? —En su rostro se dibujó una enorme sonrisa de emoción.

—Así es, Lindsey, y además le comentaba a tu papá que podías quedarte a dormir aquí conmigo.

—¿Puedo, papi? —“Papi”, definitivamente quería convencerme de que la dejara quedarse.

—Para eso te llamé. Dime qué quieres hacer.

—Me quiero quedar con mi abuelita —dijo emocionada—, pero mañana hay clases —terminó cambiando su expresión de felicidad.

—No te preocupes por eso. Puedes quedarte con tu abuelita, yo iré por ropa limpia y te la traeré en un rato...

—No hace falta, Nick, aquí tengo ropa para Lindsey.

»¡Hagamos lo nuestro!

Samantha Hope me esperaba.

Capítulo 23

ANDRAS

La casa de Samantha resultó ser inaccesible para mí. Tenía enormes muros que habían sido levantados alrededor con el propósito de mantener a los perversos y a los paparazzi alejados de la privacidad de esa hermosa modelo; también había cámaras de seguridad que cubrían todo el perímetro y uno o dos guardias caminando constantemente en busca de anomalías.

»Matarla aquí va a requerir de mucha destreza por parte nuestra, Nicholas, destreza que no tenemos.

Estaba de acuerdo. Si quería mantenerme en el anonimato no podía exponerme de ninguna manera a ser descubierto, por lo que tenía que reestructurar mi plan de acción, así como pensar en una ubicación para ejecutar el asesinato.

»Usemos internet. Descubramos más sobre ella.

Aceleré sin dejar de ver a los perversos colgados en los árboles tratando de obtener una fotografía de Sam, quien algunas veces estaba de buen humor y abría las cortinas de su baño y se metía a la ducha para que algún suertudo simio obtuviera algunas fotos de su hermoso pecho y de sus glúteos que formaban un corazón perfecto.

* * *

—¿Hablas en serio? ¿Samantha Hope es tu víctima? —Patrick estaba sobresaltado.

Yo asentí.

—¿Y qué piensas hacer, Nick? Ella no es una persona cualquiera. Hablamos de un ícono de la ciudad que, al desaparecer, llamará la atención.

Todo lo que salía de la boca de Patrick Reilly ya había pasado por

mi mente con anterioridad y eso era frustrante.

—No sé si podré seguirle el paso. La vida de esta mujer es nocturna y yo tengo una vida con mi hija día y noche. —Estaba creando un vínculo con Patrick. ¿Significaba que lo estaba convirtiendo en mi amigo?

—Para eso me tienes, Nick. —Sentí extraño el escuchar esa oración. Parecíamos dos viejos amigos apoyándonos en las malas, y yo nunca había tenido algo así—. A diferencia de ti yo no tengo familia, así que puedo seguirla para investigar su itinerario.

Tenía miedo de aceptar su ayuda. Me había formado con la idea de que era mejor cometer un error y saber que las consecuencias se debieron sólo a mí a que alguien más cometiera un error y eso me perjudicara como daño colateral.

Pero no tenía opción.

—D-de acuerdo... —estiré mi mano y Patrick estiró la suya para estrecharlas en el aire.

—¿Te soy honesto, Nick? —Asentí al verlo emocionado—. Estoy ansioso por comerme a esa sabrosa perra.

Algo vibró dentro de mí y me hizo sentir extraño. Como si alguien estuviera muriendo en mi interior y gritara desesperadamente por ayuda. Me concentré un poco más y pude sentir la vida de ese ser extinguiéndose mientras luchaba por salir del abismo.

—¿Lo tienes? —pregunté recuperando la calma.

—Oh, sí..., sígueme.

Bajamos al sótano de Patrick. Estaba plagado de instrumental de química, frascos de vidrio y cajas de aluminio por todas partes y sin ningún orden; además había un penetrante olor a formaldehído que me hizo recordar mis viejos tiempos en los laboratorios escolares.

Patrick tomó un frasco de unos dos galones de capacidad y me lo entregó. Contenía un líquido que, a ojos inexpertos como los míos, parecía ser agua.

—Cloruro de potasio —dijo Patrick con orgullo—. Es lo que contiene la tercera y última inyección que reciben los prisioneros condenados a muerte. Les provoca un paro cardíaco, pero para cuando esta inyección es puesta, el tiopental sódico y el bromuro de pancuronio ya hicieron su trabajo, dejando al prisionero inconsciente. Se dice que el

cloruro no deja rastros en el organismo.

Tener ese líquido entre mis manos era extraño. Si Benedict o Magnus me atrapaban, sería condenado a muerte y el cloruro de potasio sería la tercer inyección que me pondrían para ocasionarme ese paro cardíaco del que hablaba Reilly.

—¿Co-cómo funciona? —le pregunté para mantener mi mente ocupada.

—Si fuera tú, inyectaría una dosis grande directo al corazón de la víctima —se apuntó con el dedo su corazón, el que resultó estar más al centro del pecho de lo que pensaba—. El golpe debe ser rápido y certero, Nicholas, la aguja tiene que entrar y perforar el corazón, una vez que el cloruro de potasio esté dentro del torrente sanguíneo se hará cargo de lo demás.

No era lo que tenía en mente cuando le pedí “veneno” a Reilly, pero no vería más sangre en las víctimas y mis huellas serían cubiertas de una mejor manera.

—¿Actúa rápido?

—No tan rápido como el golpe al corazón que le diste a Michael con el cuchillo. Las víctimas se retorcerán durante un rato, su respiración se volverá rápida y agresiva y el dolor les será insoportable.

Michael...

»Él lo merecía. Debemos sentirnos orgullosos. Sufrió por lo que hizo.

—Gracias, Patrick.

—Un placer, Nick. Mantente atento al celular. En cuanto tenga noticias sobre Sam te lo haré saber.

* * *

Dieron las tres de la madrugada y seguía sin poder conciliar el sueño.

La luz de mi espaciosa habitación estaba encendida y me permitía apreciar por completo todo mi instrumental y accesorios dispersos en el

suelo. Estaba mi overol de color naranja chillante con las mangas manchadas de sangre, a un lado estaba el mandil de cuero en el que apenas se veían esas máculas marrones y, lo que más me llamaba la atención por el contraste de color rojo y blanco, la camisa de fuerza con un hoyo hecho por el cuchillo que alojé en el corazón de Watson.

Sobre mi escritorio estaba la laptop encendida y, en pantalla, el encabezado de una noticia en la que la protagonista era Susana Rodríguez, a quien reconocí al instante.

Yo sabía que Susana estaba muerta en el sótano de Michael Watson junto con el bebé que esperaba. Era injusto que su esposo y familiares estuvieran al borde de la locura por desconocer esta información tan importante.

“Sólo la queremos de vuelta, sana y salva”, “No levantaremos cargos”, “Oramos por su bien”, “Quiero a mi esposa e hijo a salvo”... Eran exigencias a manera de petición desesperada de los seres queridos de Susana y dirigidas a la prensa para comunicarlas a la ciudadanía.

Había un video adjunto a la noticia titulado “Christian Parson pide ayuda a la ciudadanía para encontrar a su esposa”.

No me atreví a ver el video. Tenía miedo de iniciar la reproducción.

»Si lo haces, la debilidad nos invadirá y hablarás para dar informes sobre el paradero del cuerpo de la perra. ¡Aléjate de esa computadora!

Es por eso que estaba tirado boca arriba en el centro de todo el desorden, pensando en lo que ese hombre llamado Christian estaría dispuesto a hacer por encontrar a su esposa e hija, lo que me hizo girar la cabeza hacia la biblia que alimentaba a mi contrato.

Mefisto era brillante. Utilizaba la desesperación de las personas para acercarse a ellas y corromperlas, pero no sólo eso, una vez corrompidas, creaba más desesperación a través de ellas y corrompía a más personas, de esta manera se creaba un ciclo en el que corrompía más gente y se apoderaba de más almas. Era un bucle en el que las ganancias crecían de manera exponencial.

Capítulo 24

HECHALOTH

Las noches en el centro de la ciudad eran oscuras y solitarias, pero cuando se trataba del fin de semana, las calles se convertían en la principal fuente de luz y de socialización.

Los autos no dejaban de circular en busca de un espacio para estacionarse y las personas vestidas con sus mejores prendas no dejaban de caminar tambaleándose de ebriedad por las banquetas, sobre las que se formaban filas para poder entrar a los ruidosos antros en los que se vendía en secreto todo tipo de drogas, incluyendo, posiblemente, rohypnol, droga con la que sedaría a Sam en un futuro cercano.

Esa noche no estaba dispuesto a cazar a nadie. Esa noche verificaría lo que Patrick me había informado.

Bajé del taxi, pagué y me encaminé a la entrada del antro Hell and Heaven, el cual, según internet, era uno de los mejores antros de la ciudad por su seguridad, servicio, ambiente y música, aunque a las personas realmente les importaba únicamente el alcohol y el frenesí al momento de consumirlo.

“Amargado”. Era la expresión que la gente solía decirme cuando se enteraban que no me gustaba beber, fumar, ni bailar, pero no me importaba, lo que yo era no dependía de nadie, excepto de mi hija, aunque tengo que admitir que con Randal me vi obligado a cambiar un poco mis hábitos sobre la abstinencia de alcohol, incluso di un enorme paso al inhalar cocaína. Lo importante es que no era ningún adicto y no planeaba convertirme en uno. De eso estaba seguro.

»¿Y qué hay sobre matar?

Soborné al enorme gorila de la entrada y este me permitió entrar mientras los demás alegaban por su corrupta acción.

—¡Ya no tenemos espacio! —les gritó mientras se cruzaba de brazos y adoptaba una personalidad inmutable de nuevo.

El lugar era increíblemente ruidoso y activo. Vi chicas sentadas sobre las piernas de sus posibles novios o ligues y la manera en la que se besaban mientras usaban sus manos para toquetearse liberaba una carga sexual tremenda; en la pista de baile había parejas moviéndose rítmicamente mientras se incitaban sexualmente con movimientos

provocadores... Me daba pena pensar que ellos eran el futuro del mundo.

»¿Para esto quieres salvar a tu hija? En unos cuantos años ella estará haciendo este tipo de cosas sin pensar en las consecuencias.

Cerré los ojos para no dejar entrar la imagen mental que Patrick me mostraba.

—¡Buenas noches, queridos! —sonó una dulce y hermosa voz a través de todo el antro—. Quiero agradecerles por escoger Hell and Heaven para divertirse.

El público liberó gritos de júbilo mientras veían hacia un cubo de cristal empotrado en una de las paredes del enorme lugar. Ahí estaba Samantha Hope en toda su sensualidad, usando un vestido rojo ajustado a su contorneada figura y dejando a la vista unas bonitas piernas suaves, unos delicados brazos, un hermoso rostro del que resaltaba su labial rojo y unos prominentes pechos tapados por un escote atrevido.

Según la información que Reilly me había dado, el antro abría desde las diez de la noche y la gente llegaba a todas horas aunque no pudieran ni moverse en la fila y, aun así, se mantenían firmes con la esperanza de poder ver a Sam antes de las dos de la mañana, hora en la que hacía su aparición en ese cubo de cristal para alentar a sus fans y pedirles que se siguieran divirtiendo, después desaparecía por la puerta trasera custodiada únicamente por su guardaespaldas, quien no tenía ese mal hábito de quedar embobado con los encantos prominentes de Sam.

* * *

»Es estúpido lo que hicimos, Nicholas. —La voz interna estaba furiosa—. ¿Por qué no la matamos de una vez? ¡La teníamos!

Y en efecto, la teníamos. Pudimos haber salido por la puerta trasera del antro, pudimos haberla seguido hasta su auto y pudimos haberla drogado cerca de él para después llevarla a algún lugar lejano a asesinarla, pero no. Necesitaba su contrato para conocer su historia y sentirme menos culpable al saber qué clase de monstruo estaba por matar, así como poder comprobarle su muerte a Mefisto, pero el plan de asesinarla fuera de su casa no me llevaría a nada de ello.

»Matémosla de una vez, Nicholas. —Me preocupaba la forma

ansiosa en la que me lo exigía. Parecía que la voz lo necesitaba.

El estudio sobre mi víctima concluyó. Sabía su itinerario, sabía los caminos, sabía la distribución de seguridad en su casa así como los protocolos para entrar y salir, y, lo mejor de todo, sabía lo que haría para burlar todo esto y poder conseguir su contrato.

Mi casa se veía extraña desde afuera con las luces apagadas. Todo estaba tan en calma que liberaba una sensación inusual en mí. No quería entrar a irrumpir en el silencio y quietud, pero no podía estar a solas o la voz de Patrick me haría sentir mal de alguna manera al hacerme ver la realidad sin darme opciones para enfrentarla.

»¿Crees que cuando tu hija muera la casa se verá igual de tranquila y sola?

Extrañaba a mi vieja voz, pero me había abandonado tiempo atrás y yo había perdido la esperanza de que regresara a mí.

Seguí caminando y llegué hasta la puerta, metí mi llave en la cerradura y la giré. Sentí el clic que tanto mencionaban en los videos de YouTube sobre cómo usar ganzúas y la puerta se abrió.

Cerré de nuevo con llave y me dirigí a mi habitación para arrojarme sobre mi cama a dormir. No tenía energías ni para quitarme el traje, pero algo me decía que antes de dormir tenía que ver la página de noticias oficial de la ciudad.

“Encontrada Susana Rodríguez y bebé en sótano. Se busca Michael Watson por posible multihomicidio”.

Susy y su bebé tendrían un entierro decente y sus familias podrían dejar de vivir en la terrible incertidumbre al igual que las familias de las otras dos mujeres que encontraron sepultadas y en estado de putrefacción en el patio trasero junto con sus bebés, pero yo estaba de cierta manera en peligro, pues Michael era buscado por el equipo de detectives liderado por Ben. Un descuido de mi parte podría significar mi sentencia de muerte.

»Espero que no hayamos cometido ningún error, Nicholas.

Sabía lo que la voz pretendía hacer: buscaba que me sintiera culpable y que le respondiera “De ahora en adelante haré todo lo que me

digas", pero no estaba dispuesto a hacerlo a menos que fuera necesario.

Salí del navegador y apagué la pantalla del celular. Mis ojos pesaban como todo mi cuerpo y lo único que quería hacer era dormir para recobrar energías y darle a Lindsey un grandioso domingo en el parque de diversiones.

Capítulo 25

ABEZETHIBOU

—Adelante, Morgan —me invitó a pasar el capitán Magnus a su lujosa casa.

No tenía ni la más mínima idea de por qué el repentino mensaje y la urgencia de quererme ver tan a temprana hora del domingo.

—Buenos días, capitán —saludé sin saber si debía llamarlo por su nombre o por su rango.

—Deja las formalidades, Nicholas. Dime Abraham o Magnus. Escoge uno —y dejó escapar una risa muy elegante mientras me guiaba por su enorme casa hasta la cocina.

—Su casa es enorme... y hermosa —le hice saber esto en lugar de dejar escapar mis pensamientos en los cuáles me preguntaba cuántos años de ahorro tendría que tener para comprar una casa así.

—Beneficios de arriesgar el pellejo en el departamento de policía por casi tres décadas.

Llegamos a la enorme cocina y me pidió que tomara asiento mientras él se dirigía a la estufa. Jamás en mi vida había visto una cocina tan costosa. Sólo el cochambre de la estufa y el depósito de agua inferior del refrigerador de Magnus debían valer lo que valía mi cocina completa.

—Espero que no hayas desayunado todavía —comentó.

—Yo... —me avergoncé de confesar que a esas horas seguiría dormido y que mi hora de desayuno era casi a medio día—. No, no he desayunado.

—Bien —y sin más comenzó a preparar el desayuno.

—¿Hoy fue su día libre, Magnus?

—De vez en cuando es bueno respetar los días libres, Morgan, en especial entre estos días cargados de mierda.

—He visto que el trabajo se les ha acumulado —me había despertado de manera sorpresiva y muy temprano para invitarme a su casa. Lo menos

que podía hacer era tratar de ver la forma en la que él pensaba las cosas.

—Todo gracias a esa prensa amarillista.

—Escuché que hay otro loco suelto en la ciudad.

—¿Quién? ¿Michael Watson? —Asentí—. Es lo que todos creen, Morgan, pero no ven más allá.

—¿Hay un más allá? —Me estaba sintiendo como Ben. Frustrado por la forma de ser de Magnus. Tenía ese tono de sabelotodo que tanto odiaba.

El capitán dejó por un momento la estufa con la sartén y los huevos, luego regresó cargando una carpeta y la colocó en la mesa.

—Adelante, mira eso y dime qué ves.

Mis manos temblaban de emoción y mi corazón latía de miedo. Magnus me estaba ofreciendo ver dentro de una carpeta con reportes policiales sobre un caso vigente. Miró mi cara confundida y me invitó a abrir el folder por segunda vez, yo asentí y lo abrí, temeroso de lo que pudiera encontrar. Dentro de la carpeta había fotografías de tres cadáveres de mujeres y otros tres de bebés. El cuerpo de Susy y su bebé eran los que todavía no entraban a una etapa de descomposición avanzada.

»Nos pide nuestra opinión sobre el caso. Si supiera que no sólo sabemos lo que pasó, sino que fuimos testigos y matamos a Watson. ¡Idiota!

—Yo... Veo a alguien muy trastornado... ¿Quién querría hacer algo así? ¿Quién querría la sangre de alguien tan inocente como un bebé?

—De los tres bebés, Morgan. Deseaba la sangre de tres bebés —aseguró con desdén y seguridad.

—¿Era un psicópata? —Cerré la carpeta casi de golpe y traté de aparentar normalidad. Era difícil luchar con el nerviosismo que escalaba por mi médula espinal.

—Creo que va más allá de eso, Morgan. Michael era estéril.

—¿Y eso lo llevó a hacer lo que hizo?

—Al parecer sí. Si él no podía tener bebés, no dejaría que nadie más tuviera.

Eso era una falacia. Watson lo hacía como ofrenda para dejar de ser estéril. Deseaba de todo corazón poder engendrar a un hijo propio para amarlo. Esto lo llevó con Mefisto y a partir de ahí toda su vida se fue al

carajo.

—Supe que el sujeto escapó después de haber cometido el crimen.

—Ben piensa que cometió un error con la última víctima y eso lo hizo huir —y de cierta forma era verdad. Había cometido el error de descuidar su espalda—. En eso se equivoca Ben... No hubo error. No hubo escape. Alguien rompió el vidrio de la puerta del patio de Michael para entrar. Te aseguro que fue asesinado.

—¿Por quién?

—El mismo que asesinó a Randal y a su madre. —De pronto una corriente helada escaló por mi piel. Pude sentir mi sangre volviéndose más gruesa y pesada—. Randal tenía SIDA y contagiaba personas siendo consciente de ello. Louis lo sabía y nunca lo denunció. Watson mataba a mujeres y bebés... Tenemos en nuestras manos a un maldito misionero que va por ahí asesinando a escoria.

Por mucho tiempo pensé que el único patrón en mis asesinatos era Mefisto y que este era invisible para personas no corrompidas. Me sentía seguro detrás de esta idea, pero no podía estar más equivocado. Todas mis víctimas eran una escoria. Ahí estaba el verdadero patrón. Estaba expuesto.

—Pero no es esto por lo que te quería ver, Morgan —me dijo mientras se llevaba la carpeta para servirme el desayuno—. Fue por tu hija.

—¿Qué con ella? —Pregunté mientras cortaba la salchicha.

—Quiero ayudarte.

—Magnus, me honra, pero no creo poder aceptar su ayuda... No me sentiría a gusto.

—No seas ridículo, Morgan. Aceptar mi ayuda no es para dañar tu ego. Es para ayudar a tu hija. Un viejo como yo no tiene mejores planes a futuro —seguido de esta declaración, colocó un sobre encima de la mesa—. Quiero que tomes ese sobre, te lo lleves a casa y busques un buen tratamiento para Lindsey.

¿Por qué Magnus me estaba ayudando? En ese momento me di cuenta de la razón. No había estado prestando atención. Magnus había perdido todo, años atrás, en su lucha por atrapar a Blackburn perdió a su esposa, a su hijo mayor y a su hija menor. Estaba solo y su vida y dinero ya no tenían un propósito mayor.

—Cuida mucho a tu hija, Morgan. Sé que saldrá adelante.

—Gracias, Magnus —le di un apretón de manos, seguido de un abrazo.

Yo también sabía que mi hija saldría adelante. De eso me encargaba yo.

* * *

Estaba completamente mareado por todos los juegos a los que subí con Lindsey y Cinthia. No comprendía cómo podían soportar tantas vueltas sin sentir náuseas.

»¿Seguro que son los juegos? ¿No será la conversación que tuviste con Magnus lo que te puso así? Él no se traga cualquier historia.

—¿Estás bien, papá?

—Sí... —respondí sin levantarme del césped sobre el que me había tirado para descansar—. Dame unos minutos más para reponerme y poder ir a la casa del terror.

Lindsey se asustó al escucharme decir esto.

—Me da miedo...

—No pasará nada. Verás que será divertido... Además mira cómo me tienes —bromeé—. Es justo.

Cinthia tomó a Lindsey de la mano y la alejó de mí.

—Iremos por una manzana con caramelo, señor Morgan. Descanse un poco.

Las dos desaparecieron entre la multitud y yo me quedé tirado sobre mi espalda y cubriéndome los ojos con el antebrazo derecho preguntándome cómo podría hacer que Magnus dejara de ser él para que así no me diera más problemas.

No podía pensar claramente. Estaba perdido en una furia que necesitaba ser expresada de alguna forma. Magnus era un peligro potencial que se acercaba cada vez más a mí y no sabía cómo contenerlo.

»No quedan opciones, Nicholas. Tendremos que matarlo antes de

que todo se nos vaya de las manos.

Recordé al viejo Nicholas Morgan que siempre podía pensar en soluciones inteligentes que involucraban charlas y negociaciones, pero ahora todos aquellos caminos habían quedado en penumbras, excepto el que me llevaba a matar.

Matar a Magnus representaría todo un reto, pues era un hombre con un alto perfil. Su desaparición sería notable y Ben podría sospechar que tenía razón en sus locas teorías conspirativas y yo quedaría más arrinconado de lo que estaba.

»¡Hagámoslo!

—¡Cinthia!... —la chica estaba llorando y Lindsey la miraba sin saber qué hacer—. ¿Qué pasó? —me incorporé.

—Nada, señor Morgan... Todo está bien... —respondió entre sollozos.

—Aquel sujeto de azul le dijo de cosas y le agarró una pompi. —Ese sujeto había encontrado el peor momento de la vida para meterse con alguien que yo consideraba familia—. Vayan a la camioneta. Espérenme arriba. Las alcanzaré en unos minutos.

—No, señor Morgan...

—Es una orden, Cinthia. —Ella y Lindsey se quedaron perplejas al escuchar mi tono de voz, que resultó ser seca y demandante.

—Papi...

—Obedece, Lindsey. Por favor.

Las dos se dieron la vuelta y caminaron hacia la salida del parque que comenzaba a luchar con la oscuridad de la noche usando la iluminación de los juegos mecánicos.

—¡Disculpa! —le grité al sujeto de azul mientras le daba alcance.

—¿Qué quieres, viejo? —respondió de manera despectiva. Tenía una cara de engreído mimado. No pasaba de los veinticinco años y sus amigos tampoco lo hacían, pero aun así habían logrado un cuerpo atlético con músculos que yo no tenía.

La forma en la que me abalancé sobre él para golpearlo con todas mis fuerzas me causó un preocupante placer. Sentía como si estuviera golpeando a Magnus, a Sharon, a Ben y lo que me causaba más placer:

sentí como si estuviera golpeando a Mefisto. Sus amigos soltaron golpes contra mí y trataron de separarnos a jalones y con patadas, pero no les funcionó.

»Sabes que no lo haces por Cinthia... ¡Sigue golpeándolo! ¡Mátalo!

Me detuve en seco al escuchar la forma en que Patrick me incitaba. Tenía toda la razón. Había usado como pretexto la situación para poder desahogar mi furia.

—Espero que la próxima vez respetes a las damas, imbécil.
—Había desfigurado su rostro y la sangre le impedía respirar bien.

Dos oficiales me derribaron y esposaron mientras aplastaban mi rostro contra el suelo. Mi furia incrementó por dicha estupidez, pero había un problema: no podía golpearme a modo de castigo como lo había hecho con ese sujeto.

Capítulo 26

ARAZIEL

—¿Qué mierda pasó ahí, Morgan? —Magnus era la última persona que quería ver, pero allí estaba él, abriendo mi celda provisional—. Mandaste a ese pobre diablo al hospital.

Legalmente iba a pasar el resto del domingo en esa celda hasta que se me procesara de manera oficial, pero Magnus era capitán y eso significaba que tenía influencias en casi todas partes.

—El sujeto tocó a Cinthia...

—Sí, la joven lo explicó todo, Morgan. No era eso a lo que me refería.

El capitán puso su mano sobre mi hombro y me hizo caminar junto con él a la salida.

—¿A qué se refería, entonces?

—A que no puedes andar por ahí golpeando personas, Nick.

—Lo sé, pero ese sujeto... Cinthia es familia, Magnus y... No sé si me comprenda.

—Lo hago, por eso vine a sacarte de aquí. Este no es lugar para un buen hombre como tú.

»Si conociera nuestro lado oscuro no diría lo mismo, ¿cierto, Nicholas?

—¿Qué hay de los cargos? ¿No levantará cargos?

—Digamos que Cinthia se encargó de la situación. Ella lo amenazó diciendo que si se atrevía a levantar cargos, ella haría lo mismo contra él por acoso sexual. El cabrón dejó las cosas por la paz.

Cinthia siempre fue de las jovencitas que prefería mantenerse al margen de las situaciones problemáticas. Estaba en su naturaleza y ella había aprendido a vivir con eso. Me sentí muy agradecido con ella por actuar en contra de su propia naturaleza para ayudarme.

—Se nota que eres una gran persona, Nicholas. Lo que esa chica Cinthia hizo por ti lo demuestra. Por favor no vuelvas a cometer una estupidez como la de hoy. Tu hija, a la que tuve el placer de conocer, se asustó mucho. Yo no estuve en la pelea, pero vi al sujeto... ¿Qué te tiene tan lleno de ira, Nick?

El maldito Magnus fue capaz de ver mi furia proyectada en las heridas que le había ocasionado con mis golpes al sujeto. Él observaba todo.

—De verdad lo siento, a veces pienso en Lindsey y el futuro incierto que le depara y... bueno, mi paciencia tiende a desaparecer —le pedí perdón a mi hija mentalmente por usarla a ella y a su enfermedad como excusa. Una excusa que hizo que Magnus cerrara el pico y asintiera empáticamente.

* * *

Sam y su guardaespaldas salieron por la puerta trasera del Hell and Heaven al solitario callejón en el que había un hermoso auto negro estacionado.

El frío calaba hasta los huesos y el guardaespaldas y yo lo sabíamos, pues ambos llevábamos chaquetas a manera de protegernos del gélido ambiente mientras Samantha Hope vestía una minifalda ajustada que resaltaba sus glúteos perfectos y un abrigo que protegía sus brazos y cuello, pero que dejaba al descubierto gran parte de sus senos.

Salí rápidamente de las sombras y clavé la aguja de la jeringa en el cuello del enorme sujeto, el cual tiró dos o tres golpes y luego cayó al suelo, Sam, ante el sorpresivo ataque, trató de huir y de gritar, pero no podía emitir ningún sonido por el miedo que la había invadido.

—Te daré hasta la cuenta de tres para que te calmes —le dije al embestirla contra el auto mientras le cubría la boca con mi mano enguantada en cuero negro. El pasamontañas que llevaba puesto me ayudó a intimidarla bastante—. Uno. —La respiración de Sam se tornó agitada—. Dos. —Ella asintió—. Tres —le quité mi mano de la boca y dejé de presionar su cuerpo con el mío.

—Lléva-va-vate todo, pe-pero no me-me hagas daño —me ofreció su bolsa con todos sus artículos personales, la cual tomé y arrojé sobre la

capota del auto.

—Entra al auto. —Mis órdenes eran directas y mi voz dejaba en claro que no había más opciones.

Tomé las llaves del suelo que habían caído junto con su guardaespaldas, quité los seguros del auto y ella se metió del lado del copiloto, después fui a arrastrar a su esbirro hasta la cajuela.

—¿E-está muerto? —preguntó preocupada cuando subí al auto.

—No, sólo está drogado.

—¿Qué es lo que qui-quieres? —Estaba por romper en llanto.

—Ayudarte.

—¿Qué? —sus intenciones de llorar desaparecieron.

—Encontré la manera de librarnos de Mefisto de una vez por todas, Samantha.

—¿Quién? —Era una actriz muy convincente. Estuvo a nada de engañarme.

—Sabes de quién hablo y, a menos que quieras morir, debes confiar en mí, Sam. —Hacer que una persona confíe en ti es sencillo, sólo tienes que sonar amable y, además, repetir su nombre constantemente al inicio o al final de las oraciones es algo que no se puede dejar de lado por su atributo "humanizador".

—Yo... —no sabía qué hacer ni qué decir—. ¿Qué debo hacer?

—Lo primero que necesito que hagas es que me prestes atención, Sam. Hay un sujeto que te busca para matarte, su nombre es Patrick Reilly. Él, como nosotros, hizo un pacto con Mefisto y te busca para comerte. No estás a salvo en ningún lado, por lo que huir del país no te servirá de nada. Debemos darnos prisa para sacarte de esto antes de que pueda llegar a ti. —Sabía que ella me creía y que estaba aterrorizada. El haber saltado la cerca de su estacionamiento privado en su callejón para esperarla en la oscuridad y el haber noqueado a su guardaespaldas le demostró lo vulnerable que era ante maniacos como yo.

—¿Qué necesitas?

Escucharla preguntar eso fue tranquilizador.

—Tu contrato. Necesito tu contrato.

Ella asintió fervientemente.

—E-está en mi casa. Podemos ir por él ahora mismo y...

—No. Es posible que Patrick te esté siguiendo y necesito que no sepa de mí o me podría matar antes de poderte salvar.

—¿Entonces qué hago?

—Ve por tu contrato y cuando lo tengas marca a este número —el cual era el número de mi celular desechable—, luego te daré la dirección en la que nos veremos. Tu tortura termina esta noche, Samantha Hope —le sonreí y tomé su mano entre las mías.

Ella asintió de nuevo. Podía ver su desesperación por sacar de su vida a Mefisto, desesperación que yo sentía también. Empatizaba con ella. Era una especie de sincronización entre víctimas desesperanzadas.

—Una cosa más, Sam —salí del auto y le dije a través de la puerta abierta mientras ella se cambiaba de lugar esquivando la palanca de arranque—, no se te ocurra denunciarlo a la policía. El sujeto tiene contactos y si se entera que sabes de él, apresurará todo y podría matarte antes de lo que posiblemente ya tenía planeado.

—Mu-muchas gracias... —sus manos tomaron mi cabeza y acercó mis labios a los suyos para darme un beso lleno de energía sexual que no me hizo sentir nada, después tomé su bolsa de la capota y se la entregué junto a las llaves.

Su auto arrancó, la cerca se abrió y, al salir a la avenida, las luces de la camioneta de Patrick se encendieron también para conducir justo detrás de ella.

Ese infeliz... Iba a ir detrás de Sam.

—¿Hola? —Respondí mi celular desechable.

—Me-me están siguiendo...

—Tranquilízate —Sam estaba invadida por el pánico y eso me preocupaba. Un accidente vial podría arrebatármela y todo sería por culpa de Patrick, quien estaba ansioso por devorarla—. Maneja con cuidado y llega a salvo a tu casa. No hagas nada raro o podríamos advertirle que ya sabes.

—S-sí..., lo intentaré... —Hubo un silencio en la línea—. ¿Puedes quedarte conmigo en la línea hasta que llegue a casa?

—Sí, estaré aquí contigo, Sam. Confía en mí.

* * *

Hell and Heaven 2 era el nombre que recibiría el segundo antro de Sam. Era un nombre ridículo que no requería de mucha creatividad, pero Hope no fue quien lo bautizó así, simplemente leyó y escuchó muchos comentarios de sus jóvenes clientes llamando al futuro antro de esta manera y ella adoptó el nombre.

Actualmente el Hell and Heaven 2 era una enorme bodega húmeda, oscura y plagada de cucarachas y ratas; el suelo estaba cubierto de basura y escombros que quedaron del antiguo bar; en el techo colgaban en pedazos unas lámparas blancas y en las paredes se podía ver, gracias a la luz de la luna, la línea que dejaron las tuberías de cobre al ser arrancadas. La única luz funcional era la que estaba en la bodega subterránea del enorme lugar en la que había decenas de cajas con cervezas y sodas caducas. Apagué la luz y esperé en las sombras. Ese era el escondite perfecto.

Entrar por los ventanales rotos a cuatro metros del suelo resultó ser sencillo gracias a las salientes en las paredes. La mochila en mi espalda, mientras escalaba, resultó ser una molestia por el peso, pero no un impedimento.

Esperé recargado a la izquierda de las puertas de entrada que se abrieron con un rechinido. Una sombra se proyectó contra el suelo y el calor del húmedo lugar se escapó al frío de la noche. Se podía notar el nerviosismo, el miedo y la desconfianza en el andar de la modelo.

Sam cerró las puertas con llave y se encaminó al centro del lugar mientras sacaba su celular para llamarme tal y como habíamos acordado.

Me acerqué lentamente a ella por la espalda y mi celular comenzó a sonar, ella giró, quedó frente a mí, su rostro expresó confusión y la desconfianza que había tratado de ignorar la golpeó como una bola de sóftbol en la cara.

—Justo te estaba llamando para decirte que...

—Lo sé —la aguja de la jeringa entró sin problemas a través de su hermosa piel y el émbolo se deslizó suavemente empujando el rohypnol al interior del organismo de Samantha Hope, quien se desvaneció en mis brazos de manera casi instantánea.

* * *

Algo parecido a un ataque epiléptico se apoderó de Samantha al inyectarle adrenalina. Patrick Reilly me había dicho que el rohypnol podía mantener sedada a una víctima por horas, característica que era muy útil para asesinarla sin problemas, pero yo no estaba conforme con hacerlo así.

Le quitaría la vida, lo mínimo que podía hacer por esa mujer era explicar las razones de mi comportamiento y exponer lo que la había llevado ante mí. Admito que resultó ser difícil escuchar a Louis hablando de su hijo y del arrepentimiento que la atormentaba por lo que él hacía. Permitirle hablar creó un vínculo que me hizo sentir arrepentido, e incluso dudar de lo que estaba por hacerle. Pero también había aprendido de su pasado y la moraleja era que no podía incumplir con el contrato o las cosas terminarían muy mal para mí y para Lindsey.

Sam tenía una mordaza y bastante cinta adhesiva alrededor de su cabeza que se encargaba de mantener dicho objeto en su lugar.

—Interesante lo que has hecho para llegar a donde estás.

Sam quería romper en llanto, pero la camisa de fuerza, la mordaza y la cinta adhesiva que mantenía sus piernas unidas lo reprimían junto a sus súplicas de misericordia. “Por favor” y “No” eran las únicas palabras que entendía entre todo su balbuceo.

—Tanya Olson, ¿verdad? —Ella no respondió—. ¡¿VERDAD?! —le grité mientras acercaba mi rostro cubierto por un cubrebocas y con gorro de cirujano al suyo. El sudor que liberaba esa mujer olía suavemente a vainilla.

Esta vez no necesité ningún cuchillo para hacerla hablar... Ni siquiera había despertado en mí ese lado oscuro que deseaba torturar en nombre de lo que había hecho.

—¿A cuántos jóvenes asesinaste para mantener tu belleza, Tanya? —Cerró los ojos para dejar de verme—. ¡¿A CUÁNTOS, PERRA?! —Dejé mi cara al descubierto y la levanté del suelo usando la camisa de

fuerza como apoyo.

Tanya Olson, una chica fea como el diablo, desesperada por no poder hacer nada para cambiarlo, acudió a Mefisto en busca de belleza sin saber que lo único bello y valioso que tenía lo intercambiaría por mejorar su aspecto físico. Su alma se volvería oscura y horripilante al aceptar el trato: tomar la virginidad y castidad de sus víctimas para luego asesinarlas y bañarse en su sangre para volverse bella y mantener la juventud, y, a diferencia del mío, su contrato la obligaba a seguir haciéndolo de manera indefinida para mantenerse como ella deseaba.

»Vamos, quítale esa jodida mordaza para poder hablar con ella. Hay que salir de todas esas dudas que tenemos.

Sí, la voz lo sabía. Sentía una extraña necesidad por saber cuántos asesinatos cometió, pero más que nada, sentía la necesidad de saber si lo seguía haciendo como Michael o si lo había dejado de hacer y eso me había conducido a ella.

Saqué unas tijeras de mi mochila acomodada sobre una de las cajas con cerveza caduca y me dirigí a Sam para cortar la cinta alrededor de su cabeza.

—P-por favor... N-no me mates... Tengo años sin asesinar a nadie. Soy inocente.

Hizo un trato con Mefisto para volverse bella. NO era inocente.

—¿A cuántas, Tanya?

—A veintidós... —susurró después de pensarlo por un momento. La arrojé al suelo.

Era fácil saber cómo lo hacía; ella era el cebo perfecto y había miles de personas que la deseaban, tanto hombres como lesbianas y bisexuales alrededor del mundo, a través del cual viajaba constantemente, lo que la volvía una asesina difícil de rastrear.

—¿Qué pasó después? ¿Por qué Mefisto me mandó a ti?

—La belleza trajo la fama consigo y la fama trajo el dinero... Yo simplemente decidí dejar de cumplir con el contrato y pagar con dinero por mi belleza.

Sí, había escuchado que Samantha Hope era una de las famosas que más gastaba en operaciones estéticas. Todos lo sabíamos, pero mientras su cuerpo y rostro siguieran siendo perfectos, a nadie le

importaba.

Tomé la jeringa con cloruro de potasio y caminé de nuevo hacia Tanya. Mi mano temblaba y mi corazón bombeaba sangre muy rápido. Todo provocado por esa extraña y oscura emoción.

Coloqué la mordaza de nuevo en la boca de Tanya y ella supo en ese instante que se había acabado, pero no era así. Había sido estúpidamente descuidado y confiado.

Sentí un fuerte golpe en la espalda que me hizo caer al sucio y terroso suelo de la pequeña bodega, después sentí un golpe en mis costillas. Era como si un auto me hubiera arrollado. Intenté ponerme de pie para defenderme, pero el overol, las botas de goma y el mandil de cuero resultaron ser pesados e imprácticos para usar mi agilidad.

Estaba jodido.

Giré lentamente por el dolor y pude verle el rostro a mi agresor. Era el enorme orangután al que le había inyectado rohypnol para meterlo en la cajuela... Fui un estúpido al creer que la misma dosis que había preparado para Sam serviría para un tipo que era tres veces más grande que ella y diez veces más corpulento.

Intentó golpearme de nuevo y pude esquivarlo. Él aún estaba mareado y desubicado por la droga. No sabía qué estaba pasando, sólo recordaba la inyección y que su protegida estaba en problemas.

Me puse de pie para tratar de encararlo. Fue otra estupidez. No podría vencerlo ni con sus presentes debilidades ocasionadas por el rohypnol saliendo de su sistema. Lo supe por las malas después de intentar golpearlo y recibir un brutal contragolpe que me hizo caer de nuevo.

—Lo siento, Lindsey —pensé al darme cuenta que no tenía preparada ninguna inyección de rohypnol extra.

El esbirro se acercó lentamente a mí. Yo estaba exhausto aceptando el destino que me deparaba y una vez más la vida me sonrió.

Patrick salió de entre las sombras por las escaleras a toda velocidad, saltó sobre el enorme sujeto y con un certero movimiento, una jeringa quedó clavada en su cráneo haciendo que el gorila se desplomara como un edificio dinamitado.

—¿Qué serías sin mí, amigo? —me dijo sonriente mientras me

tendía la mano para ayudarme a ponerme de pie.

—Gracias, Patrick... Has salvado a mi hija —le respondí muy agradecido.

—No, amigo, te he salvado a ti para que tú sigas salvando a tu hija.

Tanya estaba histérica por la acción. Patrick la vio y se acercó a ella con un brillo en sus ojos.

—¿Te importaría si...?

Él ansiaba violarla antes de que la asesinara, algo que me parecía desagradable. Quería decirle que no, pero acababa de salvarme la vida... Decirle que sí era una pequeña retribución.

—Avísame cuando termines. —De una manera u otra yo era el que debía quitarle la vida a esa mujer para que contara como una de mis víctimas, pero no quería estar presente y atestiguar lo que Patrick le haría.

—Creo que ya nos conocemos, primor —le dijo Reilly a Tanya mientras yo subía por las escaleras para dejarlos a solas—. Mi nombre es Patrick Reilly y te comeré el rostro, pero antes me darás la mejor noche de mi vida —El tono psicópata que usaba Patrick era algo que me preocupaba.

Miré hacia atrás una vez más y vi a un Patrick desnudo de la cintura para abajo cortando con mis tijeras la cinta adhesiva que mantenía las piernas unidas de una Tanya que se movía con desesperación.

El silencio del lugar fue interrumpido por los gemidos de placer que Reilly emitía y por los gritos de auxilio ahogados que Sam lanzaba inútilmente en ese lugar.

Ese hermoso símbolo sexual nunca vería las puertas abiertas de su esperado antro, el Hell and Heaven 2.

Capítulo 27

ASIMA

—¿Qué te gustó más del asesinato? —me preguntó Patrick extasiado mientras conducía su camioneta hacia las afueras de la ciudad. Los cuerpos forrados de plástico negro se movían y saltaban en la parte trasera.

—Nada, Patrick. No hago esto por placer.

Le estaba mintiendo y pretendía engañarme. Me había encantado la sensación de clavar la jeringa con fuerza en el corazón de Tanya y sentir el émbolo deslizándose suavemente hacia abajo para expulsar el cloruro de potasio.

Yo no era un monstruo.

»Sabes que lo somos, Nicholas. No te engañes.

—Pues a mí me gustó el sexo, pero tengo que admitirlo —se humedeció los labios y me miró—, matar a su guardaespaldas fue lo mejor.

Una vez muerta la víctima principal, Patrick y yo discutimos sobre lo que haríamos con el orangután sedado. Yo no pensaba en matarlo, pero mi nuevo amigo vio en esa opción la única salida viable y se ofreció a hacerlo. Mi error fue permitirselo porque, como se lo había explicado a Louis antes de matarla, yo tenía a alguien que me mantenía en la luz. Patrick no.

Bajamos de la camioneta y nos dirigimos a la puerta trasera para bajar los cadáveres. Reilly apagó el GPS con las coordenadas y lo metió en su bolsillo. Era anticuado usar ese aparato en la actualidad, pero nos permitía conducir a oscuras a través de un camino predefinido.

La tumba estaba lista para recibir a Sam y a su esbirro.

»¿Crees que ese sujeto le haya ayudado a la perra a cazar a sus víctimas?

Era probable. Tal vez estaba enamorado de ella o tal vez se le pagaba muy bien por hacerlo. Nunca lo sabríamos.

—Y salvarte... Nunca estuve tan emocionado —Patrick era como un niño atrapado en un recuerdo feliz del que no podía ni quería escapar—. Casi te matan, amigo.

—Gracias. —Era la vigésima vez que se las daba, y eran agradecimientos honestos—. Terminemos con esto, Patrick.

Arrojamos los cadáveres con sus pertenencias al agujero. Los celulares no tenían batería y estaban despedazados, así como nuestras almas. Patrick bajó con su bisturí en la mano, abrió el plástico negro y dejó al descubierto el rostro de Tanya, el cual desprendió con mucho cuidado, como si fuese una máscara delicada, para comerlo de inmediato. Algunas heridas visibles sanaron al instante después de la grotesca cena.

* * *

Eran las siete de la mañana y las chicas seguían dormidas. El domingo prometía ser un día hermoso y podía apostar mi vida corrompida a que Lindsey querría salir por la tarde.

Entré con mi mochila y me dirigí a mi habitación sin hacer ningún tipo de ruido para no alertar a Cinthia y evitar que me viera vestido sospechosamente de negro. La seguridad de mi habitación me esperaba con los brazos abiertos y con las luces apagadas.

“Entra. Cuéntame qué pasó y trataré de hacerte sentir mejor”. Mi imaginación le daba vida a ese amplio espacio y me gustaba. Me sentía comprendido, protegido y querido.

Entré y cerré la puerta. Estaba aislado del mundo por fin.

Dejé caer mi mochila cerca de la cama, saqué mi baúl y trasladé todas las prendas y objetos del interior de la mochila al interior de esa caja antigua. El overol estaba lleno de tierra, pero no había rastro alguno de sangre. Me sentí orgulloso y Patrick liberó una risita de aprobación.

Tomé el contrato de Tanya y lo observé antes de anexarlo a mi carpeta coleccionadora que tenía sólo dos páginas ocupadas.

—Bienvenida —le susurré al papel firmado con sangre.

Guardé todo lo referente a mi vida de asesino en su lugar y me arrojé sobre la cama. El sueño me invadió con fuerza y mis ojos quedaron

sellados.

* * *

—¿Señor Morgan?

Abrí los ojos ante la presencia de Cinthia en mi habitación y me incorporé al instante para cubrirme con algo. Estaba en ropa interior y no era apropiado.

—Cinthia, ¿qué haces aquí? —le dije más nervioso que enojado.

—Lo siento, señor Morgan, pero llevo un rato tocando la puerta y no respondía. Tiene visita.

No estaba listo para recibir a mi madre y a su hábito de quedarse todo el día. Era como un ancla que nos hacía quedarnos en casa o como una goma que se nos quedaba pegada en la suela del zapato, es decir, amaba a mi madre, pero su presencia resultaba ser un inconveniente porque cuando ella estaba con nosotros me distanciaba un tanto de Lindsey y yo quería disfrutarla ese día para compensar el domingo en el que su padre casi terminó en prisión por golpear a un sujeto vestido de azul.

—Dile que ya voy —Cinthia asintió y se dirigió a la puerta, no sin antes mirar hacia atrás de nuevo.

Me vestí y caminé hacia la sala. Mi sorpresa fue grande al ver a Ben sentado en el sofá jugando con Lindsey.

—¡Papá! ¡Mira quién está aquí! ¡Es el tío Ben!

»Sí, es el tío Ben, el que le ayudó a tu madre a abandonarte, niña estúpida...

Cerré los ojos con fuerza para silenciar la voz de Patrick. No toleraría que llamara así a mi hija.

—¿A qué debemos la sorpresa, Ben? —le tendí la mano para saludarlo.

—Necesitaba hablar contigo y quería ver a mi sobrina así que decidí pasarme por aquí ahora que tengo el día libre. Espero que no te

moleste.

—Para nada... —El reloj marcaba la una de la tarde. Tendría que invitarlo a comer y pagaría con el dinero de la última de mis víctimas, quien cargaba más de tres mil dólares en efectivo.

»Las ironías de la vida.

—Quería hablar contigo sobre Magnus, ¿podemos? —inclinó su cabeza a la puerta que daba al patio dándome a entender que quería hablar a solas.

—Sí, está bien... —Miré a Cinthia y a Lindsey que estaban algo sorprendidas en diferentes aspectos, pues mientras mi hija estaba sorprendida pero feliz por la visita de su tío Benedict, Cinthia estaba sorprendida y preocupada porque sabía la verdadera historia de trasfondo en su totalidad sobre cómo ayudó a Sharon a abandonarnos.

Salimos al patio y nos sentamos en las sillas de jardín para admirar el amplio espacio cubierto de césped húmedo por el clima de la ciudad. Al fondo estaba un enorme árbol frondoso que tenía veinticinco años de edad y del que me había inspirado para escribir dos de mis historias infantiles más vendidas.

—Supe que Magnus te invitó a desayunar.

—Sí; fue muy amable y la verdad no lo esperaba.

—Le pedí que no lo hiciera.

—¿P-por qué hiciste eso? —Me sorprendió su honestidad.

—Porque te aseguro que hizo más que hablar sobre Lindsey.

—Me ofreció su ayuda...

—¿Y qué más? —Me urgió.

—Hablamos sobre el caso del tal Watson.

—Esa era la principal razón por la cual no quería que fueras con él. Está obsesionado en tener la puta razón. Quiere sorprender a las personas al hacerles notar que él piensa diferente al resto de policías. Lo que hizo Michael Watson no es sano para nadie y él lo expone a civiles como si nada.

Y en eso tenía toda la jodida razón. Yo había perdido la cordura con Watson al saber que asesinaba bebés. Sentía que desde aquel

momento había cambiado algo dentro de mí y también había nacido un ritual, que, a diferencia de todos aquellos rituales oscuros, yo no debía dibujar nada sobre el suelo, levantar una hoguera, vestir pieles de animales ni pedir iluminación a través de sacrificios. Para desgracia de mis víctimas tampoco estaba ahí para quemar todas sus impurezas y llevarlos a un estado de salvación.

Mi ritual era menos macabro y sombrío que eso. Yo sólo me apropiaba de sus contratos para después asesinarlos. Me había dado cuenta que una vez que sabía que eran monstruos y no humanos, resultaba un poco más sencillo arrancarles la vida y, prácticamente, la culpa era casi nula.

—Estoy bien, Ben. Descuida.

—Aléjate de Magnus. Es un viejo ansioso y con gran necesidad de enmendar su fallo más grande en su carrera. Imagina cosas y divaga. Es por tu bien, Nicholas.

Ben era tan inocente al pensar que Magnus imaginaba cosas. No se daba cuenta de que la mente del capitán trabajaba en un plano inaccesible para gente estúpida como él. Lo único reconfortante era saber que el teniente Fletcher no estaba dispuesto a escuchar la razón si esta provenía de su capitán Abraham Magnus.

—Lo tendré en cuenta, Ben. Gracias por el aviso —estreché su mano para despedirlo y me detuve en seco—. Una cosa más, el próximo sábado será la fiesta de Lindsey. Espero que puedas pasarte a comer algo —Amistades como la de él valían la pena mantenerlas cerca por los frutos inesperados que daban con regularidad.

Capítulo 28

VEHUEL

Las llamadas y los mensajes de Patrick no dejaban de llegar. Quería que saliéramos como amigos a algún bar o a cenar en su casa. Nuestro último asesinato doble había creado un vínculo entre nosotros, pero había un problema: él era mi siguiente víctima.

Aquella noche estaba tan exhausto que al llegar a casa me arrojé sobre la cama a contemplar el techo. Ni siquiera pasó por mi mente revisar mi celular para conocer el nombre de mi siguiente víctima y, pensándolo bien, fue beneficioso para mí, ya que de haber sabido el nombre estando con Patrick a un lado me hubiera evidenciado por el nerviosismo.

»¿Piensas matarme? ¿Después de todo lo que he hecho por ti, Nicholas?

No lo sabía.

»¿Eres tan malagradecido? ¿Después de que salvé tu vida CONSIDERAS matarme? —La voz sonaba furiosa.

—¿Qué demonios quieres que haga?! —bramé en voz alta.

»Tu hija ya ha obtenido cuatro años más de vida, ¿No son suficientes?

—Sabes que no —respondí sin mover los labios. Mi hija estaba en la casa y escucharme hablando conmigo mismo podría asustarla—. Una vida de trece años no es suficiente. Lindsey merece vivir más...

»Pero matarme no le garantizará toda la vida que le deseas... Sólo le garantizará un año más...

—¿Entonces qué mierda propones?

»Sencillo... Haz lo que yo. Busquemos corruptos por nuestra cuenta. Ignoremos el listado de Mefisto y valgámonos de nuestros medios.

Algo no me convencía de esa idea. Él supo explotar esos huecos en el contrato a su favor, pero hablábamos de Mefisto, quien, muy posiblemente, no estaba dispuesto a ser la burla de un simple mortal que

creía ser más astuto e inteligente. Y aquí estaba la prueba. Mefisto quería a Patrick muerto y tal vez se debía a que pretendía hacerse el listo al burlar las reglas del demonio. Fuese o no así, no estaba dispuesto a correr el riesgo de poner la vida de mi hija en peligro.

»No te das cuenta de lo que sucede, Nicholas, ¿cierto?

—Explícame...

La puerta de mi habitación se abrió y Lindsey entró despacio.

—¿Qué pasa, cariño? —me sorprendió la rapidez con la que recobré mi templanza.

—¿Todo bien, papá?

Me incorporé y miré alrededor de mi habitación y noté que era un caos. Algo malo me estaba pasando. Hablar con la voz de Patrick se estaba volviendo tan real que la frustración y la desesperación eran proyectadas fuera de mi mente sin que me diera cuenta de ello.

—Sí, yo... —me sentía agitado y estaba sudando mares. No recordaba en qué momento había dejado de contemplar el techo—, estaba por reacomodar la habitación.

Lindsey era una niña muy lista y supe que eso no la engañó. Estaba consciente de que ella sabía que yo atravesaba por un mal momento, pero al escuchar mi pretexto supo que no estaba lista para escuchar ese "problema de adultos", así que lo único que hizo fue acercarse a mí y darme un abrazo mientras acariciaba mi mentón.

Sucumbí ante su dulzura y, sin poder resistirme ante su tierno encanto, lloré mientras me sentaba en la orilla de la cama para abrazarla más fuerte.

—Te amo, papá...

Abrí los ojos y miré sobre el hombro de Lindsey. Patrick estaba parado detrás de ella viendo ese momento. Él sabía lo que pasaba por mi mente y yo podía percibir el odio que transpiraba.

—Lo siento, Patrick, pero no permitiré que la vida de mi hija peligre. Debo matarte.

»Te vas a arrepentir, Nicholas...

Patrick se evaporó y nos dejó a solas a mi hija y a mí en ese largo

abrazo que expresaba un amor real y puro.

—¿Papá?

—¿Sí?

—Tu barba me pica...

Dejé escapar una risita que cortó el llanto, miré al espejo de mi derecha y vi mi rostro. Tenía una fea barba acompañada de un horrible bigote de varias semanas, de los cuales no me había percatado.

¿Cómo estaría mi alma?

Capítulo 29

FORNEO

—Entonces... ¿Quién es la siguiente víctima? —preguntó Patrick mientras me servía un enorme bistec acompañado de puré de papa.

—No he recibido el nombre de nadie. —Después de decir eso me metí un enorme trozo de carne a la boca para no hablar por lo menos dentro de tres minutos.

—¿Ninguno?

Negué con la cabeza.

—¿Estás seguro que teníamos que matar a Samantha Hope?

Asentí y me metí otro enorme trozo de carne seguido de una cucharada de puré.

—Entonces debiste de haber recibido un mensaje...

Tragué rápido para tratar de tranquilizar a Patrick con una idea que me había surgido.

—También estoy ansioso por saber cuál será nuestra siguiente víctima, amigo —“nuestra”, “amigo”; tenía que hacerle sentir confianza y para eso bastaba con hablar como si fuera él—, pero tal vez Mefisto nos esté buscando a alguien cercano o... ¡No sé!

—Llámallo...

—No creo querer hacer eso... —Era una idea estúpida y terrible—. Verlo tres veces fue suficiente...

—Entonces tienes que...

—Patrick, vine a cenar contigo para relajarnos un rato y hablar sobre nosotros..., tal vez ver el partido. ¿Podríamos dejar de hablar sobre Mefisto?

—Lo que sea por ti, Nick —me sonrió.

—¿Cómo sigues de tu enfermedad?

—Poco a poco van cerrando muchas heridas y mi piel comienza a ser más fuerte. —Se notaba que tenía problemas para no mencionar nada sobre los asesinatos o Mefisto.

—Me alegra mucho, amigo. —Y realmente me alegraba que Mefisto le estuviera cumpliendo con lo que prometió porque eso significaba que a mí también me cumpliría.

—¿Qué hay de Lindsey?

—Todo marcha bien. El próximo sábado celebraremos su décimo cumpleaños y estoy ansioso por pasar ese día con ella y consentirla.

—Espero estar en la lista de invitados. —Sonaba a que estaba bromeando, pero yo sabía que de verdad deseaba estar presente en el cumpleaños de la hija de su "mejor amigo" al que le había salvado la vida.

—Patrick..., no sé si sea una buena idea que hagamos pública nuestra amistad...

—Entiendo... —dijo con total desilusión.

Él pensaba entenderlo, pero no lo hacía. Vernos juntos significaría que había un vínculo entre nosotros y, si lo mataba y lo encontraban, podrían relacionarlo a mí, poniéndome en la mira.

—Pero... ¿Qué tal si un día de estos salimos tú, Lindsey y yo a cenar? —estaba explotando una de sus debilidades más grandes: su vulnerabilidad social y urgencia de tener relaciones afectivas con otras personas.

El reloj del microondas de Patrick marcó las nueve de la noche, me puse de pie y le agradecí por la cena.

—Tengo que ir por Lindsey. Lo siento.

—Adelante; espero que te la hayas pasado bien.

—Sí, la cena estuvo muy buena —y además había copiado las siluetas de sus llaves en un molde de plastilina protegido por una cajita de aluminio.

—Nos vemos pronto, Nick.

Para su desgracia sí nos volveríamos a ver, pero sería la última vez.

Miré hacia atrás mientras pasaba por la sala y pude ver la biblia en la que guardaba su contrato. Estaba cada vez más cerca de matarlo, pero, honestamente, no sabía si podría hacerlo ya que en realidad era mi único amigo y no sólo eso..., era alguien que me aceptaba con toda la oscuridad en la que nos había sumido nuestro mismo empleador.

Patrick Reilly me había ayudado a mantenerme, de cierta forma, en la cordura, ya que con él podía hablar sobre mis planes y me brindaba toda su ayuda sin poner ningún pretexto.

Estaba jodidamente confundido y en mi mente no había ninguna voz que pusiera las cosas en perspectiva para poderme decidir por una u otra idea.

—Nos vemos, Patrick.

Me sentía solo como asesino.

* * *

Benedict, Cinthia, mi mamá y Magnus estaban charlando bajo el enorme árbol del patio de mi casa mientras los niños corrían y brincaban de un lado a otro. Esperaban a que volteara con ellos para indicarme con señas que me acercara a conversar.

No sabía si podría enfrentarme a los cuatro.

La mesa de regalos estaba llena gracias a todos los vecinos y compañeros de escuela de Lindsey invitados, de los cuales conocía a menos de la quinta parte, pero, por fortuna, ellos sí parecían conocerme muy bien.

—Bonita fiesta, Morgan. —Era el capitán Abraham Magnus que no perdía el hábito de tocar el hombro de las personas para dirigirse a ellas.

—Gracias, Magnus.

—Desde hace rato tu madre quiere que te reúnas con nosotros...
¿Vienes?

Estúpido Magnus con su estúpida iniciativa.

—Sí, voy para allá.

Magnus asintió y caminó de regreso a donde estaba, yo miré hacia la entrada para asegurarme que todo estuviera bien antes de ir con mi grupo familiar y me quedé paralizado.

Patrick Reilly entró cargando una caja de regalo rosada.

—¿Qué mierda estás haciendo aquí? —le dije al darle alcance en la mesa de regalos.

—Quería pasarme un momento por el cumpleaños de la hija de mi mejor amigo... Sólo eso...

—Te dije que no haríamos esto.

—Pero yo...

—¡Lárgate! —le ordené con un empujón.

Patrick asintió y se fue por el mismo camino por el que entró. Miré al fondo del patio con la esperanza de que nadie se hubiera percatado de la visita de Patrick, pero ahí estaban todos, viendo en mi dirección.

—¿Quién era ese? —preguntó Benedict.

—No lo sé. Ha estado rondando cerca de Lindsey desde hace tiempo. —Las mentiras salían de mi boca por sí solas.

—¿Te causa problemas? —preguntó Magnus.

—No..., y supongo que después de haberlo corrido ya no sabremos más de él —porque lo mataría pronto.

—Eso espero —miró su reloj y continuó—. Lo lamento mucho, Nicholas, pero el deber me llama. Hay mucho papeleo en la central y debo reanudar mis labores.

—Lo entiendo...

—Antes de que se retire, señor Magnus —interrumpió Cinthia—. Dentro de dos semanas será mi graduación y quería aprovechar que todos están reunidos para invitarlos.

—¡Felicidades, Cinthia! —exclamó mi madre mientras se lanzaba a darle un fuerte abrazo.

—Me honra su invitación, señorita. Ahí estaré —Cinthia era una chica que se respetaba, por lo que darle cariño y hacerse su amigo resultaba ser sencillo, sobre todo cuando se trataba de personas adultas que apreciaban el esfuerzo que ella y su familia hacían para seguir adelante. Ella y Magnus habían congeniado muy bien desde mi detención y el capitán de policía era un buen árbol al que valía la pena arrimarse.

Cinthia lo había logrado. El esfuerzo de tanto estudio y trabajo por fin le daría frutos.

—Y, señor Morgan, usted y Lindsey tienen asientos reservados junto a mis padres... —me quedé mudo al sentir esas cálidas palabras. Era un verdadero placer el que ella y su familia pensarán en nosotros para un evento así—. Usted me ha ayudado mucho con este espectacular trabajo y me ha tratado como de su familia y tal vez no lo sepa, pero nosotros también lo queremos como si fuera de la nuestra.

—Ahí estaremos, Cinthia —aseguré.

—Los espero a todos —dijo para aclarar que Ben y mi madre también estaban invitados.

Magnus se retiró acompañado de mi madre y Cinthia, dejándonos a Ben y a mí a solas en el patio plagado de niños y madres de familia cacareando de manera incesante.

—¿Qué mierda, Nick?

—¿Dis...culpa? —me confundió el cambio de humor que se notaba en sus palabras.

—¿Golpeaste a un sujeto en el parque de diversiones? ¿Dejas a tu hija sola por las noches para irte a tener una aventura? ¿Qué mierda, Nick?

El tiro me salió por la culata. Quería reunir a Ben y a Magnus con mis seres queridos para que hablaran bien de mí y así hacerle notar el hombre ejemplar que era, pero parecía que sólo hablaron de mis cambios de comportamiento.

—Yo... He tenido...

—No me digas ni una mierda, Nick. Tu madre está preocupada...

—No sé quién carajo crees que seas, Ben, pero no estás en la jodida posición de decirme qué debo hacer o qué debo cambiar. Si te invité a pasar tiempo con MI familia fue para tratar de integrarte a ella de nuevo después de la MIERDA que nos lanzaste cuando le ayudaste a Sharon a ABANDONARNOS. ¿Te intranquiliza que mi madre esté preocupada? ¿Te preocupan los trastornos que puedo tener al escuchar las teorías de tu jefe? ¡Pues a la mierda con lo que pienses! No tienes derecho de opinar NADA dentro de esta familia.

Pensé que había sido silencioso con el tono de mi voz, pero al regresar a la realidad me di cuenta de que la mayoría de las personas nos observaban conmocionadas, incluyendo a mi madre y a Cinthia.

—¡Creo que es hora de la piñata!—dije al volverme hacia ellas para sacarlas de esa “escena”.

Las madres de familia buscaron a sus niños y empezaron a hacer dos filas, una de niñas y una de niños, las cuales empezaban con el más pequeño y terminaban en el más alto. Lindsey amaba romper piñatas porque le resultaba muy divertido poder golpear algo con todas sus fuerzas sin reprimendas y con la mierda que estaba pasando no me hubiera importado destrozar esa piñata de un solo golpe.

—¿Nick?

—¿Qué es lo que le dijiste a Ben, mamá?

—Yo...

—¡Responde! —Los niños y las madres cantando fuerte me permitían levantar un poco la voz.

—Yo no le dije nada...

—¿Qué?

—Fue Lindsey, señor Morgan. Lindsey estuvo hablando con Ben cuando usted entró por la carne.

Mi nivel de furia disminuyó. Miré a mi hija golpeando la piñata mejor de lo que podría hacerlo cualquier niño mayor y cuando tuvo contacto visual conmigo su expresión cambió. Supo casi de manera telepática lo decepcionado que estaba por lo que había hecho.

Miré el reloj y me dio la impresión de que faltaba una eternidad para que la fiesta terminara; mi cabeza punzó por todas las teorías que

nacieron al instante.

Necesitaba hablar con Lindsey de manera urgente.

Capítulo 30

HEATSCAR

En la casa estábamos únicamente Lindsey y yo. Sus regalos esperaban para ser desvestidos de sus vistosas envolturas afeminadas y de diversas tonalidades rosas, color que era el menos favorito de mi hija, quien estaba sentada sobre el sofá individual, mirando fijamente al suelo a pesar de tenerme frente a ella.

—¿Por qué le platicaste a Ben sobre mí, Lindsey? —Tenía que tener mucho cuidado con las palabras que usaba con ella para evitar voltear el regaño hacia mí, pero era muy difícil.

—Para que hablara contigo...

—¿Para que hablara conmigo? ¿Por qué? —Estaba seguro que tenía buenos argumentos y no me importaban en ese instante, o al menos no tanto como saber la manera en la que Benedict respondió cuando se enteró. Necesitaba tener la certeza de que no había mencionado nada que me relacionara con mis actividades nocturnas sospechosas.

—Yo...

—¿Por qué, Lindsey?! —la desesperación que sentía terminó por dominarme y estrujé a mi hija por los hombros.

Su rostro se inundó de pánico y pude verlo a la perfección a través de sus ojos vidriosos y de la forma en que temblaba mientras trataba de romper el contacto visual conmigo para que no la viera llorar. Ella se consideraba fuerte y no le gustaba en lo absoluto que la vieran llena de lágrimas.

—No-no sé... —respondió con dificultad para no dejar salir el llanto.

Me eché hacia atrás y tomé asiento en el sofá doble que quedaba justo frente a ella. La observé sentada, con sus manos metidas entre sus piernas, mirando al suelo y siendo incapaz de verme a los ojos mientras le hablaba. En ese momento entendí que la pregunta "¿Qué mierda, Nick?" de Ben tenía más profundidad de la que había logrado percibir.

Con "¿Qué mierda, Nick?" no quería obtener como respuesta lo que pasaba por mi mente o alguna justificación de las razones que me llevaron a actuar como lo hice, sino que él tradujo todo lo que Lindsey le

dijo en palabras y lenguaje corporal a esa simple pregunta que, en realidad, tenía como objetivo el despertarme y hacerme reaccionar.

“Tu hija cada vez te desconoce, Nick. Tiene miedo del hombre que eres y quiere de vuelta al que eras. Tu hija se preocupa por tu madre, quien a la vez se preocupa de ti y teme que las dejes tal como lo hizo Sharon porque se siente amenazada por esa mujer desconocida con la que sales. ¿Quién eres, Nicholas Morgan? ¿En qué te has convertido?”. Todo eso significaba “¿Qué mierda, Nick?” y mi estupidez combinada con el miedo que sentía por estar perdiendo el control de la situación me hizo escupirle en la cara a Ben cuando realmente se estaba preocupando por mi familia.

—Yo... Lo sien...

Lindsey saltó del sofá y corrió a su habitación para encerrarse de un portazo en su zona segura que la protegía del exterior. Yo entendía el sentimiento ya que, después de todo, me sentía de la misma manera cuando me encerraba en la mía, la única diferencia es que la habitación de Lindsey no tenía paredes de treinta centímetros de espesor como las mías y su puerta, en lugar de ser gruesa y resistente como la de mi recámara, era hueca y delgada.

Ella, sus sentimientos y secretos no estaban a salvo del exterior ya que escuchaba claramente cómo lloraba. Su zona segura la traicionaba y no tenía la certeza de si sería conveniente el decírselo o permitirle vivir en la ilusión.

Me acerqué a su puerta para hacerle notar su error pero me detuve en seco. Yo vivía en la ilusión de poder salvarla y funcionaba para mí. Tal vez no resultaba tan mal vivir así. Después de todo, cada persona, sin excepción, necesita de ilusiones para seguir adelante.

* * *

No estaba de humor para nada. Después de cuatro días Lindsey seguía sin dirigirme su tierna mirada ni su dulce sonrisa. Extrañaba escuchar su voz y sus aventuras escolares, pero no podía culparla. Me tenía miedo porque pudo darse cuenta de que todo lo que le platicó a Ben no era producto de su imaginación. Ese monstruo desconocido que se hacía pasar por su padre era tan real que la estrujó y le gritó, algo que el verdadero Nick nunca hubiera hecho.

¿Me estaba convirtiendo en un monstruo en realidad?

Tenía la certeza de que Lindsey era mi faro en la oscuridad, pero ahora no estaba tan seguro de que esa luz fuera suficiente para mostrarme el camino en esa penumbra tormentosa que me rodeaba. Sentí que estaba sobre una lancha golpeada por salvajes olas que pretendían voltearla para hundirme y así, finalmente, poder devorarme por completo. La luz del faro era difusa gracias a la oscuridad y a la neblina, que eran acompañadas por una torrencial lluvia sin relámpagos. ¿Podría salvarme con esa luz opaca?

Me traté de mirar en el retrovisor de la camioneta, pero sólo pude ver una silueta negra debido a la escasa iluminación de la calle; miré a mi derecha y contemplé a mis cómplices: unos hermosos guantes de cuero negro que luego guardé entre mis ropas casuales de hombre que cada vez más se acercaba a los cuarenta años: botas negras de trabajo, unos vaqueros oscuros, una camisa a cuadros de franela y un abrigo de mezclilla con forro de lana.

Era un lobo con piel de borrego, o en su defecto, un monstruo con piel de humano.

Bajé de la camioneta y me encaminé a la entrada de la casa de Patrick. Me detuve en la puerta pensando en que mi hija me tenía tanto miedo que no se atrevió a despedirse adecuadamente de mí.

—iNick! —exclamó Patrick al abrir la puerta—. Pasa, estás en tu casa.

El juego de llaves que obtuve a partir de los moldes de plastilina no fue necesario. Por suerte, destino o probabilidad, Reilly me había invitado a cenar y esa oportunidad debía ser aprovechada. Él me abriría las puertas a su propia muerte y ni siquiera lo sospechaba. Entrar, atacar y salir. Era por eso que sólo llevaba una inyección de rohypnol, una de adrenalina, una de cloruro de potasio y mi par de guantes.

Tenía que mantener a Patrick Reilly en su zona de confianza para que todo saliera bien.

Caminamos hasta la sala y me pidió que tomara asiento mientras él servía la cena, la cual, nuevamente, consistió en bistec y puré de papá, pero esta vez no toqué nada. Ni siquiera tomé asiento.

—Quería disculparme contigo, Patrick —comencé—. La forma en la que te traté el sábado... Me siento mal.

—Nick..., también quiero disculparme. No debí haber aparecido así nada más. Es sólo que quería conocer a tu familia y a tu hija..., después

de todo somos amigos, ¿no es así?

¿Amigos? ¿Si le dijera que estaba ahí para matarlo cedería sin oponerse para salvar a la hija de su "amigo"? ¡NO! Definitivamente no lo haría. Él estaba tergiversando el concepto de amistad creyendo que significaba asesinar juntos por diversión. Fuera de eso, el sacrificio no existía en su concepto.

—Te comprendo... —Fue abandonado por todos sus seres queridos por su síndrome y estaba emocionalmente vulnerable. Siempre necesitando atención y de la compañía de otras personas para poder seguir adelante. Realmente lo comprendía.

—Hay algo que debo agradecerle a Mefisto —eran palabras mayores que dijo con un tono de voz que expresaba alabanza a ese Ser maligno dedicado a corromper humanos para reclamar sus almas en la posteridad—. Gracias a él te conocí a ti, Nick.

Se puso de pie, rodeó la mesita de centro y estiró su mano frente a mí. Tímidamente yo estiré la mía para estrecharla con la suya. Las movimos de arriba abajo y le di un tirón repentino para jalar su cuerpo hacia mí. Le di un abrazo con mi brazo izquierdo.

—Lo siento —le susurré al oído.

Clavé la jeringa que contenía rohypnol en su cuello y cayó al suelo como víctima de la debilidad, le di la espalda y me puse mis guantes de cuero mientras me preparaba mentalmente para ir por mi indumentaria e instrumental a la camioneta y preparar a Patrick, pero vi la biblia y cambié de dirección hacia ella para tomar el contrato, el cual admiré por un momento.

—No debiste hacerlo —me dijo Patrick con una voz adormilada y débil justo detrás de mi oído derecho.

Sentí el pinchazo de la aguja en mi cuello, seguido del rohypnol que me quemaba al pasar a través de la piel. Traté de sacar mi inyección de adrenalina pero Patrick me lo impidió.

Luché por no caer inconsciente inútilmente. Mi cabeza golpeó el suelo con fuerza y las luces se apagaron.

* * *

Abrí los ojos y recuperé la sensación en mi piel sólo para darme cuenta de que estaba atrapado por mi propia camisa de fuerza y encadenado por el cuello a alguna tubería del sótano de Patrick, quien esperaba mi despertar cómodamente sentado.

—Creí que de verdad me considerabas tu amigo, Nicholas —mi madre me había hablado con el mismo tono de decepción a mis seis años de edad cuando robé un caramelo de un supermercado—, pero ahora veo que siempre fui prescindible en tu vida.

—Pa-Patrick... —estaba débil. Reilly esperó a que despertara. Esta vez no se tomó la molestia de darme un poco de adrenalina—, no... no es nada personal, es sólo que...

La tenue luz del sótano me impedía ver con claridad, pero sin problemas noté el vendaje en su brazo derecho y una pequeña cápsula en su mano izquierda que arrojaba al aire para volverla a atrapar; a la derecha de su silla estaba mi mochila.

—¡Mefisto envió mi nombre! —aseveró con humor.

Yo asentí a la vez que trataba de ponerme de pie, lo que resultó un desafío por la debilidad y el mareo que sufría. Tampoco recordaba nada respecto a lo que pasó después de la inyección, pero lo importante es que seguía vivo.

—Mefisto me envió tu nombre también, Nick, pero decidí tomar un camino que te beneficiara... ¡Lo sabes!

Patrick tenía un buen argumento y eso me convertía en el traidor desde su perspectiva. Si quería que me dejara vivir tendría que esforzarme más para convencerlo, pero la droga que circulaba en mi sistema no me permitía estructurar bien mis ideas.

—Por favor, Patrick...

—No me querías presentar a tu familia porque tenías miedo de que pudieran relacionar mi desaparición contigo, ¿cierto?

—Yo...

—Has asistido a mis invitaciones a cenar sólo para estudiar la manera en la que me atacarías, ¿cierto?

—No quiero perder a mi hija, Patrick... La amo.

—Podimos haberlo solucionado como amigos, Nick. ¡Juntos!

—Todavía podemos si me das una segunda oportunidad, amigo.

Patrick se puso de pie, se dirigió a mí marcando el paso y me golpeó con fuerza en la cara. La piel que cubría los nudillos de su mano se abrió asquerosamente y él no lo sintió debido a que el contrato le evitaba sentir el dolor provocado por su síndrome.

—¡No! —levantó su delgada pierna y me empujó con su pie. Caí al instante sobre mis glúteos—. Desde que asesinamos a Samantha y no me comentabas sobre la siguiente víctima tuve la sospecha de que era yo. Te perdoné el silencio y te di una segunda oportunidad. Tenía la confianza de que vendrías conmigo y me contarías todo en nombre de nuestra amistad, pero preferiste tomar el otro camino... ¡Decidiste matarme, hijo de perra!

El monstruo que trataba de apoderarse de mí era sigiloso, por ende trataba de tener siempre el control sobre cualquier situación para mantenerse en las sombras, pero el de Patrick era un monstruo que buscaba tener el control para poder desquiciarse después de manera plena.

Recibí golpes y patadas en todas partes de mi cuerpo sin poderme defender. El monstruo de Patrick lo había dominado por completo y la poca humanidad que quedaba lo abandonó al instante.

Iba a morir. Por lo que había visto y aprendido de Patrick, me sacaría el corazón y lo devoraría crudo para curar sus heridas; pero después de exteriorizar toda su furia a través de los golpes se tranquilizó y respiró. Supe lo que estaba pasando. Su monstruo le estaba susurrando lo que debía hacer y no sería nada agradable.

—Hay varias cosas que debo agradecerte, Nick. La primera es que aprendí que no puedo confiar en nadie; la segunda es que me mostraste que soy más fuerte e inteligente de lo que creía ser; y la tercera es que me enseñaste la importancia de tener mi propio ritual...

—¿Por qué no me matas y ya? ¡Mi corazón está ansioso por ser comido, maldito! —lo provoqué.

—¿Tu corazón? Ese no es el origen de tu corrupción, querido amigo... Además te necesito vivo para que me ayudes a crear mi propio ritual, justo como yo te ayudé a crear el tuyo... —Se dirigió a un pequeño reproductor de música con moño que no estaba ahí la primera vez que bajé con él y presionó el botón de reproducir—. Te dejaré un momento a

solas. Disfruta tu regalo.

Sin decir más tomó las llaves de la camioneta que, seguramente, sacó de mis bolsillos cuando caí inconsciente y salió del sótano a paso rápido. Escuché el clic del otro lado de la puerta y después de eso no escuché nada.

El silencio inundado con la palabra Renegades[1] que Noah Feldshuh no dejaba de repetir acompañado de la guitarra me ayudó a aclarar mis ideas y a comprender lo que Patrick acababa de decir. Mi corrupción no radicaba en mi corazón.

—¡Lindsey! —Gritó mi vieja voz interna. Fue un gusto saber que seguía ahí para mí—. ¡El maldito irá por Lindsey!

Me paré de golpe y traté de correr, pero la cadena alrededor de mi cuello me lo impidió y me hizo caer de un tirón...

Todo el miedo acumulado en cada célula de mi ser lentamente se convirtió en odio, y fue en ese momento cuando una segunda voz que nunca había escuchado susurró algo que nos sorprendió a mí y a mi antigua voz.

~Déjenmelo a mí —era ronca y expresaba una seguridad reconfortante. Me hizo sentir como un niño pequeño y frágil, fuertemente necesitado de escudarse en alguien más fuerte para sentirse a salvo.

Era mi monstruo interior que había estado tratando de dominarme. Era el único que parecía poder salvar a mi hija y el único que parecía saber cómo hacerlo.

Cerré los ojos y dejé que se apoderara por completo de mí. Era hora de aceptar la verdad y de dejar de engañarme y ese era el único requisito para que él me abrazara.

—Soy un monstruo —acepté finalmente, él soltó una risita de aprobación y quedé a su merced.

[1] X Ambassadors (3 de marzo del 2015). Renegades. VHS. [Formato digital]. Los Angeles, CA: KIDinaKORNER.

Capítulo 31

CHIRIDIREYES

~Patrick dijo que le ayudarás a crear su propio ritual, además no te mató. Él desea que estés vivo para que puedas contemplar lo que ha imaginado. Quiere que sufras y que implores piedad. ¿Qué es lo que tiene en mente, Nicky?

Estaba en el suelo, inmóvil, acostado sobre mi espalda y con los ojos cerrados. La canción se reproducía una y otra vez porque Patrick había presionado el botón de repetición para hacerme sentir culpable de la amistad que destruí.

“It's our time to break the rules
Let's begin...”

Lo sabía. Sabía lo que Patrick tenía en mente. Todo gracias a que mi monstruo interno ahora era consciente y compartía conmigo sus ideas más pútridas, desagradables e inhumanas. Todos los pensamientos que pasaban por mi mente eran una combinación de psicología humana con deseos enfermizos. Cúmulo de conocimientos que siempre habían estado atrapados junto con ese monstruo al que le permití salir.

~Sí, la traerá hasta ti y se la comerá, Nick, porque ella es el origen de tu corrupción. Así te hará sufrir. Te hará ver cómo la despedaza mordida a mordida, posiblemente mientras su corazón siga latiendo. —Esa voz se excitaba mientras el nivel de inhumanidad subía en su teoría.

Me puse de pie y busqué algo que me ayudara a escapar de mi camisa de fuerza, pero la cadena me impedía llegar a cualquier objeto cercano. De nada me servía saber lo que Patrick haría si no podía hacer algo para evitarlo.

“Running wild and running free
Two kids, you and me...”

~Sabes lo que debes hacer, Nick, y también sabes que el dolor no significa nada si a cambio puedes salvar a Lindsey. Sabes lo que debes hacer. Todo depende de ti...

—¿Te vas? —pregunté asustado.

~Ahora soy parte de ti, Nick. No iré a ningún lado.

Y sin más dejé de escucharlo.

—¿Se fue? —preguntó mi vieja voz asustada que se sentía a salvo detrás de esa imponente segunda voz.

—Se fue —respondí motivado.

Observé con detenimiento mi camisa de fuerza. La conocía muy bien desde fuera, pero puesta era una cosa completamente diferente; después analicé la cadena... Golpeé la tubería oxidada que me anclaba hasta que me dejó libre.

“Sabes lo que debes hacer”, esas fueron las palabras de la voz, palabras que dolían de sólo escucharlas.

“Go forth and have no fear...”

El suelo me esperaba. Duro y frío.

—Nick... Si vas a hacer esto debes darte prisa. Tenemos menos de una hora antes de que Patrick regrese.

Salté lo más alto que pude y dirigí todo mi peso a mi costado izquierdo. El golpe me dejó sin aire, pero me incorporé rápidamente para volverlo a intentar.

Mi voz se quedó en silencio. Regularmente criticaba mis planes e ideas, pero parecía que guardaba cierto respeto y confianza por las de su compañera de cuarto.

Repetí el salto y el golpe sólo me causó confusión y dolor, pero nada más. Me puse de pie y me preparé para un salto más.

—¡Vamos! ¡Por Lindsey, Nick!

CRAC.

El dolor que sentí fue terrible. Cualquier mínimo movimiento de mi brazo provocaba un roce entre el húmero y el omóplato y eso dolía como el jodido infierno.

—Bien, bien, bien... —dije en voz alta pensando, de manera muy ingenua, que con eso el dolor desaparecería. Sólo escuché un gemido desaprobador de mi segunda voz interna.

Guardé la compostura mientras pensaba en los zorros, animales dispuestos a herirse a sí mismos con tal de preservar su vida, luego inspiré hondo. Aún no había terminado. Arrojé mi brazo izquierdo sobre mi cabeza acompañando esta acción con gemidos y gritos de dolor puro. Mi cabeza pasó por el hueco hecho por el brazo y la camisa como si fuera una aguja. En un instante mis brazos quedaron frente a mí unidos por una correa de cuero negro que tuve que abrir con mucha paciencia usando sólo mis dientes y labios.

—Ya casi, Nick, ya casi...

Una vez separados mis brazos tomé el pedazo de correa que colgaba entre mis piernas y que aseguraba la camisa a mi tórax. Sólo me quedaban una o dos correas por quitar y estas estaban en la espalda, una cerca de la nuca y otra un par de centímetros más abajo. No necesitaba quitar las otras ocho correas subsiguientes para quedar libre. Era la ventaja de haber admirado esa camisa e imaginar lo que haría si estuviera dentro de ella.

"It's our time to make a move..."

Presioné "detener" y la canción dejó de inundar la habitación. Mi brazo izquierdo colgaba y no me respondía bien por lo que no lo tomé en cuenta para lo que seguía. Me bastaría con mi brazo derecho y con una buena dosis de rohypnol que, para mi suerte, sobraba en el sótano de Patrick.

Encontré la llave del viejo candado que aseguraba la cadena alrededor de mi cuello y no dudé en usarla para quitarme ese peso de encima.

~Que te diviertas, amigo —me deseó de buena gana la nueva voz.

—Una vez que mi hija esté a salvo lo haré —confesé a la vez que hacía un doloroso esfuerzo por llenar una jeringa de rohypnol usando mi brazo izquierdo para sostener el frasco.

* * *

La misma canción seguía sonando en el sótano y se escuchaba a través de la desgastada puerta con chapa antigua que cedió fácilmente ante dos clips que encontré sobre una de las mesas de Patrick. Tal vez YouTube y sus tutoriales eran más educativos de lo que aparentaban después de todo.

Ya no sentía mi brazo izquierdo y eso me preocupaba, pero aún contaba con el derecho, el cual era, por mucho, más fuerte y preciso que su compañero. Sin importar nada de esto, ambas manos estaban vestidas con mis guantes de cuero dejados por Patrick sobre la mesita de la sala.

Miré el reloj y me percaté que eran las siete de la mañana.

—Qué forma tan fea de perder la noción del tiempo...

Drogado hasta la inconsciencia. No lo recomiendo.

Mi camioneta se estacionó afuera de la cochera de Patrick de una manera agresiva. El conductor estaba impaciente y ansioso por entrar y yo estaba ansioso por recibirlo.

En sus brazos cargaba el cuerpo inmóvil de mi hija y mi corazón se detuvo al ver sus lánguidas extremidades moviéndose con suavidad con cada paso que daba Reilly. Era como ver el cadáver de mi hija y eso me hizo tener la certeza de algo: no quería que muriera y sería capaz de todo para evitarlo.

Patrick entró a la casa y dejó la puerta entreabierta, miró el camino al sótano y se echó a andar en esa dirección con una cara llena de satisfacción sin saber que lo observaba a través de sus espejos. Su hogar lo traicionaba.

—¡Mierda! —escuché desde el sótano después de que la música cesó,

seguido de unos pasos ascendentes por las escaleras. Era mi señal.

En cuanto Patrick puso un pie fuera del pasillo que conducía al sótano salté delante de él y este se quedó paralizado del miedo ocasionado por la sorpresa. Clavé una jeringa de rohypnol en su pectoral izquierdo y deslicé el émbolo rápidamente mientras disfrutaba su cara de confusión, y la manera en la que caía por las escaleras. El sonido que produjo su cuerpo con cada golpe resultó ser tan melodioso como una banda sonora acertadamente compuesta.

—¿Nick? —preguntó alguien parado en la puerta principal.

—¿Ben? —Lo presencié todo y estuve por quedarme helado al ver que me apuntaba con su arma.

~¡Actúa! ¡Manipula! ¡Acércalo a ti! —me ordenó mi nueva voz desde el fondo.

—Lindsey... Lindsey está... —y apunté con un dedo tembloroso el sótano de Patrick.

Ben se acercó al umbral bajando su arma y sacando su celular. Escuché tres bips, lo que significaba que había marcado a la policía o a una ambulancia.

—Sí, soy Benedict Fle...

—Lo siento —le dije al perforar su piel con una segunda jeringa llena de rohypnol que había preparado en caso de que Patrick no cayera como la primera vez—. De verdad lo siento...—supliqué a la par que bajaba su cuerpo inmóvil con delicadeza.

Tomé el celular de Ben y colgué.

Ben cerró poco a poco los ojos mientras la droga lo invadía y comprendí lo que sentía porque eso me había pasado dos veces. La incertidumbre de lo que seguía era un tormento, pero el no saber la razón por la que alguien te sedaba era todavía peor y ni se diga el sentimiento de morir a manos de alguien sin saber la causa era terrible. Esa era mi razón del ritual: hacerles saber a mis víctimas el motivo por el cual les arrebataría la vida y, desgraciadamente, Benedict Fletcher fungiría como invitado en un ritual en el que no era requerido.

—¿Qué... mi-mierda..., N-Nick? —exhaló antes de quedar inconsciente por completo.

Me pregunté lo mismo referente a él.

¿Qué mierda estaba haciendo ahí?

Capítulo 32

ABELECH

Lindsey estaba profundamente dormida a causa del rohypnol inyectado por Patrick. Su respiración era constante y fluida, pero nada había cambiado. El monstruo que había aceptado en mi vida tenía una fuerte necesidad de venganza y, simultáneamente, se sentía preocupado por cubrir sus huellas, ya que Benedict había presenciado la manera tan fría en la que había atentado contra mi presa.

—Todo estará bien, amor —le susurré a mi hija en el oído mientras le quitaba unos cuantos mechones de hermoso cabello negro de la frente. Mi brazo izquierdo necesitaba reponerse del dolor provocado por la fuerza requerida para cargarla hasta el segundo piso—. Lo prometo... —y la cubrí con la sobrecama de Patrick. Era una gélida mañana.

La dejé durmiendo cómodamente confiando en que Patrick sabía usar el rohypnol y calcular las dosis según la edad, la estatura y el peso.

~Fue un médico cirujano que dejó de practicar la profesión no por incompetente, sino por su extraño síndrome, y fue él mismo quien nos enseñó a diluir y calcular las dosis —dijo la voz—. Ella estará bien —afirmó sin dudar.

Abandoné la habitación a paso ligero sin despegar la vista de lo que hubiera podido ser el cadáver de mi hija. Su belleza contrastaba con la sucia sobrecama que cubría el desgastado colchón en el centro de la decadente habitación saturada de envoltorios de comida chatarra y latas de cerveza que dejaban escapar un olor acre.

—Todo estará bien —repetí para Lindsey, pero con la intención de aclarar mi mente para salir del aprieto en el que estaba metido. Cerré la puerta con delicadeza.

* * *

Patrick fue el primero en abrir los ojos. Se mostraba mareado y confuso. La caída por las escaleras había contribuido a que mostrara esos síntomas. Posiblemente sufría de una contusión. No lo sabía y me tenía

despreocupado, para ser honestos.

—Patrick —saludé y me conmocionó el hecho de que mi voz no expresaba ningún sentimiento.

Trató de hablar mientras se arrodillaba, pero la mordaza en su boca sólo permitía que emitiera sonidos incomprensibles.

—Complicaste todo... —dejé la silla en la que él se había sentado horas atrás y me acerqué a una distancia prudente para que no me pudiera dar alcance. La cadena estaba mejor asegurada esta vez y no lo dejaría escapar con facilidad.

Emitió más sonidos que parecieron ser un extraño dialecto.

—Hubiera comprendido si me matabas, Patrick, de verdad. Acepto que te traicioné —el escuchar esto le causó un tipo de alivio interno que pude percibir como malinterpretación—. No creas que me estoy disculpando, amigo... Sólo es parte de mi justificación.

Me agaché y nuestros rostros quedaron a centímetros de distancia. Podía percibir el calor de su exhalación y el extraño olor que la acompañaba. Sus ojos liberaban lágrimas que imploraban algún tipo de piedad. Podía ver a su monstruo rindiéndose y huyendo lejos para dejar al pobre, indefenso y frágil Patrick en mis garras. Solo.

—Este es tu contrato, Patrick —le dije al poner el pedazo de papel frente a él. Con lágrimas y con la nariz evacuando un líquido viscoso miró hacia abajo—. Sé que técnicamente no has incumplido con él, pero tú sabes que mi trabajo no es cuestionar..., es asesinar. No es nada personal.

En efecto él era un "hombre" (no sé si se le pueda llamar así a los de nuestro tipo) que se preocupaba por cumplir con su parte del contrato. Quería curarse de su enfermedad y recuperar su vida, lo cual, desde mi perspectiva, resultaría algo muy difícil de hacer puesto que tomó caminos de los cuales no existía retorno hacia la "normalidad". La locura producida por lo que era obligado a hacer lo había corrompido y ahora ansiaba tener comida para jugar con ella antes de devorarla.

Me coloqué detrás de Patrick y liberé la correa que mantenía sus brazos cruzados.

—Cometí un gran error, amigo —comenté con un tono de honestidad del que me sorprendí—. Espero que me puedas perdonar —terminé.

Patrick se liberó de la correa que cruzaba por su entrepierna mientras yo me dirigía a Ben, quien estaba sentado en una silla y sujeto a ella fuertemente por la cinta adhesiva que ataba sus tobillos a las patas de la silla y las muñecas a los brazos de la misma.

—Nunca pensé que volverías a mí, amigo —expresó Patrick con un llanto de felicidad al liberarse de la camisa de fuerza—. Lamento lo que...

Un estallido retumbó dentro del sótano. Mi mano enguantada sostenía la mano de Ben, a la vez que esta sostenía su arma. Patrick se tocó el abdomen delicadamente con sus dedos forrados en látex. La bala le había atravesado el mandil de cuero y el overol fosforescente, permitiéndole a la sangre manar a través del orificio. Lentamente el costado izquierdo del overol, que no era cubierto por el mandil, se tiñó de un hermoso rojo carmesí que resaltaba aun más en la punta de los dedos de la mano derecha de Reilly: blanco y rojo...

—No era nada personal —dije al abandonar a Ben y regresar con Patrick Reilly, quien ahora estaba en el suelo desangrándose. Me agaché para estar cerca de él y evitar que se hiciera presión en la herida—, pero involucraste a mi hija... ¡Al diablo con Mefisto! Esto lo hago por ella y por mí, y créeme que me hubiera encantado hacerte sufrir antes de matarte, maldito bastardo hijo de perra —quería molerlo a golpes y hacerlo pedazos mientras todavía sentía dolor. Lo veía en el suelo retorciéndose y me costaba trabajo mantener al monstruo tranquilo.

~¿Un disparo? Mejor atravesemos su corazón con un cuchillo. Quiero sentir la forma en que se rinde. ¡Quiero ver su sangre correr!

Yo también quería ver su sangre correr, pero no podía dejar que mis impulsos se opusieran a un plan más grande. Tenía que ver el panorama completo.

—N-no te das cuenta de-de lo que... suce-sucede, Nicholas, ¿cierto?...

—Explícame —le pedí. Estaba muriendo y el disparo me había dejado un mal sabor de boca. Hablar con él era lo único que podía hacer ahora.

—Él está jugando con nosotros... Mí-mírate... —exhaló para no volver a inhalar. El charco de sangre se había expandido considerablemente y las letras negras del contrato cerca de la camisa de fuerza se difuminaron hasta desaparecer.

Me puse de pie, suspiré hondo y recordé lo que mi madre decía cuando hacía eso: "parece que estás enamorado" y tenía razón. Estaba

enamorado de mi hija y ahora estaba a salvo de un monstruo que amenazaba con separarnos para siempre. Ella ascendería al paraíso y yo caería en picada al infierno, eso era un hecho, y por esta razón estaba dispuesto a aprovechar todo el tiempo que me quedaba de vida con mi pequeña. Pensando en esto llegué a donde estaba el pergamino, lo tomé, lo doblé y lo guardé en mi bolsillo trasero. Algo me hizo virar ciento ochenta grados.

—En-entonces... ¿Ma-Magnus tenía razón?

Ben estaba despierto.

—¿Cuánto viste? —le pregunté con la esperanza de que hubiera visto y escuchado lo suficiente para evitar tantas preguntas.

—Lo suficiente...

La sangre de Patrick seguía extendiéndose por el suelo y se filtraba por la madera en mal estado.

—No planeaba que estuvieras aquí —y con eso quería decir que no tenía contemplado asesinarlo a él también.

—Libérame —solicitó sin inmutarse. Era un teniente de la policía y debía mantener su temperamento en situaciones como esta—. Libérame, Morgan.

—Lo siento, Ben —dije sin poder contener el llanto. Tenía el control de la situación, Patrick estaba muerto, Lindsey a salvo y Ben a mi merced... ¿Qué estaba tan mal como para reaccionar así?

—No quieres matarlo, ¿cierto?

Era eso. Ben era inocente y estaba arrepentido de haber ayudado a Sharon a largarse. No merecía ser asesinado por mí, además... Nada tenía que ver con Mefisto.

~No seas estúpido. Nick no quiere matarlo, pero DEBE hacerlo... Por su bien y por el de su hija.

—No tienes que hacer esto, Nick. —El truco de humanizarse y ganarse la confianza de los demás usando su nombre dentro de una oración no era suficiente para mí.

—¿Cómo diste con Patrick? —cambié la conversación a un tema en el que tenía muchas dudas.

Benedict se quedó en silencio por un momento. Miró con atención la silla en la que estaba atado y, al ver que no tenía opción, me respondió.

—Llevaba el almuerzo a tu casa como disculpa por mi comportamiento del sábado. Quería que desayunáramos todos juntos antes de que Lindsey entrara a la escuela; llegué a tu casa y vi a este sujeto entrando en tu camioneta. Lo reconocí rápidamente y supe que algo andaba mal. Decidí seguirlo y heme aquí. Atado a una silla, frente al asesino que busca Magnus...

—¡Hijo de perra! ¡¿Por qué?! ¡¿Por qué mierda, Ben?! ¡¡¿POR QUÉ?!!! —perdí la compostura.

—Nick, no necesitas hacer nada de esto. Puedo ayudarte... Piensa en Lindsey...

—Hago esto por ella, Ben —traté de tranquilizarme—. Cada asesinato que cometo me trae a Lindsey a la mente.

—¿Cómo puedes hacerlo con ella en mente? ¿No hace que retrocedas?

—De hecho..., el pensar en ella me da fuerzas para hacerlo...

—No comprendo... ¿A cuántos has asesinado?

Me quedé en silencio mirándolo fijamente a los ojos, apenado.

—Cinco contando a este imbécil —apunté con el dedo a Patrick—, pero fui testigo de uno más —arrastré mis pesadas piernas hasta mi mochila y extraje la mordaza negra.

—¡¿Qué demonios, Nick?! —Ben entró en pánico al ver mi rostro lleno de angustia y decidido.

~Ahora comprendes lo que esa pregunta significa realmente, Nicholas.

—Pero no hay tiempo para responderla —le contesté mentalmente.

—Antes de...—coloqué la mordaza en la boca de Ben y este comenzó a gritar por el pánico—. Te perdono, Ben —guardó silencio—. Hiciste lo que tenías que hacer: ayudar a tu familia y me alegra que te hayas dado la vuelta para regresar por un ser querido. Eso habla muy bien de ti. Lindsey siempre te quiso y yo siempre te admiré, después hiciste lo que hiciste y mi admiración se extinguió, pero Lindsey nunca

dejó de quererte... Ambos lamentaremos tu pérdida.

Un golpe certero, tal como me había dicho Patrick y como lo practiqué con Tanya, fue suficiente para que la aguja atravesara el pecho de Benedict Fletcher y se alojara en el corazón. Bajé el émbolo con suavidad mientras miraba los ojos de mi invitado no deseado. Su respiración se complicó y aproveché esto para cortar la cinta adhesiva de su muñeca izquierda y tobillos para liberarlo. Con la mano libre y con la navaja que le dejé cortó sus demás ataduras e intentó ponerse de pie para escapar del sótano, pero el vértigo provocado por la inyección sumado a la dificultad para respirar lo hicieron caer en seco. Aun así mostró perseverancia al arrastrarse hacia mí.

—Se acabó, Ben. Lo lamento... No se suponía que te asesinara, pero si voy a prisión las esperanzas de Lindsey desaparecerán.

Ver a Benedict arrastrándose al mismo tiempo que su vida lo abandonaba lentamente fue algo doloroso y deprimente, pero pude liberar un suspiro que me hizo sentir tan ligero como una pluma. Mis voces no decían nada al respecto. Se habían callado para apreciar la función sin interrupciones, sin embargo sabía que estaban ahí, y, aunque no las escuché, supe que sonreían de aprobación y conformidad ante mi gran puesta en escena.

Caminé hasta el cadáver de Patrick, tomé la jeringa con la que había inyectado a Ben y la coloqué entre las manos tías de mi invitado, después caminé hacia la camisa de fuerza, me retiré el guante izquierdo y lo guardé dentro de mi ropa interior, posteriormente me clavé la aguja en el cuello con la mano derecha. El dolor se convirtió en una leve molestia. Deslicé el émbolo y antes de que las luces se apagaran guardé el otro guante junto con su compañero...

Todo estaba listo.

Capítulo 33

ABRAXAS

Me encantaría decir que el capítulo de Patrick Reilly había concluido. Esperaba no tener que ocupar mis pensamientos en lo mucho que me hubiera gustado asesinarlo de una forma más grotesca, pero el maldito me había dejado una terrible sorpresa en mi casa.

Magnus fue el primero en entrar al sótano de la casa de Patrick. Era acompañado por al menos dos docenas de hombres armados y equipados con bonitos uniformes negros en los que resaltaba las siglas "S.W.A.T". Era increíble la coordinación con la que trabajaban... Tan increíble que para una persona supersticiosa, ese trabajo en equipo, producto de entrenamiento puro, podía deberse únicamente a algún tipo de telepatía.

—¡Un médico! —gritó Abraham al ponerme boca arriba.

—Li-Lindsey... —susurré con dificultad debido a las náuseas producidas por el rohypnol mermando en mi sangre. En mi mano derecha estaba el celular de Ben y me aferraba a él como si de eso dependiera mi vida.

—¡Despejado! —se escuchaba desde diferentes partes de la casa—. ¡Tenemos a la niña! ¡Está con vida! —gritaron por fin.

Quise incorporarme, pero Magnus me lo impidió al colocar su mano derecha contra mi pecho.

—Esperemos a los paramédicos... —Al decir esto, dos hombres jóvenes vestidos de blanco irrumpieron en el sótano.

"¡Mierda!" fue lo que exclamó uno de ellos al ver el cuerpo de Patrick flotando en un enorme charco de sangre. El otro se acercó a Benedict y Magnus me dejó a cargo del sujeto que maldecía.

—Lo siento, capitán... Está muerto —le comunicó después de tomar sus signos de tres maneras diferentes.

Magnus me miró con unos ojos que expresaban un profundo pesame y yo rompí en llanto. Estaba arrepentido por asesinar a un inocente, lo que me hizo comprender las últimas palabras de Patrick: "Mírate". No podía creer la capacidad que tenía para romper mis propios límites y llevarme todavía más allá con el propósito de conseguir mis

objetivos.

—Salgamos de aquí —me solicitó Abraham pensando erróneamente que mi llanto era por el sufrimiento que me causaba la pérdida de un ser querido.

—Quiero ver a mi hija —le pedí.

—La verás en la ambulancia —respondió el paramédico—. Pronto podrán irse a casa.

—¡Ci-Cinthia!... —grité de golpe. Abraham Magnus me miró nervioso y rápidamente hizo una llamada.

* * *

Luché contra los paramédicos, alegué como nunca lo había hecho en mi vida y gané a cambio de una muestra de sangre y del uso de un cabestrillo para mi brazo izquierdo... Me arrepentí de esa victoria cuando llegamos a mi casa; atravesamos la puerta principal como flechas y encendimos la luz.

En el suelo yacía Cinthia flotando sobre la sangre que manaba de su pecho. Tenía uno de mis cuchillos de cocina más largos clavado en el corazón.

Todo era mi puta culpa.

—No eres culpable, Nick...

~Sí lo es. Puso en peligro a todos los que lo rodean por ser tan descuidado...

Coincidía con mi monstruosa voz. El camino que había escogido no sólo ponía en riesgo mi vida, sino que ponía en riesgo la de un puñado de personas más y se argumentaba fácilmente con una observación: en un día habían muerto Ben, Patrick y Cinthia, por no mencionar que mi hija estuvo en peligro de terminar con el mismo destino.

Los ojos de Cinthia estaban en blanco, su boca estaba abierta y a través de esa expresión pude percibir el miedo que sintió al ver a un hombre entrar a la casa, acercarse a ella para eliminarla y así poder

secuestrar a Lindsey.

—No, no, no... ¡NO! —Magnus me detuvo y yo lo empujé, lo que ocasionó que un par de agentes me cerraran el paso y me detuvieran por el pecho. Sabía que no debía mover el cuerpo para no contaminar la escena, pero algo dentro de mí quería abrazar a Cinthia y rogarle que me perdonara por haber provocado su muerte.

Lo necesitaba.

Fui sacado a rastras de mi propia casa. Los vecinos curiosos y en pijamas se aglomeraban poco a poco al otro lado de la cinta amarilla colocada a un metro de distancia del jardín delantero. Sus miradas estaban puestas en mí. Fui subido a la patrulla y noté que empezaban a murmurar y a apuntarme con el dedo. En ese momento me arrepentí de haber matado a Patrick Reilly de un disparo

~Debimos despedazarlo vivo.

Necesitaba matar a alguien para expulsar toda la furia que me invadía hasta la médula. Miré mi celular y un mensaje nuevo me esperaba.

“Brent Harper. ¡Vamos, Phoenix!”.

Capítulo 34

AINI

Una semana atrás Lindsey y yo éramos tendencia en prácticamente todos los medios masivos de comunicación. Incluso nos posicionamos como tema recurrente número uno en las conversaciones cotidianas entre las personas que viajaban en autobús o que caminaban por la calle. Esto tenía que agradecerse al “Cirujano Caníbal”.

Mi página de inicio estaba plagada de notificaciones de todas aquellas personas que me tenían agregado como “amigo”, pero que nunca tuvieron la iniciativa de dedicarme un saludo en algún momento común y corriente. Era increíble la forma en la que el morbo invadía a la gente y la acercaba a ti sólo para alimentarse de detalles y poder presumir a sus otros “amigos” la información exclusiva que poseían.

Podía soportar a esos amigos falsos y a esas personas que hablaban de mí y de mi hija. Lo que no podía soportar era la sospecha que pude levantar en Magnus y en su equipo, pues aunque toda la evidencia apuntaba a Patrick Reilly como un multihomicida, yo no tenía ninguna razón de peso que justificara la razón por la cual El Caníbal me quisiera muerto.

Para iniciar estaba toda la indumentaria que pudo haberme inculcado a mí, pero que usé para vestir a Reilly mientras estaba sedado; también estaba el rastro de pólvora que se encontró en la mano de Benedict Fletcher, a quien se consideraba como una especie de héroe de la ciudad por haberla liberado de ese terrible asesino; el arma disparada y la bala que impactó en el abdomen del Caníbal sin lugar a dudas pertenecían a Ben. Los forenses encontraron rohypnol en el sistema de su compañero caído, así como en el de Lindsey y en el mío, sustancia que provenía del laboratorio improvisado de Patrick Reilly, catalogado como solitario, aislado, con complejo de superioridad, impulsivo y propenso a cometer errores debido a su inexperiencia. También encontraron rastros de cloruro de potasio en la jeringa clavada en el pecho de Ben y en su torrente sanguíneo. Las huellas de El Cirujano Caníbal estaban por todas partes, incluso se encontraron en el cuchillo con el que mató a Cinthia, en mi camioneta y en su refrigerador, donde almacenaba tres frascos de vidrio con formol para preservar el contenido. El primer trofeo contenía un pene y dos testículos que pertenecían a Randal Goodweather, el segundo frasco contenía pedazos de carne que concordaban con el ADN de Michael Watson.

El tercer trofeo no coincidía con nadie en la base de datos policial.

La cajuela de la camioneta de Patrick dio frutos inesperados, entre los cuales estaban unos minúsculos rastros de sangre que fueron encontrados con bluestar y luz UV. Uno de dichos rastros coincidía con el ADN de Michael Watson y los otros dos fueron desconocidos hasta que se encontró el GPS del Caníbal que guardaba una última dirección que los llevó a las afueras de la ciudad, a una zona desierta atravesada por una vieja carretera ignorada por la mayoría de los conductores debido a la nueva vía que permitía entrar y salir mucho más rápido de la ciudad y acortaba el tiempo de viaje considerablemente. Magnus dio la mala noticia a todos los hombres que admiraban a más no poder a Samantha Hope de que ella estaba muerta y había sido sepultada junto con su guardaespaldas en una fosa de menos de dos metros de profundidad, cerca de un soporte metálico para cables de alta tensión. Era a ella a quien pertenecía el otro pedazo de carne en el frasco de Patrick, el segundo rastro de sangre en la cajuela y el que estaba impregnado en la camisa de fuerza junto con el de Watson.

El tercer rastro pertenecía al guardaespaldas.

Cuando supe todo esto me sentí afortunado al ver que la soga que había preparado para el cuello de Patrick se cerró más de lo planeado y el detalle que ayudó a hacer el nudo más fuerte fue el rastro de semen que dejó en la vagina de Sam.

—Todo por un estúpido deseo carnal —manifestó mi segunda voz.

~Es más que eso. ¿No lo entiendes? El monstruo que crecía dentro de Patrick se desquiciaba cada vez más hasta que logró tomar el control. Patrick sólo lo alimentaba con cada pedazo de carne que comía sin considerar que eso le explotaría en la cara.

Tenía mis sospechas de que Magnus se hubiera tragado todo, pues la única teoría que me mantenía lejos de su foco de atención planteaba que Patrick se sintió amenazado por los avances de Ben en el caso y esto lo llevó a actuar de esta forma para establecer con el teniente un juego de superioridad y someterlo emocionalmente.

Fuera como fuera, el único objeto que podría relacionar a Patrick conmigo era su celular, del cual me había deshecho sin problemas.

Magnus podría tener sus dudas, pero la mayoría de ellas fueron acalladas cuando Lindsey dio su testimonio a la policía y a la prensa.

—Entró a la casa y venía por mí..., Cinthia quiso defenderme y él la mató, luego me agarró del cabello y me inyectó algo en el cuello y yo... —Era la

misma versión en todo sentido. Incluso era incapaz de terminar la oración porque explotaba en llanto.

Oficialmente Patrick Reilly era el asesino serial que Magnus había perseguido con tanta necedad y aun así yo sabía que no estaba del todo convencido. Nunca lo estaba.

—Sigo sin comprender la razón de atacar a Ben a través de ti y de Lindsey —me dijo en la jefatura a solas y con las cámaras desconectadas.

—Tal vez... haya algo que no he dicho —confesé y Abraham Magnus clavó su mirada en mí—. Estaba escribiendo una novela, Magnus. Una novela basada en Patrick.

—¿Y eso qué mierda tiene que ver? ¿Odiaba los libros o algo por el estilo?

—No. Ben me filtraba información de vez en cuando... Incluyendo tus teorías —Era mi única bala y era un disparo que tuve que hacer en la oscuridad.

Magnus se puso de pie algo molesto.

—Ese cabrón... —me miró de nuevo con el ceño fruncido y suspiró—. No hay nada más por hacer, Nicholas —soltó con un suspiro por fin—. Supuse que Ben sería más inteligente al respecto, pero veo que fue lo bastante estúpido y no sólo filtró información confidencial, sino que los expuso a ti y a tu hija.

—¿Qué será de mí? ¿Eso me hace culpable de alguna manera, Magnus?

—Fueron dos preguntas honestas. Desconocía el protocolo y si Magnus, un ejemplo de rectitud, sería capaz de ayudarme en esto.

—En lo que a ti respecta, tú y Ben nunca hablaron nada respecto al Caníbal. Ese infeliz sólo quiso llegar a Ben a través de Lindsey. Apégate a la versión actual, Morgan.

—Bendito sea, Magnus —le dije con verdadero agradecimiento.

—Vete a descansar. Tu hija te necesita más que nunca, Nicholas —me aconsejó el capitán. Yo asentí y me puse de pie para salir de ese lugar frío y deprimente.

~No se creyó ni una mierda —afirmó mi monstruoso acompañante.

—Ninguna —le di la razón.

* * *

Después de una semana creía mi vida resuelta. Me sentía afortunado e inspirado. En mi bandeja de entrada estaba la oferta de una editorial que conocía mi trabajo. Era un contrato por un libro y yo sabía perfectamente de qué trataría. Las ideas estaban ansiosas saltando del hemisferio izquierdo al derecho de mi cerebro, convirtiendo recuerdos y experiencias en escenarios exagerados e intrincados. Esto me hizo aceptar la llamativa oferta. Después de todo, el dinero seguía haciendo falta.

Desgraciadamente el sábado llegó y me encontré acompañando a los padres de Cinthia en la ceremonia de graduación. La humilde pareja me trataba bien, pero no me engañaban. En el fondo me responsabilizaban de lo que había sucedido.

Me odiaban.

~Y con justa razón, Nicholas. Tú lo ocasionaste.

No era necesario recordarme eso. Me odiaba por mi estupidez y cada mañana me lo recordaba en cuanto abría los ojos y recordaba a esa muchacha sonriendo mientras pasaba el tiempo con Lindsey y conmigo.

La ceremonia continuó sin más y, casi al final del evento, compañeros, profesores y amigos dedicaron unas palabras a Cinthia, remarcando el ejemplo de persona que era y el potencial que tenía. Detrás de ellos se proyectaba un video con fotografías de una joven que resplandecía con un brillo propio derivado de su felicidad y esperanzas.

~No pudiste salvarla...

Nombraron a Cinthia para la entrega de su certificado y su madre fue quien la representó, acompañada de su querido esposo. Ninguno de los dos podía esconder el dolor que sentían por la pérdida.

—Buenas noches a todos los presentes —dijo la mujer en el micrófono con una voz que se resquebrajaba poco a poco como hielo fino. Mi sangre se heló al mismo tiempo que todos enmudecían. Deseaba ser tragado por la tierra.

~Tal vez exprese todo el odio que siente por ti...

—Es difícil para nosotros estar aquí esta noche. Este lugar, todos ustedes y toda su felicidad por llegar a este punto de su vida nos hace evocar cada

recuerdo que tenemos sobre nuestra hija. No hay día en que no la recordemos. Para nosotros ella sólo ha ido a otra escuela de intercambio. Lejos, muy lejos... y esperamos su regreso. Es por esto que ella no está presente para recibir sus papeles. Pero nos sentimos orgullosos de que lo haya logrado. Ustedes, padres de familia, deberían estar igual de orgullosos de sus hijos. Abrácenlos y no los suelten ni por un momento. No querrán quedarse con las ganas de haberlo hecho...

Sin poder soportar más, la mujer soltó el micrófono y bajó cubriéndose la cara con una mano para perderse en el exterior de la noche. Miré a Lindsey y noté que lloraba sin importarle un carajo. Cinthia era todo para ella y su llanto lo demostraba.

—Lo siento mucho —me dijo Magnus y puso su mano sobre mi hombro derecho al verme deshecho.

Él no lo comprendía y mucho menos lo lamentaba como pensaba hacerlo. Mis descuidos ocasionaron la muerte de dos inocentes y fui obligado a asesinar a uno de ellos. ¿Cómo podría comprenderlo?

Tampoco comprendía los deseos que ardían en mí por revivir a Patrick para volverlo a asesinar de la forma más despiadada posible por lo que hizo, pero más que nada, ignoraba que estaba ansioso por ir tras Brent Harper para sentirme en paz...

—¿Asesinar para sentirte en paz? —Me cuestionó mi segunda voz.

Estaba mal hacerlo, era consciente de ello. Algo estaba mal conmigo.

~Nada está mal. Sólo quieres imaginar que matas a Patrick y sentir que vengas a Cinthia. La venganza es algo común entre los humanos, Nick. No te asustes si tienes sed de ella.

La voz se equivocaba. Yo comprendía el concepto de venganza y muchas veces la había sentido arder y correr por mis venas, pero esto era diferente. Patrick estaba muerto y asesinar a una persona ajena a la muerte de Cinthia no tenía sentido... ¿Acaso me estaba gustando lo que hacía?

—¿Qué mierda, Nick? —Me dijo Benedict Fletcher al girar frente a mí para verme a los ojos.

—No lo sé —le respondí mentalmente.